

Carne de mi carne

Antología de cuento

Carne de mi carne

Antología de cuento



Colección Mantis
Dirigida por Magela Baudoin y Giovanna Rivero

La difusión de este libro en Bolivia contó con el auspicio
de la Fundación Simón I. Patiño

Fotografía de tapa:
Cementerio de Père Lachaise, Paris

© Plural editores, 2018
© Autoras y autor de los cuentos

Primera edición: mayo de 2018

DL: 4-1-1141-18
ISBN: 978-99954-1-841-0

Producción:
Plural editores
Av. Ecuador 2337 esq. Calle Rosendo Gutiérrez
Teléfono: 2411018, casilla 5097, La Paz, Bolivia
e-mail: plural@plural.bo / www.plural.bo

Impreso en Bolivia

INTRODUCCIÓN

*FRANKENSTEIN: EL SABOR
DE LOS CLIMAS HELADOS*

María Negroni

María Negroni (Rosario, Argentina) tiene un doctorado en Literatura en la Universidad de Columbia, Nueva York, donde vivió por más de 15 años. Ha publicado numerosos títulos de poesía, entre ellos: *Islandia* (Monte Ávila, 1994); *El viaje de la noche* (Lumen, 1994); *Arte y fuga* (Pre-Textos, 2004), *Cantar la nada* (Bajo la luna, 2011), *Elegía Joseph Cornell* (Caja Negra, 2013), *Interludio en Berlín* (Pre-Textos, 2014) y *Exilium* (Vaso Roto, 2016). También publicó varios libros de ensayos: *Ciudad Gótica* (Bajo la luna, 1994 y 2007), *Museo negro* (Norma, 1999), *Galería fantástica* (Premio Internacional de Ensayo, Siglo XXI, México), *Pequeño mundo ilustrado* (Caja Negra, 2012), *El arte del error* (Vaso Roto 2016) y *El testigo lúcido* (Entropía, 2017); dos novelas: *El sueño de Úrsula* (Seix-Barral, 1998) y *La anunciación* (Seix-Barral, 2007); el inclasificable *Cartas extraordinarias*, (Alfaguara, 2013) y un libro-objeto en colaboración con el artista plástico Jorge Macchi, *Buenos Aires Tour* (Ediciones Turner, 2004).

Ha traducido a Louise Labé, Valentine Penrose, Georges Bataille, H.D., Charles Simic, Bernard Noël, Emily Dickinson y la antología de mujeres poetas norteamericanas.

Su obra ha sido traducida al inglés, al francés, al italiano, al portugués y al sueco.

Obtuvo las siguientes becas: Guggenheim (1994), Rockefeller (1998), Fundación Octavio Paz (México, 2002), New York Foundation for the Arts (2005), Civitella Ranieri (Italia, 2007), American Academy (Roma, 2008) y Fondo Nacional de las Artes (2017). Su libro *Islandia* recibió el premio del PEN American Center al mejor libro de poesía en traducción del año (Nueva York, 2001).

Actualmente dirige la primera Maestría en Escritura Creativa del país en la Universidad Nacional de Tres de Febrero en Buenos Aires.

Frankenstein: el sabor de los climas helados

Ya lo dije: la estética gótica es, ante todo, una emoción del espacio. En ella, lo que organiza la trama, la enmarca y la percude, es siempre un *locus*. Una arquitectura vertical que atrae hacia abajo, donde algo viscoso y fascinante tiene lugar. Este espacio encerrado y aislado (como una celda) fue, con el tiempo, tomando varias figuras. Así, del castillo de Otranto o el castillo de Udolpho pudo pasarse al laboratorio de Jekyll o Frankenstein y luego, de esos laboratorios al viejo caserón de *Otra vuelta de tuerca* y más tarde aún, a los submundos del hampa y los detritus contaminados de la gran ciudad gótica de *Blade Runner*, pero el sustento de su estructura imaginaria no varió. Cierta “filosofía del mobiliario” atraviesa las variaciones, acaso para probar que el horror es más dúctil que las formas con que lo pensamos.

Esta arquitectura es también una ruina del afecto; por eso, dura. Dura como podría durar un monumento a lo perdido o, mejor dicho, un monumento a lo que se reputa perdido (y acaso nunca se tuvo). El hecho de que ese monumento acabe muchas veces derrumbándose, como el castillo de Drácula, o bien incendiándose, como la mansión de *Jane Eyre* o de *Rebecca*, inundándose como el *boudoir* subterráneo del Fantasma de

la Ópera, o clausurándose con una condesa húngara amurada adentro, no modifica las cosas. Como el ave fénix, esa ruina – se presiente– volverá a erguirse para que la gran escena arcaica tenga lugar de nuevo, permitiendo al sujeto que la habita una fugaz revelación: la de entender que el viaje a la noche más honda (que es también, claro, la noche del acto creador) termina indefectiblemente en un fracaso: el vértigo se repetirá, se repetirán *ad infinitum* las fantasías prohibidas pero no habrá consumación. La amenaza se agotará en melancolía, y el deseo en una reminiscencia imposible.

Tal vez por eso, el agua rodea o acompaña a la casa solitaria con frecuencia. El agua, metonimia de la madre, el agua amniótica, está allí para ocultar, reflejar, deformar, transportar o escapar del vértigo creador pero también, para impulsar silenciosa, obsesivamente, a él. El lago adyacente a la casa Usher, el pantano de *Psicosis*, el mar que se llevó el cuerpo de Rebecca o que conduce los ataúdes de Drácula a Londres, son modos de esta presencia: a la vez pruebas del delito, castigo e infierno paradisíaco.

Otras veces, el agua se transforma en hielo, se vaporiza en frío. Entonces, una daga gélida penetra en el castillo (en el interior de los seres), lo sacude en un éxtasis que corta las sensaciones del cuerpo para que cierto teatro de la crueldad tenga lugar: algo de *eso* ocurre en los lavaderos siniestros de *La condesa sangrienta* cuando Erzébet Bathory tortura a las muchachas que secuestra. Algo de *eso* ocurre cuando asesina por hipodermia y deja a su víctima estacada en la nieve, a la vista de todos.

Ese frío es transparente, hace de los cuerpos estatuas, musicaliza la pena y compone partituras de color. No otra cosa ocurre en el acto de escribir. Hablo de la escritura como vocación de la ausencia. Hablo de ese tapiz del miedo y el desamparo donde alguien traza unos círculos, despliega su pequeño canto interior, como trazos que dibujarían, acaso, un talismán. *Rosebud* en *El ciudadano*, de Orson Welles. El espejo infinito y

esquirlado de *La Reina de las Nieves* de Andersen, cuyos fragmentos, unidos en un cierto orden, darían la palabra “eternidad”. Un poema no es otra cosa. La deriva, en él, se vuelve casa y el hambre, alimento. Podría decirse: en su ingeniosa saga acuática –afín a la del capitán Nemo en su Nautilus– la imposibilidad del duelo construye un encierro luminoso para buscar las miniaturas del afecto, dar con los significantes de una utopía que no es más que otro nombre del recuerdo.

Si el agua y el frío son marcas constantes en las novelas góticas, es en *Frankenstein* de Mary Shelley donde aparecen como tópico central. Están allí desde un comienzo, exacerbados, inextricablemente unidos a la orfandad y al impulso creativo y sus fracasos, sin abandonar jamás la narración (aunque cambien los narradores), como si se tratara de modular los inagotables registros posibles de la desposesión.

Es cierto, la mayoría de los héroes y heroínas góticos (Manfred, Carmilla, Emily St-Aubert, Mr. Bates, Jane Eyre o Erik) son huérfanos empedernidos y, a veces, también, explícitamente, niños-artistas. Pero ninguna fantasmagoría sutura la ecuación entre arte, orfandad y crimen, en un clima de frío, como *Frankenstein*. Allí, la trama alcanza un grado cero. Está hecha de témpanos, de noche polar, de glaciares. Vista desde la escritura, esta metereología alude, hacia atrás, a la carencia; hacia adelante, al suicidio.

En su base, hay un escenario desolado, como el que amaban los poetas románticos, que Mary Shelley había escuchado de niña en su casa familiar. Un paisaje de lagos silenciosos y aguas negras y mares congelados, donde las naves temerarias suelen encontrar su sepultura o bien donde un creador-perseguido persigue a quien huye de sí mismo en él. El riesgo es parte inalienable de este *pathos*. Habrá que avanzar, entregarse, dejarse arrastrar por la incordura o la desesperación hacia los picos resplandecientes, a fin de matar al “monstruo” (la obra), ese ser que se ha “arrojado entre los hombres, dotado

de voluntad y poder para cometer espantosos designios” y así terminar de cumplir con toda la serie de pérdidas, crímenes y muertes que exige el acto creador.

Sería erróneo, sin embargo, interpretar el frío exclusivamente como secuela o castigo del arte. El frío es también, mucho me temo, condición misma de su posibilidad. No por casualidad, el narrador inicial de la novela, el capitán Robert Walton, se presenta a sí mismo, en una de las cartas que escribe a su hermana Margaret, como un poeta fracasado y describe su gesta exploratoria como una “vocación” sustitutiva. Los negocios entre poesía y frío son tenaces, las fronteras entre ambos, lábiles, como ocurre con otros binomios, como el odio y el amor, la belleza y la muerte. Robert Walton y Frankenstein encarnan así rasgos paralelos de un mismo génesis y un mismo desengaño: ambos van a buscar su apoteosis en el paisaje del hielo, la catástrofe nórdica.

Allí, en esa intemperie final, una simbiosis “horrible” se deja intuir, revelando retrospectivamente algunas cosas. Entre la cripta destemplada y el útero glacial, hay un imán. Por eso Frankenstein, el creador por antonomasia, debe buscar sus piezas en la humedad impía de los cementerios o esconderse en las ruinas lúgubres de Escocia, donde la Escuela de la Noche, se recordará, impartía sus lecciones. Después, la obra será un “monstruo”. No importa. La atracción que ejerce ese *opus nigrum* supera a la repulsión que causa. Toda canción fría es fascinante, peligrosa. Entre la crueldad de la materia y la elegancia del hastío, la pena puede llorar.

“Parecía –dice Frankenstein, al describir lo que ve– un inmenso y sombrío escenario de maldad. A menudo, me sentía tentado a arrojarme para que las aguas se cerrasen sobre mí y terminasen mis desdichas para siempre”. Bachelard hubiera afiliado estas aguas a las de la *Balada del viejo marinero* de Samuel T. Coleridge. En realidad, son aguas sublimes. También el “monstruo” las venera, busca en ellas reparación. De

hecho, en esa continua emigración que es su vida, esas aguas cortantes, calcificadas, hirientes, son su única posesión: “Las cavernas de hielo son mi morada”, dice mientras trama su “visita a los fríos eternos del norte”.

La orfandad planea sobre esta novela como un cuervo. Tanto Elizabeth –la prima y prometida de Víctor– como Víctor han perdido a su madre. La “dulce Justine” perdió a la suya. Los jóvenes de la cabaña son huérfanos. La hermosa joven turca, Safie, también lo es. Pero sobre todo, el “monstruo”. ¿No es acaso el sin-madre por excelencia? ¿No mata a un niño para robarle una miniatura de su madre, arrobado por un calor que no posee, repitiendo el gesto de Drácula frente al relicario de Harker?

Sería superfluo recordar que la autora misma fue una huérfana precoz. No lo es pensar que *Frankenstein* puede ser leída, también, como un *bildungsroman* de la artista concebida como una criatura monstruosa, es decir como una abandonada o una infructuosa enamorada del frío. En la parábola de esta novela, en efecto, tanto el creador como su criatura hacen su propia travesía por el arte. Uno anhela nada menos que infundir vida a lo inanimado (dar calor al frío); el otro, aprende a reemplazar las cosas con el lenguaje. No creo equivocarme si digo que ambas tentativas son instancias de un mismo impulso y que ambas desembocan en la puntual (y penosa) constatación de que el conocimiento aumenta el dolor. En un sentido, incluso, es posible que el “monstruo” sea un artista más logrado que su creador. En efecto, este último aparece ante nuestros ojos y ante los de su criatura como un pequeño dios inconstante, esclavo de los excesos de su imaginación y agotado por una persecución que no lo deja, sin embargo, alcanzar “el premio de la realidad”. La elocuencia final y desahuciada del “monstruo” prueba, en cambio, que su educación sentimental e intelectual no han sido del todo en vano. Sabe, ahora, que ganó una pérdida.

La novela sugiere, por fin, que el único consuelo de una obra de arte es otra obra de arte, así como una palabra cicatriza otra palabra y un frío otro frío, en el eterno diferir de lo inasible. Su estructura de relatos en caja china –que incluye el relato de Frankenstein adentro del relato de Walton, así como el relato del “monstruo” adentro del relato de Frankenstein– pareciera proponer al arte como una cadena infinita de bastiones inexpugnables, donde no hay más que reemplazos, pasajes de una insuficiencia a otra. Acaso la belleza, en esta emoción del frío, sea el resplandor que queda de tanta insistencia inútil.

CUENTOS

OJO IZQUIERDO

Daniela Tarazona

Acaso como aquel punto que reunía en él todos los puntos del incommensurable universo, el ojo izquierdo del monstruo se abre al afuera infinito y heterogéneo, pero sobre todo al espeso y deslumbrante adentro de la Humanidad. No en vano el ojo es liberado de su putrefacción diaria en un rito de agua y sal que lava, a su vez, las heridas de la historia. Oráculo, espejo, brújula, astrolabio, el consabido órgano nos lleva al origen de todo, es decir, a ella, a Mary Shelley: la Progenitora.

Daniela Tarazona (ciudad de México, 1975) es autora de *El animal sobre la piedra* (México, Almadía, 2008 y Argentina, Entropía, 2011). En 2012, publicó su segunda novela *El beso de la liebre* (Alfaguara), que resultó finalista del premio Las Américas (Puerto Rico) en 2013. Es autora del ensayo *Clarice Lispector*, publicado en la colección Para Entender, de Nostra Ediciones (2009). Ha sido becaria del programa Jóvenes Creadores y del Sistema Nacional de Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes. En 2011, fue reconocida como uno de los 25 secretos literarios de América Latina por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.

Ojo izquierdo

Necesito hervirme los ojos cuanto antes. Me los saco de sus cuencas y los sumerjo en agua con sal, pero no he tenido agua en la cabaña. Y mis ojos se nublan cubiertos por el moco que generan mis lagrimales. Los hiervo y cuando están de nuevo blancos, como huevos cocidos, los saco del agua para colocármelos de regreso. He puesto el ojo izquierdo en la cuenca derecha las últimas veces. Porque el ojo izquierdo ve mejor en la cuenca contraria. Así mi vista es capaz de alcanzar el horizonte cuando el sol se oculta, y veo el contorno del sol hasta distinguir, incluso, las explosiones que acontecen en su superficie. He visto los cráteres de la luna con solo taparme el ojo izquierdo, que encarna al globo ocular derecho. Mi ojo izquierdo es como una boca, además, porque si miro a los animales que cazaré, puedo saborear su carne caliente desde el golpe de mi vista, sólo con eso. Contiene una lengua que hace propicios los alimentos.

La noche en que llegué a esta cabaña descubrí que mi ojo izquierdo observa acontecimientos que no he visto mientras he vivido. Tuve visiones sobre una mujer que estaba frente a un escritorio. La mujer escribía sobre hojas blancas. Fue apenas un momento, la fotografía de aquella acción. Me concentré

para leer lo que ella anotaba, traté de acercar la visión de mi ojo dentro del ojo izquierdo. Llegué al comienzo de la hoja y leí la palabra “gusano” y la palabra “repugnancia”.

Necesito hervir mis ojos en agua para aliviarme la vista. Imagino que su largo alcance me obliga a esta necesidad.

Persigo al que huye de mí que soy yo mismo. Cierro el ojo derecho para saber si puedo recordar las montañas que vi, pero el ojo izquierdo me muestra, de nuevo, imágenes de otros mundos. En medio de lo que podría ser la noche, observé un artefacto de metal que entraba a mi ojo y se convertía en una lanza que echaba humo. Luego vi una ciudad en llamas. Y las orillas de un lago rodeadas de animales inmensos. Mis visiones no cesan cuando me tapo el ojo contrario, como si el izquierdo contara, de veras, con voluntad propia.

Siento temor porque me sé capaz de descubrir los secretos del cielo y de la tierra. Estuve mirando mi rostro en el reflejo sobre el agua calma de un cántaro. Entonces, descubrí que, en el centro acuoso de mi ojo izquierdo hay un brillo minúsculo con la forma de una llama. El fuego diminuto que vio el mundo la primera vez que abrí los dos ojos ante el cuerpo espasmódico de Víctor Frankenstein. Esa llama inusitada en mi mirada escapó de su control. Se generó del mismo modo que el nacimiento de un capullo en una planta.

Cerraré los ojos el día que siga a la noche cuando comprenda el origen de las visiones de mi ojo izquierdo: me sobresaltan porque, a pesar de desconocer su procedencia, son mías y palpitan dentro de mi cuerpo múltiple. Ahora mismo, he tapado mi ojo derecho y el izquierdo me ha revelado la imagen que verá quien sea capaz de olerme sin sentir náuseas. La mujer que antes vi sentada frente a una mesa, ahora me mira de frente; se parece a mí. Abre la boca y en el centro de su lengua veo un insecto ovalado que extiende sus alas y sale para venir a posarse en mi nariz. El insecto es real. Mi ojo muestra mayores poderes. Lo que vea de otros mundos

o espacios puede trasladarse a este, en donde me encuentro. Cierro el ojo derecho, ya como un guiño, y veo a la mujer apretando los labios mientras, en su ojo derecho, se enciende una hoguera. Fijo mi vista en el fuego de su ojo. Ahora ocupa el centro de una plaza. Alguien arde entre las llamas. No conozco a esa persona, pero sé que está vinculada a él y a mí. Huelo mis manos: el aroma de la muerte es semejante al olor de la carne que ardía en aquella plaza. Y entiendo, de golpe, que he pasado innumerables días dentro de los ojos de cada uno de los habitantes del mundo. Soy ellos. Y dentro de mi ojo izquierdo se despliega el porvenir, como una llama que quema pero que nunca extingue lo que abrasa.

Experimento una variación: la parte derecha de mi cabeza emite un zumbido. Es apenas perceptible, pero soy capaz de distinguir con claridad que proviene de allí. Me llevo la mano izquierda a la cabeza y noto el pulso de la vibración. Estoy cansado.

Afuera, el hielo aún contiene corrientes de agua. Pienso en ir a buscarla para emplearla en la tarea de esterilización de mis globos oculares. Salgo de la cabaña y me dirijo hacia la parte baja del glaciar. Recaudo el agua en el cuenco y regreso. Tengo deseos de morir.

Me saco los ojos. Primero el derecho y luego el izquierdo. Los hundo en el cazo con agua y sal. A la superficie del agua comienzan a subir pequeñas burbujas verdosas del moco que segrego. Lo supongo, porque no puedo verlo ahora. Noto la manera en que va desprendiéndose el velo espeso de mis lágrimas grises, como si fuera un pellejo. Espero. Lo que ellos ven no tiene remedio. ¿Quién es la mujer que escribe? Ella debe ser quien supuso todo. Mi ojo izquierdo la ve ahora, está de pie junto a mí, observa el cazo sobre el fuego y tuerce los labios para enseñarme los dientes.

NO RECUERDO HABER ENCENDIDO ESTE CIGARRO

Katya Adauí

La osamenta de una mano se yergue como una sombra en este cuento. Un padre, o los pedazos que quedan del hombre que fue, se arma como un mapa enfermo en la memoria. Los hijos, como un collar de cuentas roto que se vuelve a hilvanar, componen una verdad, nítida, cruel y profundamente humana o, lo que es lo mismo, monstruosa.

Katya Adai (Lima, 1977) Escritora, guionista, fotógrafa. Ha escrito los libros de relatos: *Aquí hay icebergs* (La perra gráfica, Bolivia, 2018 y Penguin Random House, Perú, 2017), *Algo se nos ha escapado* (Criatura Editora, Uruguay, 2013 y Borrador Editores, Perú, 2011) y la novela: *Nunca sabré lo que entiendo* (Editorial Planeta, Perú, 2014). Sus cuentos y crónicas aparecen en antologías peruanas y extranjeras. Trabaja como guionista para una productora. Y mantiene un programa de radio que promueve la lectura: Radio Libros. Cursó la maestría en Escritura Creativa de la Universidad de Tres de Febrero en Buenos Aires.

No recuerdo haber encendido este cigarro

Mi padre dice:

Tengo dieciocho de la cintura para arriba.

Ha vivido como cada uno de los cigarros que ha fumado.

Mírenlo comprando las cajetillas que vienen sin fotos de condenados, que ni siquiera advierten sobre los daños a la salud. Mírenlo armar figuras con ellas y ser un niño de aviones

saltos
paracaídas.

Mi padre fue paracaidista.

Me lanzaba desde los diez mil pies de altura. He nacido para llevar uniforme pero serví entre guerras. Corea y Vietnam.

Dice que en esa época había que morir por algo y ahora hay que morir de algo. Le he preguntado si alguna vez tuvo que matar a un hombre. Dice que la mayoría ya están muertos antes de que alguien los mate y que ve morir hombres todos los días. ¿Qué opinión tiene de la guerra?, lo encuestaron. Respondió: Yo he vencido.

Mi padre me ha regalado el encendedor plateado con águila dorada, memorabilia de su pasado militar en Estados Unidos. Se atasca, quizás por eso. Conserva un casco oxidado en la guantera. Lo usa como urinario en la fila de las revisiones técnicas. En el ejército no le permitían el bigote, había mantenido el suyo desde los quince años, con carboncillo se lo pintaba en cada foto oficial, una raya oscura en el bélico entorno pastel. Fumaba a escondidas, contrabandeaba cigarrillos. En la cocina los enciende directo de la hornilla. La cara al fuego. El bigote, los pantalones y las camisas, la cortina de la ducha, la unión de las mayólicas, mangos y asas. Como marcas de electrocución: un centro incandescente, un borde quemado. La lumbre de mi padre es un incendio sin humo. Hace unos años le regalé una lavadora y se ofreció a lavarme la ropa. Yo entregaba sábanas, recibía ceniceros.

Tengo un hermano insular. Ficólogo. Vive de isla en isla estudiando la migración de las algas en calma y turbulencia. Tiene un catálogo de algas secas (su álbum de familia), y ha inventado un color: el verde alga. En su segundo año de universidad mi padre lo ayudó con un experimento. Rearmar el esqueleto de un animal. Mi hermano recibió el cuerpo, lo trabajó en una olla. Charcutería. Es vegetariano desde entonces. Nadie vio qué. Asumimos: gato, perro, pericote, paloma. Silvestre o domesticado, espanto ídem. Yo me asusté.

Escribí.

Sobre la preparación y resultado del experimento:

Los huesos tenían la porosa decadencia de los acantilados.

Y el padre los desplegó sobre la mesa.

Sonaron como piedras ajadas, matracas infantiles, hormigueros rotos.

Y el hijo no quería observarlos.

La olla, echada a perder por la cal. Una grasa lívida, tibia, se había pegado a sus paredes; la piel había desaparecido.

Ayúdame. No podré solo.

Primero hay que botar la olla. Apesta. ¿Por dónde se comienza?, dime. No quiero saber dónde conseguiste los huesos. Nunca te preguntaré cuánto cuesta el kilo de hueso.

El padre recordó el accidente infantil: se había roto un ligamento y un tendón de la rodilla. Una fractura imposible. Lo que nadie se rompe te lo has roto tú. Un resbalón en la ducha. El hueso busca unirse al hueso y el doctor debía anestesiarlo, romperle la pierna en cada soldadura, estallaban los fragmentos imantados. Después, el dolor agudo de la fractura obligatoria y el “no vas a poder correr nunca más”. No lloró, no le gustaba correr. Había nacido sin prisa.

Estos huesos han perdido la prisa, pensó el padre.

Le pidió pegamento al hijo y enhebró. Hueso sobre hueso. Un dentista sobre el paciente silencioso, una luz de neón como lámpara quirúrgica.

El hijo se fue a dormir. El padre trabajó durante la madrugada. Sin testigos. Olvidó instrucciones y encargo.

A la mañana siguiente, en vez del pan, la reconstrucción. Falange, falangina, falangeta.

El hijo: ¿Qué es esto?

El padre: Lo que tú quieras.

El hijo: En la mesa hay una mano. Hay una mano en la mesa.

Después de mucho tiempo, volvimos ayer a la playa. Le pedí a mi padre ir al agua conmigo. Se cortó la mano izquierda con el mango de la silla. No soltó el cigarro. Cayó sangre a la arena, mi padre la revolvió con el pie. Tengo fragilidad capilar, dijo. Mi madre, de inmediato: A mí me salen peores cosas en los brazos. Caminamos pisando los restos en la orilla,

percutidos como los ahogados. Caracoles, cangrejos, colillas, algas. Mi padre ingresó con el cigarro al agua.

Nos vamos a quedar sin piso.

Todavía no.

Conocemos este mar, hecho a la medida de nuestros brazos. Se retira bravo, vuelve embravecido. Somos tercetos. Braceamos. Boqueamos. Pataleamos. Sal en los ojos, sal en la boca. Antes de hundirnos, llegué a escuchar a mi madre gritando que nos cuidáramos.

Me estoy muriendo.

¿Cómo sabes?

Lo sé.

¿Y mamá?

Nos conocimos jugando a las cartas, éramos los que siempre perdíamos.

La orilla se alejaba. Un hombre remojava a un bebé desnudo y pleitista, tres niños brincaban en una piscina de plástico. Mi padre había dicho lo que había dicho y nada se había detenido.

Él: Salgamos con esta ola.

Lo tomé del brazo malo y se quejó.

Se puso la camisa sobre la piel húmeda. Mi madre encendió un cigarro, le dio una pitada y se lo ofreció.

Le molestaba que los hombres fueran los únicos autorizados a cargar el ataúd de su padre. Talón-punta, talón-punta, se bamboleaban por las calles. Asomados a sus ventanas, los vecinos contemplaban el desfile. El humo del sahumero flotaba gris por encima de las cabezas. La esposa avanzaba dejándose caer en los hombros de dos amigas; tres velos negros. Y ella caminando detrás, ella que no cantaba, al final del coro de mujeres. Su hermano, sin conseguir vuelo. Varado por mal clima en el último tramo. Le había dicho: Yo también hubiera querido llegar a casa uniendo a nado todas las piscinas.

Su padre lo había conseguido: un pequeño dios rodeado de adoradores.

Se abrieron las rejas del cementerio. Dos muchachos que esperaban tras las rejas se acercaron: También somos sus hijos.

Bajo el silencio de todas las miradas, pidieron cargar el féretro. Sin palabras, les dieron la oportunidad. Se acomodaron el ataúd en los hombros. Un instante a cambio de treinta años de verdades de su padre.

Ahora que está muerto por fin, mi padre está completo. Se ha armado en cada uno de nosotros. Todas sus distintas caras. Para eso muere un padre.

HUÉRFANOS EN LA NIEVE

Fernanda García Lao

Hay siempre algo de perturbador en una mujer científica. Nunca se detiene. Es un monstruo. La materia, cualquiera sea su condición, convoca a partes iguales el deseo y el rigor de su ciencia. Un corazón, por ejemplo, también puede ser la semilla, el embrión, el feto con el que esta mujer le dará forma a una idea. Materia e idea, eso es lo que late poderosamente en este bello texto.

Fernanda García Lao (Mendoza, Argentina, 1966) fue seleccionada por la Feria Internacional de Libro de Guadalajara como uno de “los secretos mejor guardados de la literatura latinoamericana”. Es escritora, dramaturga y poeta. Publicó las novelas *Muerta de hambre* (Primer Premio del Fondo Nacional de las Artes), *La perfecta otra cosa*, *La piel dura*, *Vagabundas*, *Fuera de la jaula* y *Nación vacuna*, así como el libro de cuentos *Cómo usar un cuchillo*. En 2015, publicó *Amor invertido*, en coautoría con Guillermo Saccomanno. También ha publicado dos poemarios: *Carnívora* y *Dolorosa*. Ha colaborado en distintas publicaciones a ambos lados del océano (*Babelia*, *Revista Quimera*, *Letras Libres*, *El Buensalvaje*, *Página/12*, *Revista Ñ*). Algunos de sus textos han sido traducidos al portugués, al inglés, al sueco y al griego para revistas digitales y en papel. Ha publicado en Francia, México y España. Desde 2010 coordina talleres de escritura y clínica de obra.

Huérfanos en la nieve

Las nieves eternas me atraen, será porque me atormenta la palabra fin. El mundo se derrite y hace rato que sólo encuentro paz en el frío. Lejos de la gente estoy menos sola. Desde la muerte de mi padre, la alegría ajena me espanta. Y huyo, malgastando lo que me dejó por herencia. Pedí un receso en el laboratorio porque las miradas de luto me recordaban su agonía.

Arjánguelsk en mayo no parece primavera. Llegué al monasterio de las islas Solovetsky cuando aún no había amanecido. Me dieron la única habitación con chimenea y, sin embargo, el vaho de mi respiración se alargaba. Lo veía sobrevolar la alfombra, congelarse. Cené una sopa de remolacha frente al fuego, acobardada frente a su aspecto crudo. Afuera nevaba en silencio, sólo el viento y la cuchara teñida de rojo me mantenían despierta.

Desde San Petersburgo mis noches eran para el insomnio. Aún tenía sobre mí la presencia de la muerte. Habían pasado seis meses y ningún frío me conformaba. Escribí en mi cuaderno hasta que la luz de un sol tímido se insinuó en el ventanuco más alto. Me quedé dormida. Tuve un sueño breve pero tan realista que, al despertar, la vida me pareció incoherente.

Tomé el desayuno antes que los monjes, y pedí mi abrigo. Esquivé el jardín del monasterio que tenía plantas exóticas. Las rosas silvestres tibetanas ocupaban un pabellón techado, pero caminé sin mirarlas.

Dejé el pueblo atrás. Anduve casi dos horas hasta un terreno escarpado. Mientras ascendía, el frío me quemaba la cara. Me detuve a descansar.

Sobre una piedra chata y brillante encontré una inscripción en francés. *Ha muerto aquel que me creó, y cuando yo deje de existir, el recuerdo de ambos desaparecerá pronto. Yo, el infeliz, el proscrito.* A su lado, las cenizas de lo que parecía una antigua pira funeraria que el hielo había preservado. Quedé paralizada y en llanto. Aquellas palabras parecían hablarme. Me llamó la atención una especie de caparazón oscuro debajo de ese témpano. Parecía el tórax de un escarabajo púrpura, del tamaño de un puño. Me incliné junto al montículo. No me animé a tocarlo.

Sabía que el monasterio había sido una prisión y luego un colegio para niños abandonados, pero el tamaño de la pira insinuaba los restos de un sólo cuerpo gigante. Me invadió el miedo.

Al mediodía me senté a almorzar en el comedor. Los monjes ocupaban tres mesas y parecían obnubilados con sus rezos. Me sentí liberada de entablar conversación, aunque tenía preguntas para hacerles. Rechacé el plato de carne, pero no así la sopa de pescado. Incluso chupé la cabeza, y después, cada uno de mis dedos. Había algo nuevo en mí, una sensación extraña.

En lugar de regresar a mi habitación caminé hasta el pueblo. A esa hora, pocos paseantes. Un muchacho en bicicleta hizo sonar su timbre antes de resbalar en el hielo. Lo ayudé a levantarse y entonces me di cuenta de que hacía mucho que no estaba en contacto con un cuerpo caliente. Me agradeció en inglés mientras sonreía. Tenía la boca gruesa y colorada.

Se subió a la bicicleta. Pero no lograba sacarme sus labios de la cabeza.

Aunque di algunas vueltas, no podía dilatar el deseo de regresar a la pira. Compré en el único almacén una palita de jardinero y un recipiente de vidrio, regresé a mi habitación. Enseguida se hizo de noche. Escribí en mi cuaderno, pero las anotaciones, de pronto, me resultaron absurdas. Las quejas y los gerundios se retorcían en cada página. Aún no he cumplido treinta y sin embargo escribo como una viuda de otro tiempo, anoté. Después, dibujé un corazón y, con tinta roja, una boca que lo devoraba. La del chico caído.

Esa noche cené pelmeni en el comedor. Como los monjes hacían ayuno, era la única. Las mesas en fila, y los velones sobre mí, parecían el simulacro de una tragedia gótica. El único que iba y venía con los platos usaba un hábito con capucha, pero no tenía la gravedad de un monje. Cuando se acercó a mi mesa esperé sus labios. No eran como los del ciclista, sino finos y amarillentos. Sentí una arcada. Se dirigió a mí para invitarme a la misa de medianoche.

Campanas lentas sonaron y recorrí el estómago del monasterio hasta una capilla dorada y, sin embargo, oscura. Los cánticos guturales de los monjes resonaron en mis costillas. Sus sombras contrastaban con la nieve que parecía caer con mayor delicadeza, igual que pájaros sin alas. El bajo profundo de las gargantas ascendía como si el cielo las llamara.

Regresé a mi habitación y no recordé a mi padre. Algo ardía en mí, el deseo de estar viva. No soñé ni revisé mi infortunio.

En la mañana, después del desayuno, oculté la palita de jardinero y el recipiente de vidrio bajo el abrigo, y caminé en busca de la pira. Pero no la encontré. La nieve se había derretido en algunas zonas, los árboles parecían distintos. Recorrí en vano los alrededores; cuando estaba por creer que mi tristeza había construido esa visión, me torcí el tobillo y grité

hacia el monasterio. Entonces la vi. La piedra estaba a mi izquierda. El montículo, un poco más atrás.

Intenté quebrar la costra helada para liberar el caparazón, pero era más dura que la palita, que se quebró al tercer intento. Sin embargo, había logrado astillar la primera capa. Me saqué los guantes e introduje un dedo. El calor fue derritiendo la distancia entre el caparazón y yo. Al llegar a él, sentí que estaba blando, incluso me pareció que latía. El ser estaba vivo aunque no tuviera patas ni cabeza.

Saqué el dedo, entre el asombro y la repugnancia, y sin pensarlo me lo metí en la boca. Una risa sórdida se apoderó de mí al recordar a mi padre. Después tomé una rama firme y amplí el agujero, cuidando de no volver a tocar a la criatura. El hielo se quebró y volví a ponerme el guante.

Regresé al monasterio con color en las mejillas. El monje de labios angostos me lo hizo saber. Yo le dije que me iba. Enseguida guardé el recipiente con el ser adentro, entre mi ropa. Esperé en el puerto el barco que me llevaría de regreso a casa. Toda la melancolía quedó atrás. El frasco estaba lleno de hielo, el mismo que lo había protegido de la muerte, y que serviría para conservarlo. Yo me sentí resucitar.

Aunque era domingo, en cuanto llegué a la ciudad, le indiqué al taxista que me dejara en el laboratorio. Estaba excitada con la nueva tarea. Quería observar el animal con los instrumentos adecuados. Subí a la sala. Encendí la luz blanca, me saqué el abrigo, busqué los guantes de látex y extraje el recipiente.

En cuanto lo vi, me di cuenta. No era lo que había previsto. El hielo se había derretido. Tomé una pinza. Observé detenidamente el corazón. Estaba intacto y vivía. Era humano, desafiante. Trabajé toda la noche para que el músculo no se fatigara y bombeara sangre nueva.

La muerte me arrebató a mi padre. A cambio, volveré a la vida al ser que ya late frente a mí.

YO SÉ DE TU DELIRIO

Rosario Barabona

En un hemisferio cerebral derecho se puede guardar muchas cosas. Infinitas cosas. Muchas más que en un joyero o en una cajita de música. Allí, en ese lugar secreto, es posible esconder el dolor, el duelo, la juventud, las queridas hebras de pelo infantil, medicitas de bebé, desaforadas ambiciones intelectuales, retazos de locura, melodías que alguien canta desde la muerte, y sobre todo, la desesperación del amor. De eso, de todo eso que lastima y que perdura, se trata este cuento.

Rosario Barahona Michel (Sucre, siglo XX) es escritora e historiadora. Sus temas de investigación se concentran en los procesos sociales y vida cotidiana del siglo XVIII charqueño. En 2012, obtuvo el Premio Nacional de Novela con su obra *Y en el fondo tu ausencia*, (Alfaguara, 2013) ambientada en La Plata dieciochesca. Autora de distintos cuentos publicados en antologías, hoy en día trabaja como encargada de la histórica biblioteca de la Casa de la Libertad.

Yo sé de tu delirio

Dos

Chester Square No. 24, enero 6 de 1851

Había dispuesto el costoso servicio de porcelana blanca con el dibujo de una diminuta cabaña azul en perspectiva para ofrecer el té al médico cuya visita tan esperada se convirtió en todo un acontecimiento. Dos semanas y media esperando a que su asistente encontrase un espacio vacío en sus ocupadísimos días y confirmase la fecha y hora de su visita a casa, y hoy, por fin lo había logrado.

El consultorio médico, que gozaba ya de gran prestigio en la ciudad y empleaba a una enfermera y un asistente, se encontraba cerca de la casa. Es cierto que no era un caso extremo, pero desde hacía unos días atrás, la paciente, que no era cualquier paciente, sino una señora respetable por su posición social y su notable fama de escritora, permanecía en reposo absoluto.

Así que más allá de juramentos hipocráticos y conductas éticas, el caso implicaba una mayor buena voluntad. La es-
quela dejada indicaba que el médico visitaría a la paciente a las cuatro en punto de la tarde.

Por eso, Jane, o *Lady Shelley*, como le comenzaba a gustar que la llamasen, no había dejado nada al azar, mucho menos ahora que toda la responsabilidad de la situación recaía sobre sus espaldas y que responder a la confianza que su esposo le había otorgado dejándola sola en casa con su madre enferma, era su prioridad. Ahora que su suegra, aquella mujer extraña a quien había aprendido a tomarle afecto, se encontraba enferma, y el trabajo de Percy Florence le obligaba a ausentarse de la ciudad por largas temporadas, no tuvo más remedio que tomar las riendas del gobierno de aquella casa de cerrado y secreto desván y grandes ventanales que jamás pensó percibir tan abarcadoramente suya.

Cortó entonces todas las rosas blancas del jardín, quitó las espinas con las tijeras de podar y las acomodó en un jarrón de porcelana de la mesa central del estudio que su suegra había bautizado como *el salón de Diana*, donde a diario ella solía escribir, pero ahora serviría para conversar con el anhelado médico después de la consulta.

Subió a su habitación y se puso su vestido gris y rojo, de amplio, tupido plisado. Mirándose al espejo, tomó el peine de madera y se partió el pelo rubio por la mitad de la cabeza, para después recogerse hacia atrás en un poco estirado, delicado moño bajo.

Se dirigió a la habitación de la enferma y le retiró la toalla de su frente, ya seca de tanta fiebre absorbida. Echó fuera a la servidumbre y, levantando la rosada sobrecama rellena de plumas de ganso, desabotonó el blanco camisón. Exprimió y volvió a empapar una esponja en un lebrillo metálico y con ella lavó y secó a la enferma de cuerpo entero. Luego, con bálsamo de agua salina, masajeó un poco los talones heridos, ampollados con el horror de las escaras.

Limpio también el rostro con toques suaves de una toalla limpia y húmeda y aplicó vaselina de almendras sobre los labios resecos. Retiró de sus mejillas aquellos cabellos entre-

canos, alborotados durante la noche y los peinó con suavidad, deteniéndose con paciencia en cada nudo, ayudándose a desenredar cada hebra con la yema de los dedos. Era larguísimo el cabello de Mary Shelley, pues suelto y lacio, calculó que le llegaba a la cintura. Percy Florence y Peggy, o la señora Howard, como ella llamaba a la antigua ama de llaves, le contaron que desde su juventud siempre lo había llevado largo: creía a rajatabla que su cabello era parte indisoluble de su alma y por tanto, sufría cada vez que quedaba encinta y por consejo de los demás debía cortárselo para que creciera con más fuerza, pues solía ponerse débil, quebradizo y se le caía a cada paso. Quizá por eso, después de la muerte de sus tres hijos, dejó que el cabello le creciera hasta rozar sus rodillas, y lo habría mantenido así para siempre si en la última temporada los médicos no la hubieran obligado a recortárselo, argumentando que el peso de su cabellera sería la probable causa de la aparición de aquel maldito bulbo en forma de raíz de jengibre que había comenzado a crecerle debajo de la piel del cráneo.

Con pesar, Jane pestañeó al recordar eso, y le pareció notar, entonces, con la luz vespertina que entraba, un rastro de gótica belleza en esa enferma de cabellos infinitos de ceniza, en esos pómulos pálidos coronados con un par de cicatrices de viruela, en esos párpados dormidos pero de pestañas oscuras, tupidas y extensas, en esas ojeras, aureolas violáceas, como rastro de un dolor contenido.

Por último, bajó hasta la cocina y mandó a una criada a comprar el mejor té de la ciudad, naturalmente, de la tienda Fortnum & Mason. Instruyó a la servidumbre acerca de la hora aproximada que la bandeja del té tendría que estar lista para servirse, que se retirase el probable polvo de las superficies de los muebles y que, sobre todo, dejaran abiertas las ventanas para airear el ambiente, ya que desde hacía mucho que no se recibían visitas y el olor de la soledad se empeñaba en quedarse escondido en los rincones.

El doctor Hydn tocó la campanilla de la puerta y, tras cruzar el umbral, dejó descansando su maletín médico sobre una mesa y se quitó el redingote oscuro que la señora Howard se apresuró a colgar en una percha. Acompañado de ésta, comenzó a subir hacia la segunda planta. En el rellano de la escalera miró en su derredor: a pesar de los grandes ventanales, la casa le pareció un monasterio medieval, más que por aquellos óleos de antepasados familiares tan parecidos a los óleos de los santos de las iglesias, cuyos fantasmales rostros muertos tomaban vida observándolo todo desde su escalofriante superioridad, por aquella luz nublada, trémula y estremecida de los cirios flotando en el aire de los anchos corredores. Se detuvo entonces porque le faltaba la respiración. En un fugaz destello de la memoria asfixiada, recordó los lejanos, majestuosos paisajes de su último viaje: cadenas de cordilleras nevadas, como novias solitarias esperando se cumpliera una promesa de amor. Respirar se le hizo definitivamente difícil, casi imposible por la altura.

En eso pensaba el médico. Y aunque no dijo nada al respecto, retomó el paso y se vio en la casa de aquella afamada escritora, caminando detrás de la señora Howard, quien le indicaba el camino con ligereza y de pronto lo invitaba a tomar asiento en un pequeño estudio bien iluminado por la luz natural vespertina que entraba a borbotones por la ventana. Las sillas tapizadas con un terciopelo de color bermellón combinaban agradablemente con el tono intensamente oscuro de esos y todos los demás muebles.

La clara alfombra beige, con sus flecos dorados tornándose brillantes en las puntas, sentaba las bases para un escritorio mediano, taraceado de nácar —allí permanecían varias cuartillas desparramadas, plumas y un tintero—, la mesa baja de estrado, de patitas labradas y carpeta de verde y oscuro terciopelo en la superficie, sobre la cual reposaban algunos libros de pasta, completando el armonioso conjunto de la

habitación. Leyó el médico algunos títulos: *El hombre feliz*, de Teodoro de Almeida, *La madre Ágreda*, *Cartas eruditas*, de Feijóo, *Historias*, de Herodoto, *Louis Lambert*, de Balzac, *Ítaca*, de Blanca Wiethüchter.

Los que ahora tenía enfrente eran, o más bien le parecieron libros de viejo, de lomos grises, azules grises, verdes grises, a excepción del poemario de ésta última, cuyo blanco encuadernado y doradas letras del título resaltaban entre tanto gris.

Reina absoluta de la habitación, colgaba del muro principal una gran lámina de bronce de la diosa Diana. Alta, virgen y erguida, miraba incommovible un punto infinito del mundo, sosteniendo férreamente en mano su arco y flecha. A sus pies, su fiel galgo cazador dormía plácidamente. La obra contaba con su pintura romana guarnecida, marco y chapiteles, y el conjunto de seis candilejas, tres a cada lado, seguramente iluminarían de noche el ambiente y el rostro de la diosa.

Sin embargo, pese a la extraña condición de opacidad que no se desvanecía, al doctor Hydn le pareció que todo en aquella casa estaba escogido por una mirada experta, por una mano diligente, sensible y hasta piadosa que lo recorría y abarcaba todo con su presencia exquisita.

De repente, rompiendo el silencio se abrió una gran puerta oscura y aladaña al estudio de Mary Shelley. Los goznes y cerradura precisaban, seguramente, una pasada de aceite, y también las manijas ruidosas, redondas y doradas como manzanas de la discordia. Era Jane, que dejaba la puerta entreabierta y se dirigía al médico.

—Buenas tardes, doctor Hydn.

—Lady Shelley —contestó él, casi afable, poniéndose de pie, y haciendo una levísima reverencia.

—Es un regalo de John William Polidori, el médico personal de Lord Byron —respondió Jane a modo de aparente digresión de los saludos correspondientes y mirando impulsivamente

a Diana, pues prácticamente había sorprendido a Hydn absorto en la contemplación de la obra de la diosa.

—Oh, Polidori —comentó él, esforzándose en la amabilidad, buscando sin encontrar en su memoria algo más que decir al respecto o, mejor dicho, mucho menos al respecto, pues Polidori, escritor y médico, se había suicidado en 1822 de una de las formas más brutales conocidas: bebiendo ácido prúsico. La sustancia provocó la desintegración de todo su aparato digestivo y desencadenó su muerte después, sólo después de una espantosa e interminable agonía. Ninguna buena cosa —a excepción de su altísima cultura, la creación literaria de su propio monstruo: el vampiro, y su sentido del arte, que pudo haber sido notable, como por ejemplo, el haber escogido esa pieza de Diana para obsequiar a Mary Shelley— se podía decir de aquel hombre, opacado siempre por la sombra de su célebre paciente, poeta mayor, Lord Byron. Por tanto, calló el médico y en aquel microsegundo de silencio, mientras miraba fijamente a su interlocutora, experimentó la misma sensación que le había acometido en el rellano de la escalera, un destello que le hacía recordar algo, aunque en ese momento no supo exactamente qué.

Al otro lado de la puerta se encontraba la habitación de Mary Shelley, o, más bien la que él creyó, en primera instancia, que lo era.

—Pase usted —le pidió Jane, y empujó delicadamente la puerta asiendo con su palma la dorada y mitológica manija esférica que, imperturbable, volvió a chirriar.

La ancha cama de cedro donde se encontraba la escritora dormida ocupaba una gran parte del espacio, y también las ventanas que parecían más grandes si se las miraba desde el interior de la casa. Por lo demás, a diferencia de sí mismo, el doctor Hydn asumió la sediciosa sensación de que todo era extenso en aquella paciente, los párpados grandes, los huesos largos y esbeltos y, por si fuera poco, esos cabellos tan largos cayéndole copiosamente sobre los hombros.

Sacó su estetoscopio, destapó la rosada sobrecama rellena de plumas de ganso y oyó el compás de su corazón a tiempo que controlaba el segundero de su reloj Longiness de leontina. Luego le tomó la temperatura con un termómetro metálico, y finalmente el pulso, asentando suave pero firmemente sus dedos índice y medio en la delgada muñeca, sin quitar la vista de su reloj.

Finalmente recorrió su cuerpo, tocó detrás de las orejas, buscando algún ganglio inflamado que no encontró, palpó el gran bulbo instalado caprichosamente en su cráneo y, al mirar las llagas de sus talones, aseguró que sanarían prontamente, pues el bálsamo salino que ya se le administraba era, evidentemente, la terapia indicada.

Finalmente, le realizó una sangría. Al rasgar su piel con el afilado estilete, una grave mueca de dolor contrajo el rostro de Mary Shelley. Guardó la sangre en una botella esterilizada para estudiarla luego en su laboratorio.

Dando por terminada la sesión, Jane arropó a la enferma y llamó a la señora Howard para que se quedase a velar su sueño. Cerró la puerta tras de sí y condujo al médico nuevamente hacia el estudio de Diana.

Él, que había permanecido callado y casi taciturno durante la observación de su paciente, se asombró al ver el servicio de té, perfectamente dispuesto sobre la mesita central de las rosas blancas. Tantos años de viajes y permanencias en ciudades, pueblos y rancheríos perdidos donde ni siquiera se conocía la planta del té, casi habían logrado hacerle olvidar el deleite de una buena taza caliente.

—Oh, té —exclamó, sorprendiéndose él mismo de su propia reacción.

—Tenga la bondad de sentarse, doctor —solicitó ella, feliz y renuente a la idea de que él, como todos los médicos, se marchara rápidamente, pues tenía mucho que expresarle.

Jane sirvió el fragante té de color tan cobrizo como la lámina de la diosa Diana, testigo inevitable de aquella

conversación. Con un experto ademán delicado, tomó el asa de una jarrita de porcelana y vertió el consabido chorro de leche directo en el corazón de la cobriza taza.

El doctor Hydn diluyó dos raciones de azúcar en unos tres o cuatro decididos movimientos circulares de su cuchara de plata y, asentándola en el platillo, aspiró la extrañada fragancia que cambió momentáneamente su rictus. Por un instante entonces, sólo por un instante, aquel hombre le había parecido a Jane, más humano que nunca.

—La presión y el corazón de la señora Mary Shelley se encuentran en perfectas condiciones —dijo él, por fin, y continuó:— Las llagas sanarán, pero la lesión creciente de su cráneo es o, mejor dicho, puede ser la causa de la falta de conciencia, del sueño incesante. Lady Shelley, usted debería haberme puesto al tanto de la gravedad del caso en cuanto supo de mi llegada a Londres, hace tres semanas.

—Lo intentamos —se disculpó ella, tanto serio como diplomático su tono—, pero su asistente insistió en que, debido a su recargada agenda, no podría sino verla en dos semanas, que fue exactamente el tiempo que esperamos; además, creí que después de haber sido observada por otros veinte médicos, sería bueno que usted la observase sin un pensamiento preconcebido al respecto.

Hydn calló y tomó un sorbo de su té. Nadie acostumbraba a expresar su opinión en su presencia, por lo menos no tan deliberadamente. Tosió y carraspeó antes de soltar su frase:

—Pues le recuerdo, Lady Shelley, que aquí el médico soy yo, y por lo tanto, yo decidiré lo que sea bueno o no para la paciente. Su esposo, el señor Percy Florence Shelley, me ha escrito encomendándome a su madre. Y Sir Joseph Barclay Pentland, amigo personal de su suegra, también, pese a que se encuentra descansando, de vacaciones en el valle de Barton, por cuanto asumiré que, a partir de este momento, guardamos entre usted y yo una responsabilidad compartida.

Jane quedó poco sorprendida, los veinte médicos anteriores la habían tratado igual, con ese patético paternalismo condescendiente ante su juventud y su feminidad, con esa insoportable actitud de autoridad moral, como si el mundo entero se tratase de un sistema absoluto girando en torno de complicidades masculinas. Sin embargo, Hydn había ido más allá pues fue el primero en mencionar directamente los nombres de los importantes aliados de su cruzada personal: Percy Florence y Pentland.

¿Acaso ellos estaban allí, para atender a la enferma, para pasar noches en vela, para untar sus llagas con bálsamo salino?, suspiró Jane. Aquel médico número veintiuno era todo lo que su suegra y ella tenían en el mundo. Tomó entonces la palabra:

—La señora Shelley había presentado una suerte de demencia en los últimos meses, pero se recobraba al día siguiente, como si nada. Una tarde de diciembre pasado estuvo hurgando las cosas del desván que Percy Florence mantiene cerrado porque las cosas que allí se guardan le produce mucha tristeza, y quizá tenga algo que ver, pero a la mañana siguiente, ella ya no era la misma.

—Explíquese mejor, por favor —frunció el ceño Hydn.

—Quiero decir que ella no volvió a ser la misma desde aquella tarde o, mejor dicho, desde aquella mañana de lluvia de diciembre pasado, cuando la encontré vestida únicamente con un camisón blanco, empapada, helada, descalza y echada, inmóvil, sobre el jardín, los ojos abiertos y pasmados, el oído derecho pegado a tierra.

—Le pareció raro, naturalmente —comentó el doctor Hydn, más a modo de pregunta que de respuesta, mirando a través de los ojos de Jane, que justamente a esa hora, tal vez por un reflejo del resplandor de resolana de la tarde, tomaban una tonalidad dorada, como la del champagne. De repente, entonces, él recordó lo que hacía un momento no lograba

recordar al mirar a Jane, y es que ya había visto aquel mismo color en una extensa pampa de trigales llamada Lequezana.

—Por supuesto que me pareció raro, doctor Hydn —refrendó la joven su sospecha, luego hizo una pausa que consistía en contener momentáneamente la respiración, casi como tomando impulso o valor para pronunciar algo aparentemente infantil, dada su juventud, o tal vez, descabellado; entonces reveló seriamente—: Sobre todo porque parecía que la señora Shelley estaba oyendo los rumores de los confines del mundo.

Lo pronunció rápidamente, como si quisiera y no quisiera al mismo tiempo ser oída. Apretó los labios al término de su frase, que más sonaba a una tímida pero obligada confesión ante un hombre de Dios y no ante un hombre de ciencia como aquel que tenía enfrente.

El médico frunció nuevamente las cejas, formándose así en su entrecejo una arruga tan prominente que parecía que de inmediato se desplomara sobre sí el peso de todos los años del mundo. Era un hombre joven, pero por algún raro artificio, todo en él parecía estar desprovisto de la sal de la pasión y revelaba la medianidad, pese a que los rumores decían que era un hombre implacable, sin humor notable, que era un viajero excéntrico e inventor alquimista de un tratamiento revitalizante a base de una planta americana y que había dejado una novia en América, enloquecida de amor. Los ojos, algo azules y algo verdes a la vez, eran curiosos y su mirada calculadora. Jane miró su extraño y lampiño entrecejo entre las dos cejas tan pobladas y pensó que de seguro echaría mano de las pinzas. Su traje negro, de solapas anchas, y la corbata azul cobalto sugerían la sobriedad que se precisaba para asistir a una consulta médica, a un velorio o a una fiesta de etiqueta.

Él quiso añadir algo más al comentario de su interlocutora y, en ese ademán, movió inconscientemente un brazo, pero ella le interrumpió de repente, quizá inconscientemente también. El brazo del médico quedó entonces en el aire, paralizado.

—Desde entonces, en sus delirios —prosiguió Jane—, ha estado repitiendo una serie de palabras; no las altera, sino que más bien sigue una secuencia. Al despertar, parece no recordarlas.

—Palabras, dice usted.

—Palabras.

—Cuáles son.

Jane explicó que las había anotado todas inmediatamente después de una de sus crisis, hacía pocos días atrás, la peor de todas, pues había durado cuatro horas y era la culpable de que ahora tuviese que guardar reposo absoluto. Sin duda, los temblores de los episodios de las fiebres la habían dejado muy débil, pálida y desorientada, y las fuerzas le alcanzaban sólo para dormir. Sacó un papel doblado del puño de su vestido, lo desdobló con cuidado y leyó entonces, en voz alta, pausada y claramente, como si fuera una maestra de ceremonias:

—Árbol, cristal, monstruo, cuervo, caleidoscopio, pluma, niño, Hastings, testamento.

Hydn se rascó la barbilla con el grueso pulgar, un gesto de contumacia, más que de asombro. Había cobrado gran experiencia en sus largos viajes alrededor del mundo, acompañando en sus expediciones a eternos y célebres viajeros como Thouar, Van Nivel y Pentland, y estaba acostumbrado a los casos más raros e imprevisibles, a cerrar rápidamente los párpados de los enfermos agónicos de mal de Chagas, tercianas, tabardillo, chikungunia, rubeola y tifus, igual que los párpados sangrientos de soldados muertos en mil campos de batalla.

—¿Tiene algún diagnóstico, doctor? —preguntó ella, impaciente, poniéndose de pie, un gesto que indicaba que la consulta médica estaba a punto de terminar, pues ya le había tomado la temperatura, el pulso y hasta le había hecho una sangría a la enferma postrada en un aposento ajeno, sangría que, por cierto, Jane consideró innecesaria. No olvidó que Hydn era el último de la veintena de médicos que habían ido

a observarla, a veces más por curiosidad o morbo, que por cualquier otra cosa. O quizá no, quizá este era distinto.

Y ahí estaba Hydn, pensándose una probable respuesta, ante aquella jovencita remilgada y aparentemente algo rebelde y displicente, vestida con aquel bonito vestido gris y rojo, los bucles rubios cayéndole graciosamente por las mejillas y parte del delgado cuello. Quedaba claro que nada sabía más allá de sus narices, nada del mundo. Por lo menos, no del suyo, ella jamás podría imaginarse los altiplanos americanos, ni los horrorosos calores de la Amazonía, ni el pánico de mecerse en una embarcación que se va bamboleando por la tempestad, ni las flechas cargadas de veneno de los indios naturales llamados chanés, ni la sangre de las batallas, ni el rostro de los niños chanés muertos, ni mucho menos los ojos abiertos de los muertos en batalla contra el hombre blanco.

Dejando la pregunta en el aire, como tantas otras preguntas había dejado al aire en su vida, volvió a pasarse el pulgar por la barbilla, y sin emitir palabra, pero con ademán intrépido buscó algo en el bolsillo interior de su chaleco, y lo extrajo.

Era un sobre de papel craft que puso sobre la mesa, con mucho cuidado, como si fuese una reliquia, un tesoro, un objeto sagrado, o un anatema.

Tomó un sorbo más de su té y apartó la taza y el jarrón de rosas blancas para evitar cualquier posible derramamiento encima de lo que fuese aquello. Con movimientos ahora más meticulosos y certeros, como los de un calificado cirujano, comenzó a extraer el contenido.

Eran veinte hojas de coca que, como cartas de tarot, una a una, fue desplegando remisamente sobre la superficie de madera.

—Son las últimas que me quedan —dijo Hydn, calmadamente, pero algo en su voz sonó a sentencia—. Las traje de mi último viaje con Sir Joseph Barclay Pentland, que duró cuatro años y medio por América del Sur. Los últimos dos años nos establecimos en Potosí de Charcas, donde es muy común

encontrarlas, los indios las consumen a diario para combatir el mal de mina, la debilidad, la tisis y el frío, y hasta el mal de amores cuando se prepara en infusión. Mis investigaciones han demostrado que la coca contiene el extracto del calor de la vida, que es lo que queremos devolverle a la señora Shelley. Usted ha mencionado los confines del mundo, pues yo vengo *de los confines del mundo*.

Jane quedó asombrada, y tuvo que volver a sentarse. Ahora comprobaba que lo que se decía de aquel hombre era cierto, era excéntrico y además, engreído y ególatra, pero jamás se hubiese imaginado la existencia de una planta medicinal que tuviese la insólita propiedad de alejar del cuerpo el frío de la muerte y acercar el calor de la vida. Quiso, entonces, por curiosidad, tomar entre sus dedos una hoja de coca, pero a tiempo, un ademán del médico se lo impidió tajantemente.

—Son muy delicadas —argumentó por toda explicación y sacó entonces papel y pluma de su maletín médico para escribir su prescripción:

Untar la hoja de coca con saliva y pegar una a cada sien de la paciente durante el lapso de un delirio.

—Sólo en caso de delirio —especificó él, levantando un índice en alto.

—Sólo en caso de delirio —repitió ella.

Jane pestañeó a tiempo que asentía, esas hojas le daban miedo. ¿Y qué si la envenenaban, si le producían alguna alergia mortal, prurito?

Miró las hojas de coca que yacían inocentes sobre la mesa y tuvo entonces la extraña impresión de que aquel tratamiento no era como el de los anteriores veinte médicos; no se trataba de alcanfor ni quinina, ni bálsamo salino. Este era tácito y definitivo, y exigía asumir todos los riesgos, algo así como cuando el César, atormentado por las dudas, pero comprendiendo su destino, decidió cruzar el Rubicón en aquella espantosa noche de enero del 49 a. C.

Y así como echada estaba la suerte del César, estaba echada la suya y la de Mary Shelley, sin posibilidades de panaceas ni retrocesos, pero guardó silencio sobre eso. Dejó que transcurriesen uno, dos, tres, segundos, y aclaró:

—Como ha visto usted, la señora Shelley, se encuentra ahora en otra habitación, que es la de huéspedes, no es la suya. Por si acaso, por precaución, o como quiera usted llamarlo, he dejado su habitación exactamente como la dejó ese amanecer, porque he pensado que eso tal vez podría revelarnos algo más.

—¿Como en la escena de un crimen? —preguntó Hydn, la sonrisa al borde de la ironía. Esa majadera niña rubia no iba a decirle qué hacer.

—Como en la escena de un crimen —concluyó ella, esta vez decididamente, sin asomo alguno de timidez en su voz.

Tres *Febrero de 1851*

Pegando las hojas de coca con su propia saliva a las sienas de Mary Shelley, es decir, siguiendo al pie de la letra el tratamiento médico del doctor Hydn, pero sin poder explicárselo completamente, Jane, y todos en casa, notaron la gran mejoría en ella.

Su rostro había recobrado el tono de color durazno al nivel de los pómulos, las úlceras de los talones habían cedido, el dolor de cabeza era mínimo, y los episodios de fiebre y delirio duraban menos, por lo que la lucidez lograda le permitía, abrigada con una capa de piel, dar un paseo por el jardín, siempre del brazo de Jane. A veces, como si se tratase de una afasia más, Mary Shelley parecía olvidar las palabras que quería usar, y entonces escribía frenéticamente las palabras que amenazaban con escurrírsele de la memoria, no dos ni tres veces, sino cien, o doscientas. Podía ser *mesa*, *pato*, *rosa* o *ventana* la palabra en cuestión.

Otras veces, mientras cruzaba el jardín, se detenía de repente y, cerrando los ojos como si se tratase de un ritual, repetía su retahíla de palabras: árbol, cristal, monstruo, cuervo, caleidoscopio, pluma, niño, Hastings, testamento. Palabras que ella no podía explicar, no porque no las conociera o recordara, sino porque contenían más que significados.

Fue entonces que, en un lapso de lucidez, la convaleciente pidió la presencia del anciano notario de su confianza, Nevinston, ante quien redactó y firmó de puño y letra su secreto testamento, guardándose una copia en un cajón de su escritorio taraceado de nácar, copia que enseguida olvidó. Esa misma noche, Mary Shelley murió cálidamente durante el sueño.

Evidentemente era secreto y solemne su testamento –todos los testamentos suelen serlo–, pero un día los cajones de los secretos se abren y las solemnidades caen hechas añicos como una copa de cristal puesta al borde de una mesa, y entonces los secretos dejan de ser tales.

Se supo entonces que aunque los bienes muebles fueron legados a Percy Florence, el *salón de Diana*, con todo lo que contenía pasaría a poder de Jane.

Cuatro *29 de febrero de 1851*

El aire de invierno entraba a chiflones a través del cristal roto de la habitación privada de Mary Shelley. El doctor Hydén, falto de aire, con un oído ensordecido, y apoderado todo su organismo por un vértigo que sospechó sería el mal de Ménière, se paseó a través del amplio espacio, observando todo y nada a la vez. Al fin, mirando a través de la ventana, contempló el mismo paisaje que seguramente Mary Shelley contemplaba diariamente: los árboles centenarios de ramas como enredaderas o tentáculos de Medusa, los tejados sosegados de

las casas vecinas, y una lejanísima montaña azul, adonde llegar precisaría calzarse unas botas de siete leguas, como en los cuentos de los hermanos Grimm.

Entonces, pensativo, y posando una palma sobre un muro o buscando un momentáneo punto de apoyo para tolerar el mareo, confesó a Jane que no había podido dormir la noche anterior, que sospechaba que algo más existía en aquel aposento silencioso y, sin embargo, tan repercutido de voces, esas que socavan, quebrantan, resuenan, tañen.

—En Charcas existe una temporada calurosa y corta llamada veranillo de San Juan —pronunció repentinamente.

—¿Cómo? —Preguntó Jane, asombrada, pues lo último que se esperaba era que en aquellos momentos alguien aparentemente insensible le hablase de algo que no venía al caso, mucho menos acerca de las estaciones del año.

—El veranillo de San Juan se da a mediados de junio y se denomina así por la festividad de San Juan, aproximadamente al comienzo del invierno, que es largo y crudo.

—Un pequeño verano —reflexionó Jane, aún sin captar el sentido, pero lo dijo en voz tan baja que el médico pareció no escucharla y hasta ella misma dudó haber abierto los labios para susurrar la frase.

—Un pequeño verano precediendo al invierno de la muerte —remató él, pronunciando las palabras lentamente, más pensativo que nunca.

—¿El pequeño verano de Mary Shelley? —preguntó Jane, esta vez más para sí misma que para su interlocutor.

El doctor Hydn tenía los ojos verdes o azules clavados hacia lo lejos y por tanto ya no respondió palabra alguna y dejó, más bien, a propósito, que la pregunta quedara flotando en el limbo sin respuesta, como tantas cosas inacabadas permanecían flotando en el limbo de su vida. La última había sido la noble novia descendiente de los incas llamada Teresa. La había dejado enamorada en Potosí, esperando por él, bajo promesas de amor

eterno, pese a que nada le habría costado traerla consigo. Es que un viajero incansable, un hombre de ciencia como él, no podía ceder ante el amor, aunque había momentos, como ese, en los que el recuerdo de los ojos negros de Teresa le producían certeras pero silenciosas punzadas en seguidillas.

Pesó el silencio entonces en aquella casa cerrada por el duelo invernal.

Silencio y más silencio. A esa hora de la mañana sólo se oía el trino de algunos pajarillos y el trajín desconsolado, taciturno y fantasmal de los objetos.

Fue así como, con ojos distintos, vieron nítidamente el diván donde descansaba inerte el último vestido negro que Mary Shelley había usado. Sobre la mesilla cercana a la cama divisaron el tintero, las plumas y el caleidoscopio. Este último evocaba el recuerdo del escandaloso Lord Byron; también, en las cuartillas desparramadas, el cuervo y una extraña nota musical dibujados con trazos enérgicos, las varias palabras escritas contra el olvido, y los retratos de sus tres hijos muertos en edad tierna, escondidos debajo de la almohada de sus últimos, tal vez tenebrosos sueños.

Uno

Chester Square No. 24, 21 de diciembre de 1850

Los fantasmas de una historia no son precisamente seres muertos, lejanos o inasibles. Irreversibles, eso sí, pero muertos, lejanos e inasibles, no.

Uno se da cuenta de ello cuando se percata que, en esos términos, y al filo del término de su vida, aquel fantasma bien pudo haber sido uno mismo, que ha acarreado una historia irreversible consigo, atiborrada de cosas irreversibles que nos conducen a sitios de los que apenas nos es posible apartarnos un poco, casi nada, porque son esos sitios y, es más, los

caminos que nos conducen a esos sitios los que determinan y deciden nuestros pasos, por cierto, ya irreversibles a esa altura.

En esas cosas pensaba Mary, o más bien, despertó pensándolas, cuando, como un sello decembrino, la niebla espesa empañaba los cristales de los grandes ventanales y la sombra de aquel árbol centenario de repente crecía desmesuradamente hasta llegar a raspar sus ramas contra la ventana de su habitación, o por lo menos esa es la impresión que tuvo, divisándolo todo desde su cama en penumbras: el diván donde descansaban su vestido negro con apliques de encaje y compleja abotonadura, su capa liviana y sus medias oscuras de lánilla, en fin, su ropa del día anterior, un día que no había sido nada bueno, sobre todo por haber tomado la mala decisión de subir al desván, lo que había desencadenado ese dolor perenne de cabeza explotándole al nivel de los parietales; la mesilla cercana y sobre ésta un caleidoscopio, regalo que Lord Byron le había traído de un viaje a El Cairo, un tintero macizo de cristal, plumas de repuesto y varias cuartillas desparramadas por aquí y por allá con palabras escritas, como testigos y jueces de puño y letra, pues eran palabras contra el olvido.

El vidrio de la ventana, sin embargo, había amanecido extrañamente roto, como si alguien hubiese tirado una pedrada.

Eran apenas pasadas las seis de la mañana, y Mary se sentó abruptamente en el borde de la mullida cama, con la pesada sensación de estupefacción sobre sí que implicaba aquel estar poco a poco volviendo a la conciencia tras un pesado sueño, o incluso, despertando de una pesadilla atiborrada de voces y graznidos, más parecida a una duermevela, a una profecía o a un recuerdo, si es que todas aquellas cosas no eran sino una sola.

Tomó la pluma de la mesilla y, en una cuartilla algo arrugada, escogida al azar, dibujó un cuervo muy negro y una nota musical. A continuación, escribió lo que acababa de soñar, aunque sospechó que no sería lo último que escribiría.

Había soñado con su monstruo, como le llamaba, el monstruo de su creación, de pie frente a ella quejándose de tanto dolor cabeza que dijo *mejor sería quitársela*, y entonces ladeando con sus propias manos grisáceas aquella voluminosa cabeza, se la desajustaba logrando que chirriasen los tornillos oxidados que la aseguraban al cuerpo. De aquel hemisferio derecho central, el de las intuiciones, salió un cuervo que comenzó a revolotear dentro de la habitación con no poco estupor, golpeándose el cuerpo en las paredes y en los muebles en su búsqueda desafortunada de aire libre, hasta que por fin lo lograba al romper un cristal de la ventana con su desesperado, puntiagudo aleteo.

El monstruo, entonces, caía sobre la alfombra, sin sentido, muerto por una migraña inminente. Era su segunda muerte.

De fondo, la voz de Percy surgía cantando el estribillo de aquella melódica canción de moda, interpretada por el magnífico joven Tom Chaplin, natural de Hastings:

Oh, simple thing, where have you gone?
I'm getting old, and I need something to rely on.
So tell me when, you're gonna let me in,
I'm getting tired, and I need somewhere to begin.
And if you have a minute, why don't we go
Talk about it somewhere only we know?

Mary pestañeó, le pareció curioso e incluso musitó aquel ritmo. Percy jamás había cantado en vida, pero ahora cantaba desde la muerte.

Dejó el papel sobre el mueble y, poniéndose de pie, se retiró los largos cabellos que se le habían adherido al rostro durante el horror del sueño y contuvo la respiración para escuchar. Era el llanto de un niño el que se oía ahora retumbar, abandonado, en toda la casa. Pero, ante todo, podía escucharlo en su interior, dentro de sus propios oídos, y lo que es más,

se henchía creciente aquel llanto pequeño sobre el esternón, muy cerca del corazón.

Mary puso su tibia palma sobre su caja torácica y, echándose apenas una capa delgada sobre los hombros, salió corriendo de su aposento, como alma que lleva el diablo. Percibió el frío reinante y el aire que su largo camisón blanco y la capa producían al caminar, el hielo punzándole los talones descalzos, la niebla apoderándose de aquella casa donde ya ningún cristal podría impedir su invasión de apocalipsis de sueño, la flama diminuta de los cirios del solitario corredor, iluminando apenas.

Bajó las escaleras y volvió a subirlas en medio de una enardecida pesquisa. Buscó un aposento infantil, una cuna, algún indicio, abrió y cerró grandes y pesadas puertas, la del *salón de Diana* y la de la cocina, y hasta salió al jardín donde las hojas de los árboles la esperaban con una membrana de rocío como perlas diminutas, recubriéndolas enteramente. El llanto, sin embargo, persistía, inexistente, también en el jardín.

Cayó exhausta, casi desvanecida sobre la tierra húmeda del jardín, y de nuevo puso su palma, ahora helada ya cual pesa de metal, sobre su caja torácica. Miró en derredor, pero en realidad, miró al infinito: lo recordó todo lúcidamente.

Ella era ella, y estaba sola.

Mary vio su pasado: medio siglo de vida como el resultado de la suma de todas sus soledades: la soledad de su orfandad, la de su viudez, la de su maternidad, la de sí misma.

Se pasó la palma trémula sobre la cara bañada ya por las lágrimas de lluvia, los dedos cavaron un par de hondas cicatrices de la viruela contraída en Italia. La palma subió hacia la cabeza para apartarse al instante, despavorida. Se la pasó también sobre el vientre vacío e infecundo y experimentó entonces la misma punzada de frío que un minuto antes había perforado sus talones descalzos, perforando ahora su corazón.

No era su memoria extraña, la suerte de inexplicable afasia que, a ratos, de golpe, le sobrevinía mientras escribía o leía o atravesaba el jardín o miraba el paisaje que se dibujaba a través de su ventana, o mientras bebía una limonada fresca en la cocina. Tomaba entonces su bloc de cuartillas y, aplicando el método Lancaster con el que había aprendido sus primeras letras, escribía para no olvidar. Se sentía entonces una auténtica idiota, una vieja inútil, una escritora enjuta y jorobada, completamente exenta de palabras. Palabras que no recordaba para referirse a las cosas más elementales de la vida cotidiana, tales como *tijeras, canasto, flor, taza, puerta, lápiz, perro, nariz*. Palabras que no recordaba pero que por intuición sabía que se referían a algo más profundo que una palabra como tal.

¿Podría funcionar su mundo así, sin palabras?

¿Acaso las palabras no son un mundo?

¿O sería, más bien, que el mundo en aquel su interminable giro construía esas palabras?

Oyó que la llamaban por su nombre. La voz juvenil de su nuera Jane la sacó de todas sus cavilaciones. Cuánto hubiera querido tener allí mismo, consigo, una cuartilla y una pluma donde apuntar las cosas para no olvidarlas. La buena Jane, siempre oportuna y diligente, había acudido al jardín para socorrerla. ‘Vamos adentro, Mary, vamos’ era todo lo que repetía, visiblemente nerviosa.

Cogida de su brazo, se dejó conducir a su habitación, pero en el trayecto iba pensando que Jane no era madre y quizá por eso no sospechaba que eran sus tres hijos muertos los que le producían ese dolor que la había tumbado con fuerza a tierra, ese dolor infinitamente mayor que aquel maldito bulbo de jengibre que desde hacía un par de meses le venía creciendo, literalmente, como un monstruo en su cabeza.

Jane no sabía que los recuerdos suelen tomar inauditas, contrahechas, descompuestas, absurdas, desguarnecidas, raras formas.

Jane no sabía lo que significaba extrañar a tres pequeños hijos muertos, abrir a hurtadillas aquel viejo y aherrumbrado candado del desván e ir destapando los hondos baúles de madera de donde brotaba un olor a cementerio de historias infantiles. Qué experiencia brutal aquélla, examinar sus pequeños abrigos apolillados por la inclemencia de los años, abrir humedecidas cajas de cartón y mirar sus pequeñísimos zapatos, olvidados quizá ya para siempre.

En suma, Jane no sabía que Mary Shelley no se arriesgaría más al olvido.

CARTA A LA MADRE

Lena Yau

¿Se puede soñar con el hígado? Lena Yau dice que sí. Y también amar. De hecho, la historia médica de un hígado es la memoria de sus dolores, de sus pasiones, de sus vicios, de sus pulsiones. En “la bilis cicatrizada” fluye, como en un denso río secreto, la vida y su promesa más fiel: la muerte. Contra el olvido, siempre tendremos ese blando, aterciopelado, oscuro segundo corazón.

Lena Yau (Caracas, 1968) es narradora, poeta, periodista e investigadora. Especialista en el vínculo entre literatura e ingesta. Licenciada en Letras y Master en Comunicación Social por la Universidad Católica Andrés Bello. Asesora literaria de *El sabor de la ñe. Glosario de literatura y gastronomía* (Instituto Cervantes, 2011). Autora de los poemarios *Trae tu espalda para hacer mi mesa* (Gravitaciones, 2015) y de *Lo que contó la mujer canalla* (Kalathos, 2016); de la novela *Hormigas en la lengua* (Sudaquia, 2015); y del libro de relatos *Bienmesabes* (Gravitaciones, 2018). Reside en Madrid.

Carta a la madre

A Onkel Hans, Liebling mío en todos los planos.

Primero fueron tres manzanas rodando sobre el asfalto.

Sangre, dos niñas pequeñas, dos adultos muertos en los asientos delanteros.

En el auto, dentro del amasijo de hierros, una niña le explicaba a otra: *mamá se desmayó como Blanca Nieves. Papá está dormido. Vendrán a buscarnos y volveremos al colegio el lunes.*

Luego le contó que la montaña verde era de merengue, que el barco del Parque Cardinal quería escapar y que una ola gigante lo ayudaría a regresar a Cabo de Palos.

También le dijo que los árboles revientan las aceras con sus raíces porque quieren caminar.

Todo eso recordé en un instante mientras bordeaba una curva que lleva al mar.

Mi hígado, y no mi cerebro, fue soltando imágenes y palabras en un idioma recién estrenado.

Me detuve en el punto del accidente y supe enseguida que esa gente no murió.

No había casas minúsculas con santos, exvotos, flores secas, velones reducidos a colores traspuestos y a cabos ennegrecidos. Los habrán auxiliado, supuse y volví a las tres lustrosas manzanas. ¿Por qué manzanas? Esa fruta queda lejos de aquí.

La última vez que supe del doctor fue charlando con el capitán de un barco que se abría paso entre el hielo.

El capitán me notificó su fallecimiento.

Entristecí y me dejé caer en una sima polar.

Muerto el padre ¿qué sentido tenía mi existencia?

La lealtad a mí mismo era mi única posesión.

Sin familia, sin pareja, sin historia, hecho de retazos de otros, sin esperanza y sin nombre, porque hasta ese derecho me negaste.

El agua se llevó la vida de tu otra parte, la ahogó en un lago y quedaste en soledad, quizás con ideas de venganza, quizás con deseos de crear más monstruos.

La naturaleza funciona como la escritura: recompone, hace justicia.

A mí, por el contrario, el agua me echó una mano.

¿Cómo puede morir alguien que nació sin vida propia?

Ignoro si la caída libre en el abismo del glaciar me dejó inconsciente o si me quedé dormido.

Sé que volví a mí entre olas calientes.

Me sentí desorientado.

Nadé hasta la orilla con los ojos escocidos por un salitre feroz.

Caminé con el temor de la repetición: tropezar con personas que ven en mí a la encarnación del mal, correr para escapar de una lluvia de piedras (en el mejor de los casos), de balas, de teas amenazando con carbonizar este estropicio de cuerpo que decidiste darme.

Vagué en la arena hasta llegar a una carretera llena de huecos.

De tanto en tanto encontré pequeños altares.

La sed contraía las vísceras que tu criatura ordenó.

Quité con respeto las flores que los jarrones sostenían para honrar la memoria de mis hermanos: vidas que ahora son cadáveres.

Bebí el agua turbia que intentaba prolongar la lozanía de ramilletes de claveles.

Me gustó.

El hígado dejó de asperjar imágenes para dar las gracias.

¿Dónde queda Ítaca?

¿En la voz del hijo que crece y se hace adusta?

¿En una mesa con islas que condenan e islas que salvan?

¿En esta música que escucho a solas, en los pies derechos que no tengo, en una palidez mortecina que necesito, en mis ojos cada vez más borrosos?

¿Dónde queda Ithaca?

¿En esas íes, en la h intercalada?

¿En las rajaduras que hago?

¿En el griego que no hablo?

¿En el batir de una puerta que abre, cierra, arranco de cuajo, hago balsa?

Leo mucho.

Todo lo que llega a mis ojos se hace mezclanza, hipótesis, teorías, preguntas, respuestas.

En la noche cada letra se vuelve flotante y da luz a una isla.

¿En tu tiempo supiste de San Borondón?

Es tierra rodeada de mar que aparece y desaparece en la bruma.

Se supone que está en un lugar del Atlántico, algunos dicen haberla visto, otros cuentan haberla hollado.

Mapas hay.

Isla Oniria queda en ese pedazo marrón que el corazón y el diafragma escoltan.

De allí viene todo.

Su función es filtrar, balancear, vigilar que esta máquina somática funcione a punto.

Alertar.

Le achacan los arranques de cólera, las amarguras, la melancolía, la flema.

Ciertos males mutan desde allí los tonos de piel: un velo amarillo indica que el cuerpo está enfermo.

Ese amarillo dérmico se llama ictericia.

Antes recluían a los ictéricos en manicomios.

Otro amarillo, el sol, era parte de la cura.

Leyéndote supe que no me gustó el vino.

Saqué cuentas: la cirrosis era una opción para acabar con el martirio de los días.

Para alcanzar el silencio.

Si él guarda el equilibrio, toca reventarlo.

Así cavilaba, mientras saciaba mi sed con agua pútrida.

Inténtalo de nuevo, cambia el agua y el alimento por vino.

Me levanté y seguí el camino dispuesto a lo que llegara primero para clausurarme.

Lapidación, linchamiento, hoguera, o matando en alcohol al órgano que me daba tanto.

Cuando me incorporé apareció una mujer de cabellera enmarañada.

Quiso sorprenderme con gritos, alaridos y llantos de plañidera.

Después de una hora buscando asustarme sin resultados, habló.

Me contó que era la primera vez en su ¿vida? que no lograba su propósito.

Que su trabajo consistía en espantar a los errantes, que tenía una banda de compinches que peleaban por los mejores recuerdos y los vigilaban como las putas a sus esquinas, que celebraban una suerte de *happy hour* en la que dejaban de competir para comparar números y logros.

Preguntó mi nombre.

Me llamo nadie, contesté, volviendo a mis lecturas y pensando que entendería la ironía.

Me midió de arriba abajo y se ufanó de llamarse de muchas formas.

Dijo Llorona, Sayona, Patasola.

Me pareció redundante pero callé para no herirla.

Preferí preguntarle por las señales del botiquín más cercano.

—¿Puedes beber? Los del otro plano beben y antes de brindar sueltan un chorrito en el piso dizque pa' los muertos. Son estúpidos o no lo hacen bien porque a esta parte no llega nada.

—Bebo y como, siento sed y hambre, necesito regar mi garganta y acallar al estómago. ¿Vivo? entre los dos planos. Quiero estar en uno solo. No soporto los pesares de parecer un fantasma y no serlo, de respirar como humano y como engendro. Necesito ahogar el hígado.

—Lo que necesitas es un nombre. Aquí nadie te va a maltratar.

Señaló el bar más cercano, *bebe ron, cocuy, cerveza y cómete un buen pastel de chucho apenas puedas, aprovecha las ventajas de ser ilusorio y terreno, sácale el jugo a esa vaina, no seas malagradecido, y desapareció.*

Mi hígado tiene un sueño recurrente.

Un hombre con un pájaro macho.

El ave canta encelada.

Encrespa las plumas, agita un buche inflamado, serenatea.

El hombre abre la ventana y una pájara hembra atiende el llamado.

Vuela, se engarza a las barras que enjaulan el deseo, roza su pico contra el pico del urgido.

Una mano rauda encierra a la aspirante en un puño.

Otra mano le raja el vientre.

Una voz consuela al viudo que nunca fue: *sólo así llegará la más fuerte.*

Es probable que sepas que se hicieron películas con tu parto.

Y que en ellas la primera palabra que pronuncié fue pan.

Digo que es probable porque atiendo la letra clara de Nabokov.

Creo en lo que plantea cuando habla de saltos y transparencias: el pasado se representa, el presente se percibe, el futuro es una figura retórica, un espectro del pensamiento.

Sabrás entonces que en la película sí hubo una mujer de mi condición.

Los presentimientos de mi padre dieron en el blanco: me rechazó, me repudió, me detestó.

Pero en esta isla las cosas son diferentes.

La primera palabra que dije en esta lengua que adopté como materna (no te ofendas) fue arepa.

La segunda frase fue quiero un miche.

La tercera la dijo la mujer del bar: arepa de cazón y un miche para el Ruleco.

Lo de Ruleco viene del mismo sitio.

Hígado dice que en el horizonte de enfrente, en el medio del mapa hay tierra sin montañas.

Es algo que me cuesta imaginar pero ¿quién soy yo para contradecir la memoria de mis órganos prestados?

Llanos altos y llanos bajos, lugar de ganado y ríos.

Las estampas me agotan, cabeceo y me mareo entre la vigilia y el sueño.

No distingo desde qué puerto salen las historias pero eso no tiene importancia.

Mi cuerpo no caduca.

Aunque es carne y acusa las consecuencias de golpes, tropiezos, agresiones accidentales o infligidas, es molla que, inopinadamente, sana.

No hay estaca que parta mi corazón, me encanta el ajo, la luz del trópico me llena los ojos de chiribitas que disfruto, mis dientes son romos, si bien los *steaks* me gustan rojos no voy succionando yugulares, tengo sombra y reflejo, ergo, no soy un vampiro.

Mis células no son estáticas.

Pululan, intercambian información, se contradicen y pelean como los miembros de una familia extensa, un clan que convive riñendo, una multitud cuya cháchara se enfoca en medir y adjudicar dueño a las parcelas de la memoria.

Una analítica, una biopsia, una muestra de piel, un folículo piloso, unos decilitros de orina, una cucharada de saliva, una tomografía axial: material de prueba para hacer lecturas objetivas del ritmo de la ruina del soma.

Pero estos huesos, estos órganos blandos, estos fluidos, esta dinámica de la máquina corporal, va más allá.

Las cicatrices externas condensan pasajes.

Las internas también.

Si yo fuera a un reconocimiento general confundiría los parámetros del médico asignado.

Imagino que posa el estetoscopio sobre el lado derecho de mi abdomen.

Un fragor invadirá los oídos de quien ausculta.

Repetirá el examen, dudará del instrumento, usará la presión de sus manos y sentirá la vibración de mis elementos internos disputando la razón, la potestad, la exactitud de las memoranzas.

Un movimiento ondulado (que el ¿galeno? ¿forense? confundirá con el espasmo propio de un cólico) llamará al orden.

Es el agrimensor repartiendo titularidad a lo dicho.

Dirá la historia, dirá su origen, dirá *aquí todos somos de otros lugares para ser de uno solo*.

Ordena, cataliza, traza, depura, integra, efluye, adapta, unifica y (me) cuenta:

Dos hombres, tierras planas, una talanquera.

Un becerro joven se propone avanzar junto a la punta de ganado, pero solo atina a girar sobre sí.

El hombre más joven relata que eso le pasó a su perro, perdía el pelo en mechones, daba vueltas sin salir de un perímetro que el mismo marcó, la mirada se le rompió. Dejó de comer. Enfermó de nostalgia. Le pegué un tiro.

El hombre más viejo mira al becerro, abre el paso, se aproxima al animal, lo acaricia y habla: Ruleco por pata chueca. Pata de churro que lo convierte en peonza. ¿Recuerdas al niño griego? Tampoco lo-graba unirse a la pandilla. El líder, un adolescente, lo acosaba. El niño griego creció con su brazo deforme. El abusón se hizo treintañero. A los 33 quedó tuerto. Dicen que la culata lo traicionó mientras jugaba a corretear a los sin techo disparando balines desde una azotea.

El hombre más joven se acerca arrastrando pesadamente su pierna izquierda. Ya casi no se le nota. Han pasado algunos años del accidente que le partió la pelvis, del alboroto cerebral que lo paralizó lateralmente.

Piensa que también a él pudieron llamarlo Ruleco. Se pregunta si alguien usó ese mote a su espalda. Recuerda haber propinado leñazos con su bastón ortopédico a un tarado que lo llamó “hombre nuclear”.

Maté al perro porque me dio miedo acabar como él, admite. Tengo suerte. Nadie me dio un balazo.

El hombre más viejo lo abraza y le advierte: a este becerro hay que dejarlo crecer para sacrificarlo. Lo haremos bien. Cuando alcance el peso buscaremos acero alemán. Y luego al fuego. Reserva su hígado. Merece otro trato.

Hígado habla con palabras raras.

Algunas son fáciles de entender porque llegan en alemán.

Me trae hilachas de una conversación entre dos.

Una voz masculina con doble acento habla de la evacuación de una ciudad europea, de la rendición de un país el 8 de mayo de 1945:

De niño salí en una carreta para abandonar las calles que recorrí.

Al alejarnos, una telaraña lumínica rompió el cielo en piezas.
Mi madre me dijo que eran bombas.
Yo lo vi como fuegos artificiales.
Ese día era el cumpleaños de mamá.
También el tuyo, lieblich.
Brindemos con pan líquido.
Prost, dijo la voz de una niña, joven, mujer, con figura de acordeón.
Me hubiera gustado escribírtelo como Walter Benjamin, detallarte el pasar como una excursión hacia lo desconocido.
Lo doméstico está lleno de resquicios que invitan.
Paréntesis sordos que él supo ver.
Vio tan lúcidamente que no pudo soportar tanto.
Ganó la partida dos veces: en la página y en el punto final.
Pan líquido.
Ulises emplazó la bondad en las bocas que masticaban costra y miga.
El cíclope le pidió un nombre para hacerlo huésped.
Me llamo nadie.
Dudo si el nombre me salva, matándome o si ser nadie me mata, salvándome.
Hígado me responde con una imagen:
Un dedo traza sobre un espejo de sal:
Solo a sí mismo obedece
Un mundo entre mundos.

La bilis cristalizada me punza: *la isla, la madre, el nombre, la tierra, la vida, la muerte...todo es igual.*

Tengo más de una mujer y una descendencia incontable.

El doctor escogió para mí un hígado aguantador.

Sigo ¿viviendo? entre aguas, atiendo a las demandas del hombre y a las del monstruo.

Descubrí que Ítaca eres tú, así que de día soy civil y de noche rajo vientres de mujeres, extraigo un trocito de sus hígados, suturo sin dejar cicatrices, envaso lo que corto en frascos esterilizados, dialogo con ellos para detectar al más fuerte.

No me culpes, todo es un viaje hacia ti.

Seguiré esa ruta para traerte.

Cuando tenga el hígado perfecto buscaré el resto de órganos y te haré carne.

Llámalo Edipo si quieres.

Mamá: tengo nombre.

MI HERMANO, SUS VECES

Claudia Hernández

Podríamos dar pie a este cuento –como lo haría César Vallejo– llorando de oído, recomponiendo la arcaica música interior que se nos pierde en el ruido de la vida. Aquí yace un monstruo que por escuchar(se) es desmembrado, mutilado una y otra vez de las orejas, pero que insiste en ser fiel a sí mismo y que renace, como la maleza, que es capaz de vivir sin sol, sin agua, sin afectos.

Claudia Hernández (San Salvador, 1975) es autora de los libros de cuento *De fronteras*, *Olvida uno* y *Causas naturales*. También, de la novela *Roza, tumba, quema*.

Mi hermano, sus veces

Una vez fue una montaña, una enorme masa de tierra con una falda sucia por la que se le subían los insectos sin que hubiera algo que pudiéramos hacer para evitarlo: ni mi hermano se movía del punto del patio donde lo habían dejado ni había quién pudiera acompañarlo todo el tiempo para espantarle los bichos que lo escalaban. Lo que quedaba era ayudar a levantarlo en brazos al final del día y curarle las mordidas de las hormigas que habían tratado de llevárselo por pedazos durante la jornada pese a que no estaba muerto.

Antes de eso había sido un remolino, decían, un niño despierto que miraba hacia todos lados sin parar, un primogénito que hacía caso omiso de las advertencias y no temía a los castigos, un hermano mayor que agarraba camino durante todo el día y regresaba siempre casi a la misma hora, con la historia de lo que había visto o descubierto ese día. Hasta que un día no regresó ni respondió desde la calle cuando lo llamamos por su nombre.

Entonces salimos a buscarlo de lugar en lugar. Nuestros padres preguntaron a cada vecino ¿Ha visto a este niño? y cada vecino respondió que no, que no lo había visto desde la última vez que lo había visto, que había sido tal día, tal otro, o tal otro, pero no ese.

¿Está seguro?

Muy seguro.

Gracias.

Siguieron preguntando, con mis hermanos y conmigo de la mano, hasta que llegamos a la casa de una persona que nuestros padres no querían visitar y que respondió que sí, que lo había visto.

¿Cuándo?

Hacía solo un momento.

¿Adónde?

En la habitación que había sido de su hija.

¿De nuevo?, preguntó nuestra madre.

Jugaba con lo que había sido suyo.

Recibirá un castigo cuando lo encontremos, aseguró nuestro padre.

¿Sabía en cuál dirección se había ido?

En ninguna. Seguía ahí, en la habitación.

Deja lo que no es tuyo, le suplicó nuestra madre.

Sal en este momento, le ordenó nuestro padre.

Pero él no obedeció. Dijo que quería estar ahí un momento más. Jugar con las cosas un minuto más. Vestir la ropa ajena una hora más. Quedarse así toda la vida.

Ya, dijeron los dos.

Como no obedeció, nuestro padre tiró de una de sus orejas con tanta fuerza que se la arrancó.

Y, como siguió sin obedecer, nuestro padre tiró con tanta fuerza de la otra que también se la desprendió del cuerpo.

Nuestra madre le pidió a esa persona que no se preocupara por lo que acababa de ver.

Volverán a nacerle, le aseguró nuestro padre.

Siempre sucede, resopló triste nuestra madre.

No hicimos nada malo, nos dijo después nuestra madre. Las orejas le dicen cosas que no deben, nos explicó. Y, todo lo que le dicen que haga, su hermano lo hace, continuó ella.

Al principio no les molestaba porque le pedían cosas que ellos no querían hacer, como recoger los platos o regar las plantas. Pero, luego, cuando le pidieron que se hiciera un flequillo y él tomó unas tijeras y se cortó el cabello y cuando lo animaron a usar la joyería de nuestra madre y él salió a la calle con ella, se enojaron y comenzaron a tirar de sus orejas, a arrancárselas una y otra vez, sin conseguir que hiciera caso y sin poder impedir que le volvieran a nacer.

¿Por eso hacía siempre lo que hacía?

Por eso.

¿Por eso entraba en sitios donde no debía?

Estaba segura.

¿Por eso era que ellos lo mantenían atado en el jardín?

Lo hacían para ayudarlo.

¿Por eso era que no lo dejaban entrar más a la casa?

Podría volver si accedía a quitarse el vestido que había tomado de la casa ajena. Y si pedía perdón por haberlo hecho a pesar de que se lo habían prohibido. Y si juraba que no volvería a hacer lo que las orejas, que le habían brotado de nuevo, le decían.

Como se negaba, pasaba en el patio, al sol, mientras nosotros íbamos a la escuela. Así fue como, de a poco, se fue convirtiendo, primero, en un montoncito de tierra, y, después, en una montaña que iba creciendo, haciéndose cada vez más ancha y más alta, y tan pesada que no hubo manera de que la levantáramos en brazos uno solo de nosotros, ni dos, ni tres, ni los cuatro juntos. Y como nuestra madre decía que ella no podía con tanto trabajo de casa y nuestro padre decía que él debía irse muy temprano al trabajo y que regresaba demasiado cansado de él, resolvieron, una noche, no entrarlo más a la hora de dormir.

También decidieron que dejáramos de limpiarle las mordidas de los insectos porque, de todas maneras, llovería la noche en la que anunciaron la nueva medida y el agua se encargaría de hacerlo, ¿no era cierto?

Muy cierto.

También era verdad que no podíamos gastar ya en medicamentos, decían. Bastante habían invertido ellos en sanar el sitio del que sus orejas eran arrancadas vez tras vez y en tratar de evitar que le salieran de nuevo. No podían permitirse más lujos.

¿Aceptarían venderla?, preguntó un interesado.

¿Venderla?

Era una montaña, ¿no? Tierra difícil para ser labrada que no estaban usando, ¿o sí?

Él podría hacer mucho con ella, aseguró. Y quitárselas de encima, los tentó.

Podría ser, dijo nuestro padre.

Nuestra madre no lo apoyó ni se puso en su contra.

Vamos, les insistió. Saben que no distinguiría entre estar en otro lugar o en este.

Creían que, en todo caso, no se quejaría.

¿Y si lo hacía?

Podía teparle la boca. O buscar otra solución. La que fuera, salvo regresarla.

¿Tenían un trato?

Lo tenían, dijo la persona que decidió comprarla y que se la llevó.

Cuando volvió, era un volcán. Se sabía porque, por más de que nosotros se lo pedíamos por favor y de que nuestros padres le ordenaron no hacerlo, enterró con su lava todas las flores del jardín y todo lo que habíamos sembrado en la huerta.

La persona que la había comprado apareció un tiempo después exigiendo que le devolviéramos su compra. Insistía en que se le había escapado mientras él dormía.

Nuestros padres le pedían que se escuchara. ¿Cómo podía una montaña escapar en una sola noche? ¿Acaso no recordaba cuánto trabajo les había tomado lograr moverla cuando se la llevó? ¿Y cómo era que no había llegado a reclamarla antes?

Ella me dejó enterrado, dijo.

Mientras era montaña, se había deslavado y lo había dejado atrapado en su lodo.

Había tenido suerte de no morir, dijo.

Le había costado mucho salir, recuperarse, llegar ahí a reclamar lo que era suyo.

Nuestros padres respondieron que lo sentían mucho. Negaron haber sido ellos quienes se la habían llevado de regreso. Querían que la persona supiera que ellos honraban su acuerdo y que podía llevársela de nuevo si quería. Ellos no serían quienes se lo impidieran. Tampoco le cobrarían un cargo adicional por la nueva categoría que ostentaba o por el desastre que había causado en nuestro terreno. Lo que no podían hacer esa vez era ayudarlo a transportarlo o permitirle que nosotros tomáramos parte en eso: estábamos todos muy ocupados ayudando a limpiar los restos de su furia. Así que la persona se llevó consigo el volcán y lo colocó en el lugar que había destinado antes para la montaña.

Átelo a una varita, le recomendó nuestro padre. Y la persona respondió que lo haría así.

Con los días, mis hermanos y yo comenzamos a temer que pasara tanto tiempo en esa posición que fuera a adoptar la forma de esa vara, le salieran ramas, tuviera aves anidando en su copa y terminara por ser cortado por un leñador necesitado.

Lo que tenga que suceder sucederá, decían nuestros padres. No hay nada que pueda hacerse al respecto, salvo esperar a que llegaran las noticias que debían llegar, aceptarlas y continuar, decían.

Pero podríamos recuperarlo, sugerimos.

¿Para qué queríamos tener una montaña?, preguntó nuestro padre.

¿Quién cuidaría de un volcán?, preguntó nuestra madre.

Nosotros lo haríamos, contestamos.

No podrían, nos aseguraron. Son muy pequeños. Terminarían agotados y con las espaldas arruinadas. Luego no servirían para trabajar. ¿Quién trabajaría nuestros campos?

Podríamos contratar a alguien que lo hiciera por nosotros.

No podríamos pagarle, aseguraban. Era mejor que las cosas fueran como estaban siendo, rezaban.

Era mejor que se hiciera a la idea que iríamos por él, le mandábamos decir con pájaros, aunque ellos nos comentaban que no parecía creerlo. Cuando creciéramos, le aclarábamos. Cuando tuviéramos suficiente fuerza, le jurábamos. Cuando tuviéramos un poco de tiempo libre tras nuestras labores en el campo, le mandábamos explicar. Cuando la marea cambiara. Cuando supiéramos en qué lugar estaba.

¿Confiaba en lo que le prometíamos?

Jamás contestaba.

Deberían ir por él, recomendaban los pájaros que enviábamos a saludarlo.

Se estaba convirtiendo en roca y, si no nos dábamos prisa, pronto sería un cañón.

¿Qué había de malo en eso?, preguntaba nuestro padre.

Había algo de belleza en eso, decía nuestra madre.

Y puede ser que hasta lo disfrute un poco, dijo uno de nosotros.

Esperábamos que no estuviera hablando en serio.

¿Por qué no podía ser?

¿Acaso no había visto él lo mismo que nosotros?

Había visto que no había regresado. ¿Por qué creíamos que no lo había hecho?

Porque no podía.

¿Cómo podíamos estar seguros de eso?

Lo sentíamos.

Podíamos estar sintiendo de manera equivocada. No podíamos negarle que no había vuelto.

Quizás es porque sigue atado a la varita.

¿Podían los pájaros que enviábamos picar los hilos que la unían a ella y ayudarlo a liberarse?

Tomaría algún tiempo, pero podrían hacerlo.

Díganle, por favor, que vuelva una vez que pueda moverse.

Respondieron que era mejor que eligiéramos otros mensajeros para eso. Ellos ya no alcanzaban a llegar a sus orejas.

Lo haremos, dijeron unas cabras que podían escalar hasta ellas.

¿Lo prometen?

No podían asegurarnos que nuestro hermano cumpliera.

¿Le dieron el mensaje que le enviamos?

Lo hicieron.

¿Por qué no había vuelto, entonces?

Quizá nuestro hermano tenía razón, dijo otro de nosotros.

¿Cómo se te ocurre?, le preguntamos.

Nada más apuntaba a lo que todos podíamos ver: no había regresado a pesar de que los pájaros que enviamos habían cortado sus ataduras y no había regresado cuando mandamos cabras a escalarlo.

Tal vez ha olvidado cómo moverse, dijimos.

No, contestó un águila que lo había sobrevolado. Se mueve.

¿Lo ha hecho?

Sí.

Después de hacerse roca, se hizo cañón y, después de ser liberado de su atadura, se volvió el agua que lo atravesaba y se fue por el sendero que se había formado en él.

Ya debe estar por desembocar en el mar, comentaron unos gusanos que lo habían visto pasar.

Y por convertirse en él, advirtieron.

¿En mar?, preguntamos.

¿Qué otra opción tenía?, respondieron ellos como si de lo más sensato se tratara.

¿Qué habría de malo en que se volviera él?, preguntaron nuestros padres cuando les explicamos por qué queríamos partir de inmediato a buscarlo.

Podría ser que se marchara al otro lado del mundo, que no pudiéramos volver a verlo.

¿Qué habría de malo en que decidiera moverse un poco?, preguntaban ellos.

Podrían ir a visitarlo adónde sea que llegue, pero deberá ser más adelante. Cuando haya tiempo, contestaban.

¿Y si en lugar de ser una gran ola se convertía en miles de gotas que se iban cada una a un lado diferente? ¿Cómo podríamos volver a estar con él?

Ya hablaríamos de eso después de la cosecha. ¿No habíamos visto que había mucho por hacer?, preguntó nuestro padre.

¿Por qué no estábamos ayudando a nuestros hermanos con el trabajo?, preguntó nuestra madre.

¿Nos parecía justo dejárselo todo a ellos?, preguntaron nuestros hermanos.

¿Le parecía justo a él que abandonáramos la búsqueda en ese momento?, le dije al único que quedaba de mi lado.

No, respondió.

Era nuestra oportunidad.

Debíamos enfilarnos rumbo al mar.

¿En qué dirección quedaba?

En todas, nos respondieron unos cangrejos.

¿Cuál dirección había tomado?

No sabían decir. Lo perdieron de vista cuando se mezcló con las olas.

Entonces nos dividimos el mundo: él iría por un hemisferio y yo iría por el otro. El que lo encontrara primero le avisaría al que no. Nos reuniríamos luego y regresaríamos juntos al hogar. Uno a cada lado de él. Lo llevaríamos tomado de las manos, para evitar que se perdiera.

Debía ser todo muy simple. Debíamos decir Ven (con la mano, no con la boca, para que sus orejas no crearan interferencia o se opusieran) y él debía aceptar la invitación e ir con el que lo encontrara. Pero, en lugar de acceder a la solicitud de mi hermano, se volvió hacia él y lo devoró. De un solo bocado.

Yo escuché su grito.

¿Por qué has hecho eso?, le pregunté cuando pude al fin estar frente a en lo que se había convertido.

De nuestro otro hermano no quedaban sino marcas.

¿Qué se suponía que le dijera a mis padres cuando regresara sin su hijo? ¿Qué creía que le harían a él cuando regresáramos? ¿Estaba oyéndome? ¿Podía hacerlo ahora que tenía forma de bestia marina?

Se dio la vuelta y comenzó a tragar peces en dirección opuesta a donde yo estaba.

Vuelve acá, le ordené.

Se hundió en las profundidades.

Yo nadé hasta ellas. Ahí, lo tomé de su aleta y le señalé el camino por el que quería que regresara.

No te atrevas a lanzarme lejos, le dije cuando sentí un tirón en la dirección opuesta. Y no me pongas esa cara, lo reté. Ni me des esa mirada.

Bajo el mar, parecía escucharme más a mí de lo que escuchaba lo que le decían sus orejas.

Regresaremos a casa, le anuncié. Sin discusiones.

Estoy bien donde estaré, me respondió.

¿Quién eres tú?, le pregunté

Nunca había oído las voces juntas del que había sido niño, montaña, volcán, roca, cañón y agua en una sola voz, femenina y potente.

¿Por qué te lo has tragado?, le dije a la voz que mi hermano oía en sus orejas.

No había sido su intención. Solo había tratado de llegar desde donde había estado hasta donde quería estar. Nuestro hermano había tratado de impedirselo.

¿Cuál era ese lugar?

Estábamos por llegar. ¿Podía acompañarlo?

Necesitaba mi ayuda.

¿No estaba ya donde quería? ¿Qué más había después del océano?

Había una almeja en la que quería entrar para mutar en ella. Pero no podía abrirla con sus aletas de bestia marina. Mis dedos de campesino, en cambio, podrían conseguirlo sin dificultad.

¿Qué me darás a cambio?, pregunté.

¿Qué quieres?, contestó.

Algo de nuestro hermano, respondí. Para nuestros padres.

Después de que cierras la almeja, dijo cuando se convirtió en grano de arena y se colocó en ella.

¿No me devoraría a mí también cuando lo hubiera hecho?

¿Por qué haría algo como eso?

Porque podía.

Ya lo habría hecho si lo hubiera querido. O si hubiera sido necesario.

Ya no lo era porque estaba donde quería.

Hazlo, me pidió.

No había forma en que yo no obedeciera la voz que lo movía.

¿Sufrió mucho?, preguntaron nuestros padres cuando les regresé las orejas del único de los hijos por cuyo retorno inquirieron. No me dejaron decirles que después de que el otro había devuelto lo que había devuelto, me quedé a cuidar de él hasta que terminó de transformarse. Preferían no saber que había quedado como deseaba ni que iría a visitarlo de nuevo para asegurarme de que todo estuviera yéndole bien. Corrieron a la huerta a enterrar lo que habían recuperado de su otro hijo y luego regresaron a los campos para seguir labrándolos.

NIÑO DE BARRO

Betina González

Como sucede con la vida o con la literatura, sin huesos, sin vértebras, no hay nada. La carne o el barro son añadiduras. ¿Pero cómo salvar a un niño “des huesado”? ¿Cómo dotar de esa fantástica serpiente de cartílagos y calcio a una criatura que, cual Sísifo fatal, muere una y otra vez? Con la escritura, afirma este relato. Sí, es ella, la escritura, quien enuncia el contundente mandato: Levántate y anda y cuenta.

Betina González nació en San Martín, Provincia de Buenos Aires. Es magíster en Escritura Creativa por la Universidad de Texas El Paso y doctora en Literatura Latinoamericana por la Universidad de Pittsburgh. Enseña escritura en la Universidad de Nueva York en Buenos Aires (NYUBA) y en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Publicó *Arte menor* (Premio Clarín Novela 2006), el libro de relatos *Juegos de playa* (Segundo premio FNA 2006), *Las poseídas* (Premio Tusquets 2012) y *América alucinada* (2016). En 2018 Tusquets publicará también su último libro de cuentos, *El amor es una catástrofe natural*.

Niño de barro

Todos los días hago un niño de barro. Le pienso bien los ojos, la boca, la nariz apenas respingada, el pelo sencillo. Nunca es muy alto. No pasa de mis rodillas. Las manos y los pies son lo más difícil, más que los genitales, que me salen imprecisos pero me conformo, porque no son tan necesarios como las extremidades. Un niño necesita pies firmes, me digo. Y manos que puedan ser puños. Me concentro, después, en el pecho. Pongo la mano en su piel fría y respiro. Uno, dos, tres: el niño abre los ojos y dice:

—Vamos al jardín.

O:

—¿Por qué no tomamos sol, un helado o, por lo menos, el toro por sus astas? (El niño siempre tiene buenas ideas).

Nunca me dice “mamá” o “papá” y eso es un alivio. Porque no hay nada familiar en mi relación con él. No es mío ni yo soy de él. Ni siquiera nos conocemos porque acabo de crearlo. No tengo idea de quién es y eso me maravilla.

Cuando ya hemos jugado un poco y pienso que está listo, lo mando al mundo y espero.

Casi siempre vuelve roto. Una rajadura en la espalda, tres dedos menos, un agujero en la mejilla. Entonces me cuenta:

El agujero en la cara es el recuerdo de una niña. Cuando doblaba él una esquina, se encontró con una chica de pelo rubio y piel de porcelana que se prendó de él. Él siguió su camino, que era el del río y, por lo que sé, el favorito de todos los niños de barro, que parecen oír el llamado del agua que bordea la ciudad. A la rubia no le gustó nada ser ignorada y, como iba de la mano de un hombre que fumaba un cigarrillo, se lo quitó de los dedos y, muy diestra, lo apagó sobre la mejilla del niño, que volvió a la casa sin bajar al río y con un agujero negro como un susto en su mejilla.

Yo suspiro. Sé que otros niños antes de él han tenido ese tipo de encuentros. Pero no tengo nada que decirle, excepto que ahí afuera hay gente que ama y que no se puede hacer nada al respecto.

El niño se toca con precaución la mejilla, palpa el agujero con su índice de yema plana como si tratara de no despertarlo. Asiente. Abre y cierra los párpados. Toma un sorbo de agua –todos los niños de barro aman el agua, siempre la buscan y la encuentran– se pasa la lengua por los labios y sigue:

Los dedos los perdió en una disputa, me dice. Había tres hombres discutiendo sentados sobre el puente. Uno de ellos decía que Dios vivía en el río, otro, que en el cielo y el tercero que no existía. Cuando vieron venir al niño lo detuvieron. Nunca antes se habían cruzado con un niño de barro. Les pareció una señal, una criatura de otra especie, tan raro y ajeno que seguro calificaba para dirimir la cuestión que discutían (también puede ser que fueran de esos que creen que los locos y los niños siempre dicen la verdad). Le preguntaron entonces al niño si el creador de todas las cosas vivía en el agua, en el cielo o en la nada misma. Él los miró con sus ojos negros, pintados al carbón y tuvo miedo porque sabía la respuesta a esa pregunta.

—Las cosas se hicieron a sí mismas así que todas son dioses –contestó.

(El niño es inteligente. Siempre tiene buenas respuestas a cuestiones filosóficas. No confunde un mero soplo de aire con la respiración de una divinidad).

Los hombres se enfurecieron. Lo agarraron de los brazos e intentaron arrojarlo al río, donde seguramente, se hubiera deshecho en ondas de suave lodo. Pero el niño luchó con sus manos como puños y siguió gritando su verdad.

—Nadie me hizo, nadie me hizo— decía en su intento por protegerme.

Así fue como perdió sus tres dedos y volvió a casa sin haber podido bajar al río. Yo lo miro y trato de no mostrar ninguna emoción. En general, eso me sale. Las emociones son ciertas solo cuando son invisibles. Así que pongo mi mejor cara cuando suspiro y le digo que ahí afuera hay gente que cree y que no se puede hacer nada al respecto.

El niño sonríe sin mostrar los dientes. No está satisfecho pero acepta lo que digo.

Entonces llegamos a la rajadura en la espalda. El niño se tambalea un poco. Apoya una mano en un árbol. Me acomodo mejor en el pasto para escuchar su historia. Pero no hay ninguna. El niño no sabe de dónde ha salido esa línea que le quiebra la espalda como un rayo. Por eso sigue sonriendo mientras la rajadura se ahonda hasta transformarse en hueco. Me sigue hablando del sol, de las flores, de cómo brillan las cosas del mundo cuando él posa sus ojos en ellas. Habla con voz suave sin darse cuenta de que la línea corre rápida hasta su cintura. Su cuerpo se parte primero en dos y después se desmorona ante mis ojos. Lo último en caer es la mano que se aferraba al árbol. Ahora el niño es un montón de barro seco a mis pies.

Y no tengo nada para decirle.

Porque siempre llego tarde a ese error.

Algún día, me digo, iré yo a ver cómo es eso del afuera y por qué es tan necesaria una columna vertebral, un balance

interior, un lugar que se erice y se estremezca y a la vez te sostenga, en equilibrio secreto, frente a la furia del mundo. Siempre me voy a dormir con ese propósito. Pero al día siguiente, me despierto y recuerdo que ahí afuera hay gente que ama y que cree y que no se puede hacer nada al respecto. Así que me levanto y hago un nuevo niño de barro para que salga y me cuente.

BUENAS INTENCIONES

María José Navia

También de mierda estamos hechos. Es decir, de veneno. De malas intenciones. Y esta conciencia abrumadora de lo otro que nos constituye es lo que potencia de manera sorprendente este cuento en clave de ciencia ficción. Pero, ¿qué hacer con todo eso que emana de un cuerpo? ¿Qué hacer con sus excreciones en un mundo que tiende a la asepsia física y emocional? ¿Cómo drenar lo peor de cada uno a través del gran intestino grueso de la humanidad? ¿Y qué de verdadero y original nos quedará cuando hayamos expulsado aquello tan abyecto y tan desgarradoramente íntimo?

María José Navia (1982) es una escritora chilena. Magíster en Humanidades y Pensamiento Social por la Universidad de Nueva York (NYU) y Doctora en Literatura y Estudios Culturales por la Universidad de Georgetown. Ha publicado la novela *SANT* (2010) y las colecciones de cuentos *Instrucciones para ser feliz* (2015) y *Lugar* (2017). Algunos de sus cuentos han sido traducidos al inglés, francés y ruso. El 2017 resultó finalista del concurso de cuentos Cosecha Eñe con su relato “*Blanco Familiar*”. Actualmente se desempeña como profesora de literatura en la Pontificia Universidad Católica de Chile y escribe reseñas en paniko.cl y ticketdecambio.wordpress.com. Su cuenta de Twitter es @mjnavia.

Buenas intenciones

Nunca toma más de diez minutos. Con los años el procedimiento se ha vuelto más y más eficiente. Si ni duele ya. Mónica se mira las uñas, ordena los cubiertos sobre la mesa, mueve el líquido dentro de su copa, de un lado al otro.

Quince, veinte.

Media hora.

Y Ema no baja.

No le gusta intrusear pero al final se decide. Mónica se hace la que olvidó algo en la cocina y va derecho a la puerta de salida al patio. La abre y allí están las cañerías. Transparentes. A vista y paciencia de todos los vecinos. Circuitos largos y enredados por donde se mueve el veneno. El color cambia dependiendo de qué se trata. Y, cuando es de noche, brilla.

El líquido que circula en esos momentos, y que no deja de fluir, cada vez más viscoso, es azul eléctrico.

El color de la mentira.

Mónica cree distinguir un resplandor en la ventana de una casa. Esa que justo da a su jardín.

Siente que su rostro se llena de vergüenza.

Si en estos momentos fuera a limpiarse, el líquido sería violeta.

Mónica sube a la sala de extracción. La puerta está cerrada, por supuesto. Ya es suficientemente grave que ella esté allí, que interrumpa el procedimiento.

Pero ya vamos en cuarenta y cinco minutos.

Y contando.

La comida se va a enfriar.

Ema... ¿estás bien?

Quiere que su voz suene preocupada y dulce pero la verdad es que sale áspera y como astillada de miedo.

Teme que todos estén hablando de ella mañana.

(Y recibir al inspector del condominio, y llenar esos formularios por exceso de desechos).

Hay un límite para el veneno y todos lo saben.

Hay que cuidarse y cuidar también esos tubos que conectan a todos los sectores de la ciudad. O, como le dicen algunos cuando creen que nadie está escuchando: los intestinos.

Ema no contesta, aunque sí se oyen algunos ruidos en el interior del cuarto. Pies que se mueven. La respiración agitada, aunque tal vez esto Mónica se lo esté inventando.

Se la imagina allí de pie, con el tubo de extracción en la base de la espalda. Y ese cosquilleo incómodo de la limpieza. Las paredes deben ya haber cambiado de color a azul. Ella nunca las ha visto así. Sus colores son otros: el violeta de la vergüenza, el negro de la angustia, el ocre de la decepción.

Por lo general, los mantiene bajo control.

En esos casos, solo se prende la base de la máquina del color indicado.

Las paredes se transforman únicamente para las situaciones extremas.

Y si hay algo que nadie quiere ser nunca es único.

Mónica mira su reloj: en dos minutos más se cumplirá una hora.

Tiembla.

Dos minutos para las sirenas y los golpes en la puerta.

Tal vez, incluso, cámaras de televisión.

Hombres en uniformes blancos, plásticos, de cuarentena.

Un minuto y Mónica repite: Ema... ¿te puedo ayudar en algo?

Hace seis meses que viven juntas y hace dos semanas que están solas. Por primera vez. Daniel está de viaje de negocios y lo estará por al menos una semana más. El padre de Ema. Su pareja.

La mamá de la chica había muerto cuando ella tenía ocho años. Entonces no existían las extracciones ni los circuitos. Ahora, si la gente se cuidaba, podía mantener casi todas las enfermedades a raya.

A Daniel le decía que todo bien con la niña pero lo cierto es que le tenía miedo. Una adolescente pálida y de ojos que parecían no mirar a ninguna parte.

Que se encerraba en su pieza a conectarse a través de los muchos dispositivos disponibles.

Que apenas le hablaba.

Al principio, sus extracciones eran de un verde pardo y tomaban los diez minutos reglamentados.

Apatía.

Aburrimiento.

Nunca hablaban de ellos en la mesa. Daniel no parecía preocuparse demasiado por Ema. Después de todo, él había

sido uno de los gestores de *Good Intentions*. Le había dedicado la empresa a su mujer. Aún hoy, en la recepción de su oficina, había un retrato de ella que sonreía cada vez que alguien la miraba. Ese era un adelanto que a Mónica nunca le había gustado del todo. Por ella, que las fotos se quedaran quietas.

Feel good, live longer. Era el slogan de la compañía. En inglés, porque así pegaba más. No les costó mucho convencer al público. Todos aterrados desde siempre con la posibilidad de la enfermedad y la muerte, corriendo a comprar cualquier remedio que prometiera algo. Ahora todos acostumbrados a la rutina del veneno. A beberse ese jarabe con sabor a pegamento y, luego, a las extracciones diarias: una por la mañana y otra en la noche. A veces, al mediodía, aunque solo en casos raros. Y los casos raros se registraban en actas, reportes, informes. Y podían costarte tu lugar en el vecindario.

Al principio mirar era considerado como una forma civilizada de preocupación.

“Vi que tuvieron gris toda la semana, me dijeron que meditar podía servir” o “Cuidado con el turquesa”, podían ser comentarios dichos al pasar en el supermercado y que nadie se tomaba a mal. Eso, claro, al principio. Hoy ya nadie decía nada sobre los venenos de los demás. Aunque nunca dejaban de espiar: sus colores, sus tiempos.

Cada vez llegaban menos ambulancias. Había menos relocalaciones. Todos aprendiendo a acumular la menor cantidad de malos sentimientos. Todos, también, sonriendo un poco más de la cuenta, por si las moscas.

Con Ema no se llevaban mal aunque la dinámica era rara. Mónica estaba más cerca de su edad que de la de Daniel. Treinta y tres, ella; él, cincuenta y cuatro.

Ema acababa de cumplir los quince.

Si las vieran caminando juntas por la calle, alguien podría confundirlas por hermanas.

Eso, claro, Mónica no lo decía.

Con Daniel se habían conocido en una de las clases de memoria. Hace tiempo se temía que la gente perdería la capacidad de recordar y algunos ya se preparaban aprendiendo textos. Literatura, casi siempre. Era, por cierto, la forma menos habitual de conocer a alguien. Por lo general se usaban distintas aplicaciones, sistemas de citas en línea, casas de encuentros cronometrados y específicos según las necesidades y los deseos. Pero Mónica había empezado con los Clubes del recuerdo y Daniel se había inscrito como uno de sus primeros estudiantes.

Ahí llegó, a sentarse a la última fila. Y Mónica no pudo mirar a nadie más.

Por semanas solo recordó su nombre.

Al principio de la relación, ella mantuvo su independencia. La primera vez que vio a Ema pensó que en cualquier momento le saltaría directo a la yugular, como un animal salvaje. Con Daniel esperaron un par de años a que su actitud se volviera menos feroz. Y luego, con las extracciones, esto fue incluso más fácil. Todo el veneno de Ema se iba por las cañerías y, junto a él, o eso quería creer Mónica, se iba también parte del disgusto por la nueva pareja de su padre.

Ahora hace seis meses que jugaban a la familia feliz. Las extracciones de Daniel, al menos, parecían indicar eso. De tres, cinco minutos, a lo más. La limpieza de un mal rato en la oficina, el aburrimiento de una reunión.

Los colores de Mónica, en cambio, seguían irregulares. Aunque siempre dentro del tiempo esperado. Las gotas de su veneno, concentradas, se mezclaban con el líquido de

transporte y ahí partían por los intestinos para ser transformados en electricidad.

Eran otras las cosas que no funcionaban en ella.

La sangre se lo recordaba todos los meses.

Es la ansiedad, la impaciencia, le decía siempre Daniel. Ya va a pasar.

Pero en sus extracciones nunca aparecían esos tonos.

Aunque pronto empezó a teñirse todo del color barroso de la rabia.

Ema, por su parte, cada día tardaba más.

Ya habían recibido siete amonestaciones a su nombre.

Es verdad que era una adolescente y el sistema tenía especial paciencia con ellos.

Pero esa paciencia se acababa en diez. Y con ello, también, la privacidad.

Ema le pidió que no le contara nada a su padre.

Que sea un secreto entre las dos, algo nuestro, había dicho y, si bien le había sonreído, Mónica sintió las manos frías, la saliva espesa, un zumbido en los oídos. Guardaba las amonestaciones en su closet, en el cajón de los pijamas. Aunque Daniel nunca se metía en sus cosas y no era necesario tener tantos resguardos.

Pensó que así se llevarían mejor. Que, quién sabe, tal vez, podrían ser amigas.

Quizás por eso no le importó el viaje. Creyó que esas tres semanas les servirían para mejorar la convivencia.

Los primeros días, intentó crear complicidades, invitarla al cine, preguntarle por sus compañeros de clase, pero Ema ponía los ojos en blanco y no quitaba la vista de la pantalla de

turno. A todas horas, especialmente en las noches, sonaba el murmullo de las notificaciones que ella no se molestaba en silenciar: vibraciones, campanas, pájaros.

Grillos.

A veces, al levantar la vista de su taza de café al desayuno, Mónica la veía sonrojarse o desaparecer en el baño. Su puerta siempre cerrada.

O casi.

Hace tres días Ema había salido apurada al colegio y ahí había quedado la puerta abierta. Mónica intentó ignorarla, inventándose innecesarias tareas cotidianas: reorganizar libros, ordenar el refrigerador, pasar por enésima vez la aspiradora. Pero entonces empezaron los ruidos.

La casa se llenó de grillos.

Mónica se puso audífonos, escuchó música por horas, pero incluso así molestaban.

Solo tenía que ponerlo en silencio.

Era tan fácil.

Ni siquiera tenía que mirar la pantalla, bastaba con encontrar el botón en uno de los costados.

El aparato estaba en el suelo, junto a la cama.

Mónica lo tomó, mirando a todas partes. El derecho a la privacidad era una regla inquebrantable por esos días. Conocidos eran los casos de padres demandados por sus hijos y las multas altísimas a pagar.

Eso, claro, siempre que se mantuvieran a raya los venenos.

Al tenerlo en su mano, el teléfono volvió a vibrar con otro sonido de insecto.

Mónica no pudo evitarlo.

En la pantalla se acumulaban los mensajes y notificaciones. Siempre de la misma persona. Alguien que se hacía

llamar #thewizard. En uno, le preguntaba cómo era su pijama. “Apuesto que debes verte hermosa”, era el siguiente mensaje. Luego otra notificación: #thewizard ha marcado tu foto como favorita. En el último –Direct Message esta vez– se leía: Tú eres mi favorita.

El dueño de los mensajes no tenía una foto de perfil, solo un retrato. Mónica lo conocía: Lucian Freud. El rostro de un hombre algo mayor; un rostro lleno de sombras.

Revisó las fotos que Ema había subido a su página de Neón –la red social de moda– durante las últimas semanas. Costaba reconocerla. En todas aparecía con unas faldas cortísimas, mostrando las piernas, insinuando el escote, con un gesto de sensualidad indefensa en el rostro.

También en ropa interior y frente al espejo. Los dedos dentro de los calzones.

The Wizard marcaba todo con estrellitas.

A Mónica el corazón le latía en los oídos.

Esa tarde, Ema llegó temprano. El teléfono estaba en el mismo lugar y no sospechó nada.

Se dedicó a estudiar en el comedor mientras Mónica preparaba la cena. Cada cierto rato, su teléfono anunciaba nuevos mensajes, y ella los revisaba rápida y nerviosamente. Mónica intentaba concentrarse en cortar tomates, aliñar la ensalada, poner la mesa.

Pensaba si Ema tendría miedo. O, por el contrario, si la situación la halagaría, la haría sentir bonita, especial.

Distinta.

Trataba de imaginar al dueño de esos mensajes; un hombre soltero aburrido en su departamento o bien un padre de familia, aprovechando que la mujer estaba en el gimnasio y sus hijas jugaban para revisar las fotos de Ema.

Se veía tan niña. Sobre la mesa, su cuaderno rosa flúor y los lápices de colores, con los que siempre estaba haciendo pequeños dibujos, le daban ganas de correr a abrazarla.

Llevaba puesto un vestido de algodón, sencillo, con floritas. Era delgada, frágil, sus pechos apenas se insinuaban debajo de la tela. A Mónica le costaba reconciliar esa imagen con la de la muchacha de la foto y sus poses absurdas.

Antes de cenar, la extracción de Ema fue de media hora. (La de Mónica, de diez minutos y el color celeste de la preocupación).

Cuando al fin bajó, ninguna de las dos dijo nada.

Por la noche, Mónica no podía dormir. En cualquier momento llegaría el correo nocturno con la amonestación en su sobre transparente. Y ella necesitaba estar atenta y correr a buscarla antes de que algún vecino pudiera verla.

La casa estaba en silencio.

Sin grillos.

Cerró los ojos por un momento y, cuando volvió a abrirlos, una luz tenue se intuía por las cortinas. El camión de correos estaba frente a su puerta.

Mónica se levantó de un salto.

Al pasar frente a la habitación de Ema sintió murmullos. Pensó que estaría hablando por teléfono con alguna amiga.

Pero se equivocaba.

Lo que salía de su boca no eran palabras.

Mónica se sonrojó.

A la mañana siguiente, Ema ya no estaba. Había dejado una nota sobre la mesa de la cocina: Me quedo a dormir en la casa de Sara. Y un corazón. Mónica sintió una rara mezcla de miedo y alivio.

Por fin tenía la casa para ella sola.

Todavía no se acostumbraba a la vida en familia. A coordinar sus ritmos a los de Daniel, a la presencia de Ema.

Y, si bien él hacía todos los esfuerzos por incluirla, lo cierto es que al hablar de Ema siempre se refería a “Mi hija”.

Mi hija anda nerviosa.

Mi hija está cada día más alta.

¿Sabes a qué hora llega mi hija?

Mónica sonreía y trataba de pensar en otra cosa, pero la verdad es que sentía la sangre espesarse, llena de rabia. Esa sangre que luego llegaba puntual todos los meses, a pesar de las vitaminas, de los tests de ovulación, de recostarse y apoyar los pies en la muralla, bien alto, para así no perder ni una gota de ese líquido que siempre le pareció como la clara de un huevo crudo, (y que luego chorreaba, inevitable, por sus piernas, cada vez que decidía levantarse).

No habían hablado en dos semanas con Daniel. O no realmente. La diferencia de horas les jugaba en contra y siempre que despertaba tenía un mensaje de él, cada vez un poco más cansado y al que ella respondía con su tono más falso.

Puso *play* y el cuarto se llenó de su voz.

(Fue lo que la había enamorado. Antes que su porte, sus ojos, sus manos, fue la forma de pronunciar su nombre, las palabras que le susurraba al oído cuando estaban en la cama).

Mónica cerró los ojos y abrió a tientas algunos botones de su blusa. Puso la mano sobre uno de sus pechos.

Nada.

Ema no regresó en dos días. Cuando por fin lo hizo, venía demacrada y le temblaban las manos. Mónica vio cómo un auto la dejaba a un par de metros de la entrada, un auto elegante que se fue rápido ni bien ella hubo cerrado la puerta.

No salió de su cuarto en todo el día.

Mónica le dejó el almuerzo en una bandeja. Le preguntó si quería conversar. Ema solo le gruñó de vuelta. Y no tocó la comida.

Mónica intentó tranquilizarse. Solo faltaban unas cuantas horas para que llegara al fin el padre de la niña. Algo se le ocurriría.

Revisó informes pendientes, editó textos, pero su atención parecía volar, inevitable, hacia la manilla de esa puerta.

Trató con mensajes de texto: *Ema, lo pasaste bien donde tu amiga?*

Como respuesta, solo una carita feliz.

A veces Mónica imaginaba accidentes. Para Ema.

Nada muy doloroso. Un choque, una falla al corazón durante el sueño.

Cuestión de segundos.

Ella misma no podía pensarlo por mucho tiempo. El color a leche de la maldad era uno de los más peligrosos. Aunque en el caso de Mónica siempre iba mezclado con el de la vergüenza.

La cena ya estaba sobre la mesa. Mónica se hizo cargo primero de su extracción. Cerró la puerta, se ubicó sobre la plataforma y se levantó un poco la blusa. Ajustó el tubo a su espalda y cerró los ojos. La campanilla de término la hizo volver a abrirlos.

Quince minutos.

Y, en el tubo, un líquido rosado algo transparente.

Miedo.

Quiero que bajes a comer.

(Mónica escribió, sentada en la escalera)

Es lo único que te pido.

(Minutos más tarde, la copa de vino llena hasta el borde)

No me hagas llamar a tu papá.

Mónica sabía que arriesgaba multa con el gesto, pero aun así abrió la puerta.

La música estaba a todo dar y Ema no contestaba.

Solo una ranura, pero lo suficiente para verla en el suelo, desnuda y en cuatro patas, gimiendo frente a la pantalla.

Ema dio un grito y cerró el computador de golpe.

Mónica corrió escaleras abajo.

A los pocos minutos se escuchó el zumbido de la máquina de extracción.

DEFORME

Fabiola Morales

El equilibrio que otorga el talón, y más si es de Aquiles, no se parece en nada al balance que regala una columna firme o un cuello erecto. Es tan sutil, tan inconfesable ese otro equilibrio, que lo mismo podría albergar espinas que callos o verrugas sin jamás quejarse. Herido, sin embargo, el talón de una mujer puede desatar una revolución, desvencijar la línea del horizonte, destruir la armonía de un paisaje, hendir su huella extraña y adolorida en el suelo que pisa. ¿Es entonces el talón un segundo vientre, el útero inédito en el que se cultiva amorosamente el embrión de una idea? Tal vez sí. Las mujeres cojas lo saben bien.

Fabiola Morales Franco (Cochabamba, Bolivia, 1978) vive en Barcelona. Realizó el máster en Creación Literaria de la universidad Pompeu Fabra. Ha publicado el libro de relatos *La región prohibida* (2012) y la novela *El día de todos tus santos* (2017).

Deforme

Tengo pesadillas en las que me dejas, le digo, quiero decir, son sueños recurrentes en los que tú y yo tenemos otros rostros pero, al fin y al cabo, somos nosotros. En el sueño, te vas siempre con alguna amiga mía, a veces las facciones de la amiga en cuestión coinciden con un rostro conocido, a veces no. En todas las ocasiones reacciono con rabia, no tanto hacia a ti como hacia la traición de mi amiga. En cuanto a ti, las más de las veces me resigno con facilidad a perderte, pero sufro de ataques de ira cuando me cruzo con esa amiga, porque, y en eso hay una constante, la amiga termina siempre irrumpiendo en el lugar en el que yo estoy, una calle, un café, mi propia casa, entonces se arma una pelea campal, una discusión a gritos, una situación desagradable en la que termino lanzando cosas. Al principio despertaba de estos sueños llorando, ahora lo manejo mejor; sin embargo, las más de las veces me despierta un dolor agudo en el pecho y este rencor que no cesa.

Él se me queda mirando, sabe que mientras le hablo mi mano, escondida bajo la mesa, está rascando mi talón en secreto. Al final mi marido estalla en una risa estridente, las personas que están sentadas en las mesas alrededor de la nuestra se voltean, movidas por el estrépito de su risa, luego

el sonido ambiente vuelve a inundar el bar. Le doy un sorbo a mi cerveza. Sueñas que te dejo, pero yo no soy yo, ni tú eres tú. Creo más bien que quieres decir que sueñas que un hombre deja a una mujer y que esa mujer reacciona mal a ese abandono. No, no, murmuro sin dejar el talón, somos tú y yo. ¿Aunque no tengamos el mismo rostro? Exacto, aunque no tengamos el mismo rostro. La otra noche, aquella en la que estuve fuera de casa por trabajo, el sueño fue tan vívido que estuve a punto de llamarte; eran las tres y media de la mañana cuando desperté, estaba en una habitación del piso once, en un hotel sin gracia a las afueras de Ámsterdam, el viento soplabá con fuerza y parecía emitir gritos al chocarse con los vidrios de las ventanas; confundí aquel sonido con mis propios gritos y los de la mujer con la que peleaba en el sueño. Peleaba por ti o más bien por tu traición. Cuando despierto de esos sueños me siento avergonzada de mí misma, por no saber odiarte, por esa resignación tan mansa ante tu pérdida, por dirigir todo el rencor hacia una mujer imaginaria y sobre todo por pelear con ella. Luego pensé que no tenía mucho sentido llamar, despertarte y explicarte todo esto de madrugada. Él se levanta y me abraza, luego con sigilo me aparta la mano del talón. Te harás una herida si sigues rascándotelo, me dice, ponte bien los zapatos. Asiento, siempre le digo sí, no sé decir que no.

La primera vez que experimenté un picor en el talón tenía doce años; era verano, leía, hacía poco había encontrado un libro en la biblioteca del cole que hablaba sobre fotógrafos del siglo XX; entre tantos nombres de hombre, me había llamado la atención el de una mujer que parecía trascender los estereotipos de su época. Sí, fue cuando miraba las fotografías tomadas por esa mujer que sentí que un mosquito me picó. Estuve rascándome el talón un rato hasta que el picor se hizo insoportable, entonces me clavé las uñas y un chorrillo de sangre salió al instante.

Dorothea Lange no nació coja. Dorothea Lange era una niña de clase media con una infancia feliz, hasta que cogió la polio, como resultado se le torció una pierna. Poco después sus padres se separaron. Ella solía decir que estos dos hechos habían marcado su vida: la cojera provocada por la enfermedad y el abandono de su padre. Me he preguntado siempre si para Dorothea, aunque nunca lo aceptara públicamente, había una relación directa entre la separación y la vergüenza que ella creía les provocaba a sus padres verla caminar arrastrando una pierna.

Yo, en cambio, no sufrí ninguna enfermedad; jamás he estado al borde de la muerte, mis padres no se han separado y de hecho creo que viven relativamente felices. Es mi cuerpo el que se obstina en traicionarme. La picazón del talón mutó en dolor y cuando la herida cicatrizó volvió a transformarse en escozor. Me rasqué primero ligeramente y luego con fuerza, hasta que la costra que se había formado se hizo añicos y dio paso a un corte más grande. Como era verano y hacía calor, la herida abierta, una y otra vez, no tardó en infectarse lo que provocó que comenzara por primera vez a cojear.

No sé cuántas veces he robado en mi vida, creo que pocas o solo esta; a veces esas cosas se hacen de una manera inconsciente, como con el libro de los fotógrafos que decidí quedarme. Se veía a las claras que yo era la única que lo había leído y efectivamente nadie nunca me lo pidió de vuelta.

Frida Kahlo tampoco nació coja, aunque era doce años más joven que Dorothea Lange también sufrió la polio, probablemente por las mismas razones que ella, es decir, vivía en un entorno privilegiado, en un ambiente limpio en el que sus defensas no se habían desarrollado con la misma fuerza que la de los niños de zonas más deprimidas y por lo tanto la hicieron presa fácil de la enfermedad; ironías del mundo moderno. Existe un estudio fechado en mil novecientos dieciséis que muestra la incidencia de la polio a lo largo de la ciudad

de Nueva York. En él se puede ver cómo la parálisis infantil se ceba principalmente en los niños y adultos habitantes de los barrios más acomodados, lugares en los que el aire respirado era potencialmente más limpio, donde las condiciones de salubridad en las casas estaban aseguradas, las antípodas de los sobrepoblados barrios citadinos, donde personas, animales y mugre convivían hacinados en edificios desvencijados. Este estudio pasó sin apenas ser tomado en cuenta por los médicos de entonces, ofuscados como estaban en popularizar los hábitos de limpieza. Yo también vivía en un barrio en las afueras de la ciudad, pero para cuando yo nació la vacuna de la polio se había ya inventado y nadie, o casi nadie, sufría la enfermedad.

En mi libro de fotógrafos encontré una foto hecha por Imogen Cunningham, amiga de Dorothea Lange, de Frida Kahlo; me impactó la fuerza de su rostro, encontré inmediatamente un lazo entre aquella joven de vestido campesino y lo que yo entendía como personalidad original. Volví a la biblioteca a buscar algo sobre ella, al final de cuentas solo tenía un pie de foto y la afirmación de que era pintora. En aquel entonces Kahlo no era tan famosa como es hoy, así que la bibliotecaria del colegio tuvo que rebuscar un rato para sacar alguna información sobre ella. Me fui a casa con otro libro. Este sí lo regresé.

Antes de quedarse coja, a Dorothea Lange le dio un resfriado, un resfriado que en vez de mejorar avanzó hacia una gripe, o eso era lo que en su casa creían; en verdad aquella gripe no era otra cosa que la polio que en alguna de sus variantes era frecuentemente confundida con la influenza, por sus síntomas comunes. No sé cuánto tiempo tardaron mis padres en darse cuenta que yo estaba coja. He dicho antes que tuve una infancia tranquila, unos padres de trato agradable, pero nunca he dicho que fueran los más atentos del mundo, sobre todo cuando de sus hijos se trataba; así que es posible que pasaran algunos días, quizá semanas, antes de que alguno de los dos tomara cartas en el asunto. Si alguien le preguntara a la niña que en ese tiempo

fui, cuánto pasó, diría yo que meses, pero seguramente sería una exageración. Cuando el pie comenzó a latirme le dije a mi padre que me llevara al médico, se alzó de hombros y me entregó sin mucho trámite a los cuidados de mi madre que, en un primer momento, creyó que podría resolverlo ella misma con un poco de cáscara de huevo y algún menjunje farmacéutico. Fue suficiente sacarme el calcetín para que el asunto quedara aparcado y termináramos en urgencias.

A Frida Kahlo la enfermedad le duró alrededor de un año en el que dejó por completo de relacionarse con otros niños, de ir a la escuela y de levantarse de la cama, salvo para los ejercicios que su padre le obligó a realizar en aras de que la pierna no siguiera su atrofia. En todo caso para las tres pasó que un buen día dejamos de andar bien y, tras una convalecencia, comenzamos a ser el hazmerreír de los otros niños.

En el hospital hicieron un tajo limpio alrededor de las incisiones que me había hecho con las uñas y a continuación apretaron hasta sacar toda la pus, luego me mandaron a casa. Mis padres se olvidaron del asunto.

Pocos días después volví a caminar, había aprovechado esos días para leer sobre la vida de Kahlo y ahora regresaba a lo que realmente me importaba que era Dorothea Lange. Recuerdo que aquel verano llevaba el libro a todas partes, solía repasar la diferencia entre las fotos de unos y otros fotógrafos, comparar el impresionismo de Imogen Cunningham contra la fotografía de denuncia de Lange; era fácil, pero había otros tantos autores que también habían sido documentalistas en la misma época que ellas. ¿Por qué Lange era diferente? ¿Qué hacía que yo quedara fascinada ante sus fotos de una manera que no era capaz de hacerlo con otros? ¿Y cómo reconocía yo, sin siquiera mirar los comentarios, cuando una fotografía era de Lange? Eran cuestiones que me perseguían incluso en sueños. Durante esas largas horas la herida en mi pie me impedía salir a disfrutar del clima. En los ratos en que me veía

forzada a dejar mi precioso libro, el talón maltrecho tomaba el protagonismo de mis obsesiones y me era imperioso tener las manos encima suyo, primero rascando alrededor de la venda y luego, cuando ya había traspasado el pudor de levantarla, con la herida misma. A mi entender, el escozor persistía y se incrementaba con los días, mi teoría pasaba porque la venda podía provocar que mi piel se resintiera por la humedad y el roce; se lo decía constantemente a mi madre, esta venda me está matando, me pica, ¿y si es una infección?

Una tarde de aburrimiento me deshice por completo de la dichosa venda. Salió a relucir aquel pequeño manojito de hijos negros, no era una costura estética, se trataba más bien de un ramillete hecho por pases y contrapases, había un par de nudos como los que se deja cuando empiezas a coser y luego picos, cabos sueltos. Tocaba los hilos y el picor se incrementaba en niveles en los que el dolor rozaba con un extraño sentimiento de placer; cuanto más estiraba, más dolía, cuanto más dolía, la sensación posterior era más placentera. Había incluso minutos en los que parecía perder la conciencia y el pie y mi cuerpo no existían. Hasta que llegó el momento en que decidí sacarme los puntos que cerraban la herida, apreté y dejé que la sangre saliera sin descanso, no hubo placer en ello, la sangre solo podía provocarme dolor.

Por la noche, mientras mi madre me ponía una venda nueva, le recité de memoria un fragmento del diario de Frida Kahlo que decía algo así:

*Puntos de apoyo,
En mi figura completa solo hay uno,
y quiero dos.
Para tener yo los dos
me tienen que cortar uno.
Es el uno que no tengo el que
tengo que tener para poder caminar...*

Todavía hoy mi madre perjura que pasé aquella noche delirando, hablando de palomas que equivocaban el vuelo y alas que salían volando solas. A veces pienso que fue allí donde la verruga inició su acenso hacia la luz.

Desde entonces si me estreso el picor regresa, como cuando me quedé sin trabajo hace tres años; la oficina en la que trabajaba, generando estadísticas sobre encuestas de satisfacción, cerró tras perder el último cliente. Nunca habíamos tenido demasiados, pero al menos daban para pagar el sueldo de seis trabajadores.

La paga era mediocre me dijo mi amiga cuando se lo conté. Sí, le dije, lo era, pero al menos tenía algo, ahora me he quedado sin nada. Mi amiga bajó los ojos y se puso pálida, estaba claro que ese no era el momento para hablar sobre mí; por entonces ella estaba embarazada de tres meses y no tenía claro que aquel hecho fuera una buena noticia. Una ventura incondicional, le llamaba ella; no estaba segura de que fuera “una ventura incondicional”, estaba bien pero no radiante, creía que era feliz pero su rostro no lo demostraba, el hecho de que aquel niño viniera sin ser planificado la desconcertaba, a pesar de todo: y todo era que se había casado hacía dos años; que tenía un piso prácticamente pagado; y que no se le ocurría ningún motivo pero para no tener a ese niño. Al fin y al cabo algún día iba a ser madre decía, nunca es el mejor momento, decía, fue una sorpresa, decía. Y entonces se apagaba.

Frida Kahlo nunca tuvo hijos y se dedicó a pintar su continuo fracaso, gran parte de su obra está centrada en este hecho. Dorothea Lange, en cambio, tuvo dos hijos absolutamente planificados y trató desde el principio de ser una madre y esposa ejemplar hasta el punto en que durante años su obra fotográfica se limitó a instantáneas familiares, mientras su marido, que era pintor, desaparecía durante meses persiguiendo su sueño artístico. En aras de ser una esposa perfecta

se convirtió en una madre controladora, perfeccionista y sus hijos e hijastros, más que disfrutarla, tuvieron que sufrirla.

La verruga en mi talón comenzó siendo un bultito alrededor de la cicatriz que habían dejado los puntos, realizados por la enfermera, tras la intervención en urgencias. Traté de ocultar su existencia lo más que pude, al principio era una ligera molestia que me esforcé en ignorar; sin embargo la molestia iba creciendo lo mismo que la bolita. Por las noches ya dentro las sábanas me daba masajes en el pie, pero esto provocaba que se intensificara el escozor, así que optaba por encerrarme en el baño y dejar que el agua helada corriera hasta entumecer mis dedos, entonces masajeaba en la creencia de que de esta forma disolvería el bulto. Eventualmente vi que tenía algo parecido a una espinita incrustada en la piel, así que ayudada de un alfiler traté de sacármela, pero la espinita parecía estar siempre más al fondo de lo que parecía.

Como lo que yo tenía dentro era una verruga, no volví a sacarme sangre, por más que agujereaba y agujereaba lo que obtenía eran cachos de piel, secciones de carne muerta como trozos de cuero. Cuanto más abría el fondo, más se levantaban los costados. Volví a cojear, aunque esta vez con sigilo, tenía doce años y la regla acababa de venirme por primera vez.

Recuerdo haber estado enfadada con el mundo, enteramente amargada ante la injusticia de una naturaleza que no me había preguntado si yo quería ser madre, ni siquiera me había dado tiempo a pensar en chicos, estaba inmersa en la pelea contra mi talón y ahora además debía lidiar con el hecho de convertirme en una mujer. La regla olía mal y provocaba dolores, ya había visto a mi hermana pasar por eso unos años atrás, aunque trascurrido el tiempo ella parecía no acordarse de lo mal que lo había pasado, entusiasmada como estaba con los bailes de quince años, los tacones que mi madre le había comprado y el maquillaje, quizá su más preciado descubrimiento. Yo la observaba distante, no quería ser ella.

Hay una fotografía muy famosa de la familia de Frida Kahlo en la que ella, adolescente, aparece vestida de hombre. Durante aquel tiempo de pubertad a marchas forzadas, en el que ser mujer significaba una injusticia a mis ojos, guardaba esa fotografía entre las hojas de mi diario. Recuerdo que llené aquel cuaderno de palabras, cuando ya no hubo más hojas en las que escribir dejé la fotografía dentro. Ya no lo volví a abrir.

Las madres no entienden nada, le dije a él un día, yo estaba a punto de parir a nuestro primer hijo. Era un día soleado de primavera, de esos en los que la gente del barrio suele caminar hasta la vera del río para pasearse tranquilos arriba y abajo, ahora deteniéndose a conversar con otros vecinos, ahora agarrados del brazo, ahora corriendo tras los niños. ¿Y eso?, me contestó él, se lo oía desconcertado, yo ya no lo miraba, yo miraba el agua que corría plana a nuestra derecha. Pronto seré madre, le dije, yo tampoco entenderé nada sobre mis hijos.

Al llegar a casa cogí el libro de fotografías, el mismo que nunca devolví a la biblioteca del colegio y mientras señalaba sus páginas le dije a mi marido, Dorothea Lange no se llevaba bien con su madre, le decía a quién quisiera oírle que su madre había sido siempre un ser endeble y lejano, nunca la había protegido y la había entregado sin restricciones a su abuela, una mujer que no había tenido para con ella más que reproches y castigos. La relación entre Frida y su madre también fue ambivalente toda su vida y, si con alguien tuvo Frida un acercamiento, fue con su padre, algo que a Dorothea no le pasó. En los dos años posteriores a la separación de sus progenitores, apenas si vio a su padre en un par de ocasiones, un día el hombre simplemente dejó de visitarlos. Nunca más lo vio. Él miro el libro que yo señalaba como si de un platillo volador se tratara, luego me miro a mí y volvió los ojos al libro, había curiosidad y asombro en su cara. No entiendo de lo que estás hablando, dijo, mientras revisaba las fotografías, ¿quién es Dorothea Lange? preguntó. Una madre, le contesté.

Mi madre trató de acercarse a mí, en la misma sintonía que se había acercado a mi hermana y con la que tan buenos resultados le había dado. Ambas llevaban una relación armónica, incluso cómplice. Pero yo no era mi hermana, me interesaban igual a cero las cosas de la casa, odiaba la cocina, la moda me traía sin cuidado y sobre todo, sentía un profundo rechazo por el llamado mundo femenino en el que ella quería incluirme. La recuerdo en la sala exhortándome a que aprendiera a freír un huevo, hacer un arroz, picar unas verduras, lo que fuera; yo lloraba, tenía doce años y lloraba ante frases como, “eres mujercita tienes que aprender, si no cómo te van a querer los hombres”, “tienes que ser más femenina”, “acaso te quieres quedar sola toda la vida”, “¿qué harás cuando estés casada y tengas que hacer la comida para tu marido y tus hijos?”. Mi hermana participaba de estas escenas siempre de manera periférica, nos miraba en silencio mientras se pintaba las uñas, sentada en el comedor junto a la puerta de la cocina, la colección de esmaltes de uñas acompañándola, nos miraba en silencio con los rulos puestos en la cabeza, nos miraba en silencio con la mascarilla reseca sobre la cara, nos miraba en silencio, digo, y sonreía o fruncía el ceño o respingaba la nariz y luego seguía con lo suyo que era ponerse bonita. Nunca fui lo que mi madre esperaba, aun así ella persistió hasta el cansancio, luego durante un tiempo me dejó de hablar.

Descubrí con pesar que yo tampoco tenía mucho que ver con mi padre. Yo era un ser aislado.

La madre de Dorothea Lange se ganaba la vida como bibliotecaria, en cuanto su hija tuvo que ir a la secundaria se la llevó con ella a Nueva York y la inscribió en una escuela progresista en el Lower East Side, la PS62. Dorothea demostró no tener talento alguno y fue una estudiante mediocre. Como no tenía nada más que hacer mientras esperaba a que su madre saliera del trabajo, aprendió a caminar largas distancias en soledad. Tanto andar callejeando le sirvió para fijarse en

detalles que para cualquier otro pasarían desapercibidos. Años después cuando hacía ya mucho que era una retratista reconocida entre las clases más acomodadas, dejaría su vida plácida para caminar sin rumbo por las calles de San Francisco, documentando los estragos que la crisis de mil novecientos veintinueve había provocado; entonces cambiaría su tarjeta de visita en la que podía “retratista”, por una que desde entonces y hasta su muerte rezaría así:

Dorothea Lange.
Fotógrafa del pueblo.

Oculté la verruga cuanto pude, la oculté hasta que fue demasiado tarde. Tenía quince años cuando volví al médico, la verruga había carcomido gran parte del talón, había poco por hacer. Recuerdo ir en el asiento del copiloto, mi madre conducía llorando de vuelta a casa. Yo temía por nuestras vidas, no entendía cómo podía llorar de esa manera y no chocar con lo primero que se le cruzara en medio. Así que para aminorar la tensión le dije, al menos hay una buena noticia en todo esto. La pobre se volvió hacia mí con un destello de luz en los ojos, la había cogido realmente desprevenida. No tendré que usar tacones, no podré usar nunca tacones, mi pie no lo soportaría. Ella dejó de llorar.

Seis meses después volví a la escuela oficialmente coja. Dejé de tener amigas, a los chicos no les gustaba las tullidas, durante un tiempo caminar conmigo era fuente de risas.

Tanto Frida Kahlo como Dorothea Lange batallaron para minimizar su cojera, la primera vestía faldas largas y amplias para ocultar su malformación, la segunda trabajó incansablemente para que en su caminar no se notara la minusvalía. Ninguna dejó que sus males detuvieran el destino. No es extraño, pues, que al conocerse en 1930 conectaran inmediatamente.

El pequeño niño salido de mis entrañas me hizo sentir más poderosa que nunca, su absoluta dependencia de mí me fortaleció y me hizo frágil a la vez. Teniéndolo contra mi pecho encontré verdaderos momentos de comunión con la naturaleza. A veces me parecía increíble vivir una situación así.

No todo fueron flores. Durante un tiempo también me sentí como una vaca, una teta ambulante, una enorme teta solitaria. Hacía tiempo que mi cojera no le importaba a nadie, tampoco a mí. Ahora importaba mi hijo, yo sería una madre distinta, ese era el propósito, pero de momento lo que yo era, era un cúmulo de emociones contrahechas: por un lado, cada progreso del niño que llevaba en brazos era un redescubrimiento del mundo; por otro, la individualidad, mi individualidad, se disolvía a marchas forzadas. Yo no era yo. Yo era la madre.

En 1936 Dorothea Lange conoció a Florence Thompson, la protagonista de su fotografía más famosa, "Migrant Mother". Por aquel entonces muchas familias de campesinos apremiadas por la falta de recursos se habían visto forzados a emigrar; en la periferia de los núcleos urbanos crecían hordas de barracas en las que los migrantes pasaban el tiempo hasta que el gobierno los forzaba a dismantelar el sitio, entonces cogían sus coches y marchaban hasta el siguiente pueblo. Cuando Dorothea Lange emprendió su camino a aquel invierno, Florence y sus siete hijos acampaban al costado de una carretera; el marido y el hijo mayor habían salido, hacía días, a buscar comida, llevándose el coche. Como no tenían manera de comunicarse, la mujer había decidido quedarse junto a la carretera esperando su regreso. Al pie de una de aquellas reproducciones, Dorothea escribió: "Nipomo, Calif. Mar. 1936. Familia de agricultores migrante. Siete niños hambrientos. Madre de treinta y dos años. El padre es nativo de California. Despedido de un campo de recolección de guisantes, debido a la fallida del primer cultivo. Esta gente acababa de vender

su tienda para poder comprar comida”. Décadas después recordaría aquel encuentro de la siguiente manera: “Vi y me acerqué, como impulsada por un imán, a una hambrienta y desesperada madre. No recuerdo cómo le expliqué mi presencia o mi cámara, pero recuerdo que ella no me preguntó nada. Hice cinco exposiciones, acercándome más y más cerca con la cámara. No le pregunté su nombre ni su historia. Ella me dijo su edad, tenía treinta y dos años. Me contó que estaban viviendo de recolectar los vegetales casi congelados que habían quedado sin recoger en los campos vecinos y de los pocos pájaros que los niños cazaban. Allí estaba ella sentada, debajo de un toldo que hacía de tienda, con sus niños acurrucados alrededor de ella y parecía saber que mis fotografías podrían ayudarla, así que ella me ayudó. Hubo cierta clase de igualdad al respecto”.

Me había hecho el plan mental de amamantar a mi hijo hasta que él dijera basta. La noche anterior al parto había soñado que yo era Frida Kahlo, o más bien yo era una pintura de Frida Kahlo, de mis pechos de óleo salían ríos blancos, haces luminosos de leche que caían dentro de una cuna que estaba a mis pies; cuando me agachaba encontraba que todo aquel líquido que salía de mí iba a parar a la boca de un recién nacido flacuchento, tan raquítico que su piel transparentaba los huesos. Mi hijo. Yo, que había decidido mucho antes que le daría mi leche hasta que la propia inercia lo venciera y se alejara naturalmente de mí, sabía que eso podía pasar entre los dos y los cuatro años; me pareció un tiempo correcto para verlo crecer y hacerme yo misma a la idea de que era un ser que no me pertenecía del todo. Un ser que no me pertenecía en absoluto, debería decir, pero no lo digo porque soy su madre. Tras el nacimiento había venido la primera ruptura entre nosotros; al cortar el cordón umbilical se había roto el lazo primigenio bajo el cual habíamos sido uno mismo durante nueve meses. La leche que salía de mis senos había reempla-

zado rápidamente ese vacío. Nuestro lazo de sangre pasó, sin muchos trámites, a ser un lazo dulce, tibio, blanco. Quería, ansiaba que siguiera siendo así.

Y sin embargo la leche no se rige bajo los impulsos del deseo materno, la leche como la sangre menstrual, sigue su propio e individual designio. Así pues hace unas semanas la leche dejó de salir, lo mismo que los grifos que se van secando cuando hay un corte de agua. Fui a visitar al médico, me dijo que no era extraño, la naturaleza es curiosa esgrimió, se dan algunos casos. Le pregunté si podía hacer algo al respecto, devolverme el flujo lácteo, potenciarlo. Mi hijo aún no tiene un año, dije. Se encogió de hombros y, por primera vez en cinco años, que era el tiempo en que nos conocíamos, preguntó qué le pasaba a mi talón, por qué llevaba el pie siempre de puntillas, a qué se debía que cojease cada vez más. Volví a casa furiosa.

Aquella noche salí a cenar con mis amigas, me costó horrores llegar al sitio, a pesar de que estaba a cinco calles de mi casa. El talón me hacía daño, al llegar me senté exhausta, traigo literalmente arrastrando la pierna dije, mis amigas rieron, algo de todo esto les parecía gracioso. Por primera vez en mucho tiempo bebí una copa de vino.

En casa él me esperaba con el niño en brazos, habían estado dando vueltas por el pasillo durante horas, arriba y abajo, el niño lloraba, se negaba a tomar el biberón. Nada más verme, mi hijo se abalanzó sobre mis pechos, gemía y decía mama-ma, mientras estiraba mi ropa. Pasamos una noche fatal. Antes del amanecer me levanté con cuidado, nuestro bebé dormía en su cuna, sentía que tenía el estómago revuelto, corrí al baño y vomité una gran masa de bilis, hasta entonces no había tenido en mente lo verde que podía ser, al terminar me senté en la taza, algo cayó con fuerza de entre mis piernas, era la regla.

Muchos años después del retrato de “Migrant Mother”, cuando Dorothea Lange ya se había hecho famosa y daba

clases de fotografía, uno de los deberes que más le gustaba poner a sus alumnos era traer cada semana una fotografía que respondiera a la pregunta “¿Dónde vivo?”. En una ocasión un grupo de alumnos le pidió que hiciera lo mismo, lo que Lange trajo fueron una serie de fotografías de su pie retorcido por la polio. Tenía la sensación de que era donde vivía, prisionera de un cuerpo deforme.

COMO EL HAMBRE, COMO EL AMOR

Giuseppe Caputo

Este es un cuento sobre la gula, pero también sobre el hambre insaciable del género humano. El estómago es el órgano del monstruo, un músculo pantagruélico que a veces es también corazón y cuyo latido tribal, primitivo, ceremonial, es la percusión de fondo del sacrificio del amor. Hay delirio en estas páginas, sí, una alucinación ante la que el lector no deja de frotarse los ojos.

Giuseppe Caputo nació en Barranquilla en 1982. Estudió Escritura Creativa en la Universidad de Nueva York con profesores como Diamela Eltit y Sergio Chejfec, y en la Universidad de Iowa con profesores como Horacio Castellanos Moya y Marilynne Robinson. En Iowa, además, se especializó en estudios *queer* y de género. *Un mundo huérfano* es su primera novela; por ella fue seleccionado entre los 39 mejores escritores latinoamericanos menores de 40 años por el Hay Festival, Bogotá 39-2017.

Como el hambre, como el amor

Para Carlos, por nuestra hambre

De niño pasaba hambre, pum. Llegaba de correr, llegaba de dar brincos, y mi madre me decía: “¡Para ya! No te muevas tanto que te da más hambre”, pero yo le decía: “No, señora. Para tú, estás atrapada, para tú: soy un pirata y tú, mi ballena”, pum, pum. Mi madre se extrañaba: “¿Qué es ese juego? No me gusta, no me gusta nada ese juego”, a lo que yo respondía: “Te voy a asar toda, todita, toda, ballena, y después voy a llenarme de carne contigo, preparar un caldo de costillas con tus costillas”, pum, pum, pum. A mi madre no le gustaba seguirme la cuerda, decía: “Pues hoy te tocó pan con aceite, mira”, y ¡pum!, el estómago empezaba a sonar: “¡Pum, pum!, pum!”, mientras ella partía el pan en dos, le echaba aceite a las partes y me daba la parte más grande a mí. Yo mordía el pan y se ampliaba el hambre. Tan poca comida no me podía calmar, el trozo de pan me alborotaba. Para mí era un pedacito, pero mi madre decía: “Niño, come despacio, disfruta, pártelo, pártelo en trocitos, mira, así, pequeñitos, pequeñitos”, pero yo le gritaba: “¡No y no y no! ¡Tengo hambre!”, y pateaba las paredes, y lloraba, y mi estómago gritaba: “¡Pum, pum, pum!”. A veces mi madre se acercaba furiosa: me agarraba por los brazos, me zarandeaba. Me decía: “Esto es lo que hay, ¿no ves? ¡Esto es

lo único que hay! ¿Por qué es tan difícil de entender?”, y yo lloraba, y lloraba más, y ella lloraba, y partía su pan –su ya partido pan– en dos, y me decía: “Mira, coge”, y me lo daba en la mano, a veces, y a veces me lo estrellaba contra la boca.

Cuando dejaba de llorar y nos calmábamos, empezaba a soñar con ollas y platos: ollas y platos llenos de comida. Las ollas se amontonaban en la cocina y los platos se amontonaban en la mesa, y a medida que comía, nacían más ollas y más platos llenos, llenísimos de comida. Y nacían y crecían y llenaban toda la casa, y eran tantas las ollas y tantos los platos, que no cabían más en la casa, y se subían al techo y se caían del techo y se desparramaban por todas partes: la calle quedaba llena de ollas y platos, y las ollas y platos llegaban a las esquinas y seguían sus andanzas por las demás calles del pueblo hasta formar lejos, al fondo, como una montaña que nos cuidaba o vigilaba, un gran, grandísimo arrume de ollas y platos: ollas encima de platos, pum, platos encima de ollas, todo encima de todo, y entonces, en ese punto de la abundancia, empezaba a imaginar lo que había en cada recipiente. Imaginaba papas cocidas con perejil; ahuyama y carne salada; chicharrón y guandules, arroz con queso y patacón. Las ollas estaban llenas de fideos con tomate y cebolla; llenas de suero y ñame, y de muslos de pollo sudado. Había albóndigas y lentejas: mil lentejas por albóndiga, mil albóndigas por olla. Había cocidos de garbanzos. Y en los platos, mucho pescado: mojarra, pargo, merluza, mero, bocachico, sierra... Muchos limones abiertos entre pescado y pescado; ensaladas de tomate, lechuga y pepino; arroz con coco y uvas pasas. También había frutas –corozo y guayaba, zapote y mango, patilla–: yo las exprimía con las manos y en mis manos se convertían en los jugos más sabrosos. En los platos y en las ollas había dulces: mieles y cocadas, flanes, natas y tres leches. Yo me comía todo, y comía tanto, pum, que engordaba y engordaba hasta volverme un balón. Y engordaba y engordaba hasta ser un globo. Y empezaba a

despegarme de la tierra, pum, y a elevarme y a elevarme. ¡Y a elevarme y a elevarme, pum! Y en el aire le decía a mi madre: “¡Perdóname, mami, perdóname! No te dejé comida. No me di cuenta, perdóname, era muy poca comida”.

Pasaron años y siguió el hambre. No recordé esa infancia cuando conocí a Franky. Por esos días quería amar. La primera vez que hablamos me acababan de echar del restaurante, mi trabajo de siempre: un menú ejecutivo que se llamaba La Bocota. “La comida es para los clientes”, me gritó la dueña, doña Eulalia, y mi estómago gritó de vuelta: “¡Pum, pum, pum!”. Me dijo: “Termina de limpiar y vete, no vuelvas más”, así que me quité el delantal y lo dejé en el piso, y como para tratar de sentir algo –una molestia, una rabia, algo–, o quizás en señal de protesta, lancé por allá lejos, en dirección a la barra, la escoba y el traperero. “¡Coma mierda, doña!”; a lo que ella gritó de vuelta: “El que va a comer mierda eres tú, pendejo”, pum, pum. Grité, le grité más. Salí del restaurante y muy seguramente me empezó a dar hambre, pum, o confundí el hambre con los vacíos de la angustia.

“Te ves raro sin delantal”, me dijo en la calle, semanas después, y pum, se abrió algo adentro: un vacío que no era hambre, pum, pum, ¡pum! Alguien que no había visto me había visto a mí. Entonces vi su barba –negra–, los ojos negros, las pecas de la cara. Me dijo: “Hace tiempo, un domingo, te pedí en La Bocota un café con leche, pero tú me trajiste un jugo de naranja”. Yo pensé: “Quizás tenía antojo de jugo naranja y por eso me confundí”. Nos reímos. Lo miré y lo miré como para compensar el tiempo que no había estado mirándolo, extrañado por no haberlo visto y, sobre todo, por no haberlo visto habiendo hablado con él. Después me dijo: “Tengo hambre”, y otra vez. “Tengo hambre”. Se me ocurrió decirle que si aún trabajara en el restaurante, le llevaría a la mesa una almojábana con leche, cortesía de la casa –por esos días quería amar–. Sin embargo volvió a decir: “Tengo hambre”, pum, sin

agradecer de pasada mi regalo imaginado. “Tengo hambre”. ¡Pum! “Tengo hambre”, pum, pum, abrazado a la barriga.

Mientras más mencionaba el hambre, menos me miraba a mí. Y aunque yo lo mirara, él miraba su panza, ¡pum! Yo también tenía hambre. Pensé: “Me quedan diez billetes gordos”. Hice cuentas. Le dije: “Comamos, te invito”. Sonrió un momento, volvió a mirarme. Me dijo: “Vamos, sí, vamos ya”, y me cogió de la mano –pum– para guiarme por el camino que nos daría de comer.

“Se llama Buena Muela. Venden albóndigas, pollo sudado, garbanzos. ¿Te gusta? Quiero todo. ¿Tú no tienes hambre? Yo quiero comerme todo”. Escuchaba a Franky mientras caminábamos: tenía hambre, pum, pum, pero pensaba en los diez billetes gordos. “¿A cuánto saldrá la cuenta?”, me preguntaba, mientras él, por su lado, de nuevo sin mirarme, seguía: “Allá también venden cazuela de frijoles y sopa de pescado. ¡Qué hambre! Quiero todo. ¡Tengo hambre!”.

Doblamos en la esquina y ¡pum! Más hambre: el local estaba cerrado, pum, pum, ¡pum! Se arqueó, gritó: “No puede ser, ¡no! ¿Qué voy a hacer? ¡Tengo hambre, tengo hambre!”. Le dije: “Vamos a otro sitio, yo también tengo hambre”, pero entonces soltó sin mirarme: “Es que no entiendes, mira. ¡Mira!”, y se alzó la camisa para mostrarme la barriga, palpitante –pum, pum, ¡pum!–, y atravesando la carne, un camino largo, rugoso, también de carne; un camino rosado, en momentos, violáceo, en momentos, bifurcándose de carne en la carne. La barriga parecía una piel recubriendo un corazón enorme, un corazón –el estómago– a punto de salir disparado, pum: romper la piel y salir disparado, ¡pum!, contra mí, ¡pum!, contra mí, ¡pum!, contra mí. Le pregunté: “¿Qué es eso, por qué es así?”, a lo que dijo: “Es mi hambre”, y después: “La cicatriz”, y después, pum, pum: “Un estómago más grande que yo”.

Entonces fui yo el que lo cogió de la mano. Le dije: “Vamos por aquí, sígueme”, y no le solté la mano –pum, pum–, las

suaves manos, pum, hasta llegar al punto: un local muy caro a mi parecer, un sitio de frituras y comida rápida. Había una mesa libre, al lado de las brasas y el caldero de aceite hirviendo, y antes de sentarnos el olor a carne nos desató, pum, nos dio más hambre. “¡Qué hambre, por Dios!”, gritaba. “¡Qué rico todo, qué hambre!”, pum, pum, ¡pum! Yo también tenía hambre.

Pedimos mazorcas desgranadas con queso rallado y mayonesa; pedimos carimañolas de carne y empanadas de queso. Pedimos un pincho de pollo para cada uno: cada pincho venía con papas fritas, pimentones y cebolla. Yo lo miraba mientras él miraba los pollos crudos que poco a poco dejaban de estar crudos en las brasas. Lo miraba mientras miraba la masa cruda volviéndose arepa en el caldero.

“Tráiganos dos jugos de mandarina”, pidió al mesero cuando llegó la primera tanda de comida. Él cogió una mazorca, yo la otra. Comió, comió, comió hasta que ya no hubo más mazorca, pum. Después siguió con una carimañola, comió y comió. Le dije: “Cógelas todas” –por esos días quería amar–. Me dijo: “Bueno”, y las cogió todas, pum. Comió y comió, pum, pum.

Yo seguía con la mazorca cuando trajeron las empanadas. Cogió la suya. Le pregunté: “¿Cómo va el hambre?”, me dijo: “Tengo hambre”, pum, y entonces le di los granos que aún quedaban de mi mazorca. Comió, pum, comió. Yo mordí la empanada. “¿Te gustó?”, preguntó sin mirarme, y con mucha hambre le dije, pum, pum, pum: “Está rica, sí, pero me estoy llenando”. Y así le di y así mordió esa segunda empanada, pum.

Los jugos llegaron con los pinchos de pollo y las papas fritas. Mordisco que daba, mordisco que pasaba con un sorbo de la mandarina licuada. Comió, bebió, comió, bebió... Yo ya estaba pensando que también tendría que darle la mitad de mi pollo, o mis papas, pero por fin dijo: “¡Ah, qué rico!”, y

se consintió la barriga. “¡Qué rico!”, eructó, y siguió dándose palmadas en la barriga, pum, pum, pum. Satisfecho como estaba, volvió a mirarme. “Comes como un pajarito”, se rio, mientras yo masticaba las últimas cebollas y los últimos pimentones del pincho, y aunque pensé: “Quedé con hambre”, le dije: “Sí, yo soy de poco comer”. Entonces me dijo: “Vamos, pajarito. Te invito ahora yo, vamos a mi cuarto”, pum, pum, pum. Llamé al mesero, le pagué rápido: yo le di uno de los diez billetes gordos y él me regresó el billete más chico con cuatro monedas: pum, pum, pum, pum.

Al cuarto llegamos agarrados de la mano: tiró la puerta, me miraba, la cerró con candado, me miraba, pum. Jocosamente me dijo Franky: “Ahora tengo más, mucha más hambre”, pum, y mientras yo, de verdad con hambre, me quitaba los zapatos, primero –él me miraba–, la camisa después, pum –me miraba–, los pantalones, pum, pum, las medias, los calzoncillos –me miraba–, él me iba mordiendo sin dientes. Me mordió los cachetes y me dijo: “Cachetón” –me miraba–. Me mordió la nariz y dijo: “Narizón” –me miraba–. Y cuando mordió la boca, me dijo: “La Bocota”, pum, pum, pum. Los dos reímos en recuerdo de doña Eulalia.

La barriga no estaba palpitando cuando se quitó la camisa: estaba plana y ya no parecía un corazón, tampoco un infarto a punto de ocurrir, pum, pum. La piel seguía atravesada por el largo, larguísimo camino de carne, y el camino no parecía más una arteria bifurcada, pum, explotándose, pum, sino la foto de un río desde arriba. Cada vez tenía más hambre, me dolía el hambre, me torcía el hambre, pero él me miraba y yo lo miraba. Nos mirábamos con calma. Por esos días quería amar.

Mientras él me mordía sin dientes, yo lo mordía con dientes –con dientes, pum, con dientes–. Lo mordía con dientes, hasta que dijo, sin mirarme: “Tengo sueño”, pum. “No más”, y se echó a dormir, pum, y a roncar inmediatamente. Con cada ronquido, un pum, pum, pum.

Yo también me fui a dormir. Me acosté al lado suyo, lo abracé y me abracé a su barriga, pum, el índice recorriendo la cicatriz, el índice pensándose lengua en la cicatriz de Franky. Dormí. Dormí más, pero abrí los ojos antes de que empezara a decir: “Tengo hambre”. Le estaba sonando el estómago –¡pum, pum, pum!– y su barriga volvió a ser un corazón enorme, un corazón –el estómago– a punto de salir disparado, pum. Siguió diciendo: “Tengo hambre”, y desnudo se fue a la cocina, y gritó, y tiró una puerta, y pateó las paredes, pum, pum, pum. “La nevera está vacía, ¡tengo hambre!”. Y el corazón, mientras tanto, su estómago, parecía a punto de romper la piel y salir disparado, ¡pum!, contra mí, ¡pum!, contra mí, ¡pum!, contra mí. “¡Salgamos!”, gritó. No me miraba. “¡Tengo hambre!”. Le dije: “Salgamos, sí”, y buscamos la ropa, pum, y nos vestimos, pum, y salimos disparados.

Llegamos a una tienda –“El sol es un huevo”, decía a la entrada– y sin habernos sentado siquiera, empezó a hacer su pedido: “Quiero naranjas y un jugo de naranja; una picada de chorizo, butifarra y morcilla; huevos pericos, dos, y además, dos huevos fritos; un tamal de la casa, el que tiene pollo y cerdo, y una canasta de pan con mermelada de piña. También tráigame café, mucho, y por aparte, una taza de leche”. Después tomó aire y sin mirarme me preguntó: “¿Traes plata? Se me quedó la billetera”. Cuando el mesero nos dio la espalda, lo mandó a llamar: “Espere, falta su pedido”, y me señaló sin mirarme. Dije, con hambre, y recordando mis billetes y monedas: “Un huevo frito, un vaso de leche y una porción de pan”.

Plato que el mesero traía, plato que Franky rodeaba con los brazos, pum, o amurallaba, pum, mientras tragaba y tragaba. Le dije: “Tranquilo, no te voy a robar la comida”, como para hablar, simplemente, o hacer un chiste, pero siguió comiendo sin mirarme y sin hablarme. Yo aproveché el silencio para comer. Comí, comí, comí: ya no había pan, comí, tampoco había huevo. Bebí hasta vaciar el vaso de leche. Y

sin embargo, ¡pum! Seguí con hambre. Le dije: “¿Me das un poquito?”, señalando el tamal o las morcillas. Dijo: “Mira”, y se alzó la camisa: la barriga estaba viva. Le dije: “Está bien, come tú”. Por esos días quería amar.

Cuando terminó de comer, empezó a mirarme. Yo lo miraba y dejaba de mirarlo. ¡Tenía hambre! El mesero dijo: “Aquí está la cuenta”, y pum, tuve que darle dos billetes gordos. Le dije: “Me voy, nos vemos”, preocupado por el dinero, preocupado por el hambre, pero entonces dijo: “¿A dónde vas? Acabamos de desayunar”. Y así, antes de volver a su cuarto, y por si nos daba hambre, fuimos a la plaza del centro a hacer mercado.

Pasaron semanas y siguió el hambre. Quería comer. Los días eran siempre más o menos iguales: comía poco, y con poco dinero, y cuando su corazón, pum –el estómago– despertaba, comía, comía, comía y no dejaba de comer. Empecé a encerrarme en el baño cuando esto ocurría: bajaba la tapa del inodoro, me sentaba, y de los bolsillos sacaba manís y uvas pasas –quería comer, pum, quería comer–. En la cocina, mientras tanto, Franky raspaba ollas y lamía los platos diciendo, gritando: “Tengo hambre y quiero yuca. ¡No hay más yuca!”.

Una noche me encerré en el baño cuando empezó a comer. Yo también quería comer. De los bolsillos saqué una bolsa aplastada de papas fritas y un bocadillo de arequipe y guayaba, también espichado. Tenía hambre. Al fondo, lejos, oía el pum, pum, su corazón incontrolable. “¡Están ricas las arvejas, pero muy poquitas!”, lo oía gritar, pum, mientras yo me atragantaba con las papas.

De repente, un silencio. Pensé: “Se fue a buscar comida”, y aliviado abrí la puerta, aún con medio bocadillo. Ahí estaba él, su estómago palpitante. “¿Qué haces ahí?”, gritó. “¿Qué hacías?”. Yo le dije: “Nada”, y me dijo: “Estabas comiendo, dame. ¡Tengo hambre!”. Le dije: “No, yo también tengo hambre”. ¡Pum! Me dijo: “¡Es que no entiendes, mira!”. Y el co-

razón latía, pum, y el camino de carne se abría más y más en la carne, pum, y latía, latía... Me dijo: “¡Mira!”, y yo le dije: “¡Son mis papas!”. Y siguió diciendo: “¡Mira, mira, mira!”.

Se lanzó a arrancarme la bolsa de papas, pum, mis papas, pum. ¡Mis papas! Lo empujé, le dije: “¡Son mías!”, pum, pero él siguió diciendo: “¡Es que no entiendes, tengo hambre!”, y yo le decía: “¡Son mías, son mías!”. Yo apretaba la bolsa y él me jalaba y yo lo empujaba mientras decía, pum: “¡Mira esto! ¡Mira!”, y el camino de carne se abría y se abría más, y yo le decía: “¡Déjame! Tengo hambre, ¡déjame!”, mientras la carne se abría y se abría y él gritaba: “¡Dame una! ¡Al menos una!”, y yo insistía: “No, tú ya comiste. ¡No!”, y el camino se abría y la carne se abría, pum, y se abrió más y se abrió más, pum, y la carne se abrió y se abrió más, ¡pum! Y se abrió, se abrió más. Él gritaba y yo gritaba: “¿Qué te pasa?”, pero él gritaba más, y el estómago –el corazón–: “¡Pum!”. ¡Y su estómago y mi corazón! ¡Y mi estómago y su corazón! ¡Pum, pum, pum!

Explotó.

De la lámpara del techo, inundados de luz, quedaron colgando pedacitos de carne. En mi aliento y la ropa, trozos de su estómago o corazón. Antes de llorarlo –por esos días quería amar–, pensé en mi madre, pum, y en el juego que no le gustaba: ella, la ballena; yo, el pirata. ¡Pum, pum, pum! Recordé sus costillas, la sopa de costillas. Después miré las costillas de Franky, ¡pum, pum, pum! Por esos días quería comer.

LAS ELEGIDAS

María Fernanda Ampuero

En esta cópula con la muerte, María Fernanda Ampuero consigue –al modo de Umberto Eco– un tratado sobre la belleza y la fealdad del siglo XXI, pero lo hace en forma de revancha, de cabalgata salvaje, quizás de redención de lo monstruoso. En su fábula necro-erótica, los arquetipos se trastocan, se tuercen de dolor y de placer y paren nuevas formas de narrarnos. Se escucha un grito de liberación a lo lejos y es femenino.

María Fernanda Ampuero (Ecuador, 1976) escribe narrativa de ficción y de no ficción. Ha publicado las antologías de crónicas *Lo que aprendí en la peluquería* (2011) y *Permiso de residencia* (2013) y el libro de cuentos *Pelea de gallos* (Páginas de Espuma, Madrid, 2018).

Las elegidas

*Tus muertos vivirán, junto con mi cuerpo muerto resucitarán.
¡Despertad y cantad, moradores del polvo! porque tu rocío
es cual rocío de hortalizas; y la tierra echará los muertos.
Isaías 26: 19-20*

Camino a Mar Bravo hay un cementerio para pobres que se convirtió de pronto en sitio de peregrinación de los elegidos porque cuatro de los suyos fueron enterrados ahí. Entre tumbas con flores plásticas decoloradas por el sol, lápidas de cemento crudo rotas en las esquinas y hierbajos, lloraban las chicas de piel centelleante como dulces acaramelados, con sus blusas blancas, sus pantaloncitos de jean, sus abalorios de colores y sus sandalias de tiritas. Se abrazaban y se acariciaban las suaves cabecitas doradas, como ninfas desconsoladas ante el cadáver de un cordero. A su lado, sin llorar, pero con las manos solemnes y apretadas a la altura de la entrepierna, los machos de esa especie: chicos preciosos con el pelo cayéndoles sobre los ojos, con los brazos deliciosamente duros, contruidos para abrazar únicamente a chicas de caramelo. Pecosos, lampiños, silenciosos y adustos como genios o como imbéciles, guapos hasta el miedo.

Entre ebanistas, costureras, pescadores y bebés malnutridos desde el vientre sepultaron a los cuatro surfistas de Punta Carnero. Los padres habían decidido que sus hijos estuvieran en aquel cementerio gris y no en el de los ricos, con ese césped verde cotorra, rosas frescas, rojas y sinvergüenzas, traídas en camión refrigerado y lápidas de mármol con inscripciones religiosas y apellidos larguísimos. Querían que los cadáveres de los ahogados más hermosos del mundo estuvieran para siempre junto al mar. Eran cuatro, heredarían la tierra. La noche anterior a la muerte habían roto setenta y siete corazones en la fiesta del Yacht Club besuqueando y agarrándoles la nalga sobre el vestido veraniego a sus flamantes noviecitas, criaturas doradas como ellos. Al amanecer, todavía borrachos, se enfundaron el neopreno negro y así, como disfrazados de calavera, salieron a surfear en marejada, convencidos de su inmortalidad de niños dioses. El mar, claro, los hizo papilla. Los escupió al séptimo día, blandos y blanquecinos como recién nacidos.

Nosotras casi siempre nos poníamos a beber ahí afuera del cementerio de Mar Bravo porque, ¿qué más íbamos a hacer? Las fiestas eran privadas, sólo con invitación. Chicos preciosos invitando a chicas preciosas, chicos regulares invitando a chicas preciosas, chicos feísimos invitando a chicas preciosas. Puertas parecidas a las del cielo que se abrían para otras que no éramos nosotras. Una vez intentamos entrar y el guardia dijo que era una fiesta sólo para gente conocida y le contestamos: ¿conocida por quién? Pero el hombre ya estaba levantándole la pretenciosa seguridad, barras doradas con cordones gordos de terciopelo color sangre, a una chica atlética, nítida y sonriente como salida de un comercial de tampones. Moríamos por saber qué pasaba detrás de esas puertas, aunque instintivamente sabíamos que no habría lugar para nosotras allí, que nuestros defectos se multiplicarían hasta tragarnos, que seríamos una hipérbole de nosotras mismas, espejos de feria andantes: la gordota, la marimacha, la

larguirucha, la aplastada, la contrahecha. Así como las chicas guapas juntas potencian su atractivo, solapando con las virtudes grupales cualquier defecto y se embellecen unas a otras hasta brillar como un solo gran astro, las chicas como nosotras cuando estamos juntas nos transformamos en un espectáculo casi obsceno, exacerbados los defectos como en un *freak show*: somos más monstruas.

Sabíamos, claro que sabíamos, que ni los más desesperados, ni los obesos, ni los *nerds*, ni los oscuros se nos acercaban. A las chicas como nosotras sólo se acercan otras chicas como nosotras, así que ¿para qué intentarlo? Éramos libres de ir a cualquier sitio y odiábamos eso: queríamos tener la falta de libertad de las hermosas, que los brazos de los novios nos doblegaran como yuntas, coger en el cuartito de la piscina, al apuro y sin preservativo, que nos dejaran la marca de sus dedos gordos de jugar béisbol en las nalgas con celulitis. Queríamos que nos penetraran a la fuerza y gritar en cada embestida sus nombres bellos de hombres bellos. Queríamos despernancarnos para ellos y agarrarnos de sus melenas perfectas en el orgasmo, quedarnos con matojitos de pelo color arena entre los puños cerradísimos. Queríamos hacer con el néctar de sus sexos dulces cocteles, pócimas de brujería. Queríamos desaparecerlas a ellas, rebanarles la cabeza con machetes de fuego. Queríamos entrar entre truenos y voces y relámpagos y terremotos a esas fiestas privadas montadas en yeguas voladoras y hacer caer sobre esas idiotas preciosas un mar de grillos y serpientes. Queríamos que las niñas bonitas se arrodillaran ante nosotras, Amazonas poderosísimas, y que vieran con impotencia a sus hombres subiéndose arrobados y dóciles a la grupa de nuestros animales. Queríamos, queríamos, queríamos. Éramos puro querer.

Y pura ira.

Llegaría el día, sí señor, en el que todos se fijarían en nosotras y dirían a quien pudiera escuchar: ámenlas. Ámenlas,

ese mandato recorriendo la tierra. Ese día llegaría: el día de limpiar todas y cada una de nuestras lágrimas.

Mientras tanto, teníamos carro, teníamos dinero, teníamos la noche y no teníamos nada.

Parqueamos afuera del cementerio con mucho trago, mucha maría, muchas pastillas y muchos cigarrillos. Al menos eso teníamos, la posibilidad de enviarnos, de mancillar nuestros cuerpos con algo perverso, de sentirnos malas chicas. Vírgenes, increíblemente obscenas. Mórbidas, solas. Qué bueno hubiera sido desearnos entre nosotras: desear nuestras lengüitas amigas, alcanzar el éxtasis con los dedos de unas y otras dentro de unas y otras, buscar el jugoso amor de carne y flor entre nuestras piernas. Qué diferente ser amante de ser perdedora, pensar en las puertas de las fiestas privadas nada más para agradecer no tener que estar ahí dentro, aburridas, con la lengua erecta de algún imbécil empapándonos el oído o dejándonos marcas horribles en el cuello. Había que haberse amado entre chicas, pero somos lo que somos y lo que somos es casi siempre brutal.

Estábamos a oscuras salvo por la luz del carro. Por la vía a Mar Bravo pasaba muy poca gente, quizás una pareja que fuera a coger al mirador, quizás algún suicida. La noche era propicia para rituales de sexo, muerte y resurrección. La luna chorreaba rojo sobre el mundo como una joven desvirgada y en la radio sonaban canciones de hombres enamorados de mujeres que nunca seríamos nosotras. El cementerio bajo esa luna parecía a punto de romper a hervir. Cada una le puso a la otra una pastilla en la lengua y nos fuimos pasando la botella hasta dejarla muy por debajo de la mitad. De pronto pensamos en los ahogados de Punta Carnero y en esa belleza que trascendía la vida y que seguro también había trascendido la muerte. Pensábamos en esos hombres adoradísimos, deliciosos chicos imposibles en sus fiestas y en sus olas, ahora durmiendo a nuestro lado. Nos bajamos del carro y entramos

en hilera al cementerio a bailar a la luz de la luna de sangre agitando nuestros vestidos claros y nuestras melenas nocturnas. Bailamos como si nunca hubiésemos bailado, como si siempre hubiésemos bailado, como si hubiéramos llegado a la fiesta del fin del mundo y el guardia, al vernos, hubiera levantado el grueso cordón de terciopelo con inmensa ceremonia. Bailamos como novias en su noche de bodas y así, como en un encuentro sexual pospuesto hasta el delirio, nos fuimos arrancando la ropa unas a otras hasta quedar desnudas frente al silencio de los muertos. Danzamos arrastrando los vestidos como si fueran serpentinas de flores y nos besamos en los labios y nos tocamos los pezones erectos aullando de amor. Cantamos himnos de venganza con fondo de ensordecedoras trompetas imaginarias. Éramos ángeles derramando justicia sobre nuestros cuerpos y nuestros deseos, abriéndonos al mismo tiempo que las flores nocturnas, exhalando como ellas un olor a almizcle y a mar. Buscamos a nuestros chicos entre los muertos y descubrimos que alguien había llegado antes. De los ataúdes semiabiertos se escapaban algunas manos que brillaban como metal a la luz de la luna. Conservaban su ropa, trajes azules o negros que seguro usaban para llevar a los bailes a chicas hermosas vestidas en tonos pastel. Se habían llevado los zapatos, también los relojes, cadenas, anillos y todo lo que se puede morder para saber si es valioso, pero les habían dejado el pañuelito en el bolsillo de la chaqueta, el pañuelito que nos secaría todas las lágrimas.

Los sacamos a bailar y dijeron que sí y bailaron con nosotras primero tímidos y distantes y luego cada vez más cerca, con sus caras frías en nuestros cuellos tibios. Dijeron, estamos seguras que dijeron, que preferían estar ahí que en cualquier otro sitio, que nos preferían a nosotras que a las princesitas de sus reinos. Después del baile nos sentamos sobre tumbas, cada una con su chico perfecto, a contarnos las cosas que soñábamos, a reír como los tontos, a pedir un beso con ojitos entor-

nados. Llegó el beso y llegó la locura, el deseo dando patadas violentas como olas contra nuestras espaldas. El amanecer nos encontró desnudas sobre los sexos erectos de nuestros amados, montadas sobre ellos, cabalgándolos ferozmente como jinetes que se precipitan sobre el mundo para destruirlo.

EL MONSTRUO DE LA VOZ

Margo Glantz

Una voz de ópera es como una ráfaga de balas: puede acribillar los cristales más recios y depositar en el alma residuos de dolor; de viejos resentimientos sociales, de antiguas pobrezas, con la discreta soberbia de quien no espera consuelo. La gran Margo Glantz reconoce en otra gran Mantis, la Callas, ese poder, pero también recupera de la biografía de ese cuerpo obeso y bienamado, un detalle importante y casi infantil: una lombriz hambrienta. ¿Será de allí, de esa criatura asquerosa, de donde nace la portentosa monstruosidad de esta voz?

Margo Glantz (México, 1930) es escritora y profesora en distintas universidades del mundo como la UNAM, Harvard, Stanford, Princeton y Yale, entre otras. Creación literaria: *Apariciones*; *El rastro*; *Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador*; *Saña*; *Coronada de moscas*, *Simple perversión oral*, *Por breve herida*; *Y por mirarlo todo, nada veía*. Ensayos: *La desnudez como naufragio*; *La Malinche, sus padres y sus hijos*; *Sor Juana Inés de la Cruz: ¿Hagiografía o autobiografía?*; *Saberes y Placeres*; *Borrones borradores*. Distinciones: Premio Nacional de Artes y Ciencias; Premio de la Feria Internacional de Libro de Guadalajara, antes Juan Rulfo; Premio Iberoamericano de Narrativa Manuel Rojas. Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua. Dirige la página virtual Sor Juana Inés de la Cruz y la página a su nombre en la Biblioteca Virtual Cervantes.

El monstruo de la voz

Hace mucho que Nora García perdió la voz.

Y María Callas la perdió también. ¿No dijo acaso después de la traición de su amante, “bajé de peso, he perdido la voz y he perdido a Onassis?”. Aunque en realidad, al perder la voz, María Callas dejó de existir y se convirtió en leyenda.

* * *

In illo tempore, cuando era adolescente, mi padre me llevó a la ópera. Cantaba Oralia Domínguez quien representaba el papel de Orfeo en la ópera de Monteverdi: aún resuena en mis oídos el lamento del héroe, quien en el mito griego pierde para siempre a su amada Eurídice por desobedecer a los dioses. Oralia era más bien pequeña de estatura y rolliza, como en alguna época lo fuera María Callas, y el traje de emperador romano con el que la habían disfrazado, dejando al aire sus demasiado bien torneadas piernas, no le sentaba en absoluto. No sé si este recuerdo es falso, pero en mi memoria su voz y su vestimenta siguen intactos. Lo cierto es que hizo el papel de Amneris cuando María Callas hizo el de *Aída* en 1951, una memorable función en Bellas Artes, en la que

durante el segundo acto de la ópera la soprano griega alcanzó el altísimo mi bemol que Verdi nunca escribió, proeza que ya había realizado en 1950, también en Bellas Artes, con el tenor Kurt Baum, y de la cual se jactaba en una carta dirigida a su marido: Estoy furiosa con ese tenor, es peor que una mujer celosa. Continúa insultándome y se enojó porque al final de Aída di un mi bemol alto. El público enloqueció y él escupió de envidia.

No está de más recordar que Oralia Domínguez se desempeñó como cantante bajo la batuta de los más connotados directores y subrayar que su voz oscilaba entre el registro de una contralto o el de una mezzosoprano, dos registros muy distintos; la contralto destaca por la rica sonoridad y amplitud de sus tonalidades graves, cualidad que es difícil de hallar: leo que solo un 2% de las mujeres en el mundo tienen ese tipo de voz y en cambio la de la mezzosoprano es la voz intermedia que se encuentra por debajo de la soprano y por encima de la contralto, definición que como de costumbre no define demasiado. El ser contralto no le impedía a Oralia cantar partes de mezzo agudo como lo demostró claramente en el papel de Amneris frente a Mario del Monaco y María Callas. Además, y como escribió un crítico, al enfrentar partituras con un registro más bajo, nunca obscureció artificialmente o alquitranó su voz, como muchas de sus colegas solían hacer y siguen haciendo.

Al oír esa primera vez a Oralia descubrí que la garganta era, como las guitarras, los violines y los pianos, un instrumento singular.

* * *

A Nora García le gustaba la ópera tanto como a mí. He decidido resucitarla o, mejor, permitirle que recobrarla la voz y me acompañara en este escrito, en este escrito donde María

Callas es solamente una voz, como la Malinche fue sólo una lengua, exactas representaciones de una figura retórica, la sinécdoque.

Sé que Nora García escucha en su casa distintas versiones grabadas en la voz de sus cantantes preferidos. Sé que en la ópera de París Nora vio y oyó la *Medea* de Cherubini y que Cristina Barros, con quien oímos una versión donde Medea es María Callas, que ella, Cristina, estuvo en Dallas hace varias décadas y la vio, ¿cuál ópera?, ¿Medea o Norma? Medea, contesta.

Imagino la conmoción que me hubiera causado oír cantar a Callas en persona, confieso, y agrego que cuando escucho la versión grabada de la Aída de 1951, esa célebre función en el Palacio de Bellas Artes a la que asistió (para gran envidia y desolación mías) mi gran amiga Estela Ruiz Milán, cuando apenas tenía 18 años y yo 21 y en la cuál hubiese sido posible estar también yo, no me es posible distinguir en qué momento se oye el famoso mi bemol, que tantas veces se recuerda y como ya lo he dicho alcanzado por ella en 1950, hazaña realizada según la leyenda muchos años atrás por Ángela Peralta a quien se dice que María veneraba y a la que también se dice (y no sé si es cierto) quiso rendir homenaje alcanzando esa increíble nota sobreaguda, hazaña que cuentan convirtió el palacio de Bellas Artes en un manicomio: los espectadores se levantaron de su asiento, se abrazaban y se besaban, aplaudían enloquecidos, gritando vivas, lanzando flores y hasta pañuelos como lo hacían en las corridas de toros. Y hay quien recuerda que en ese mismo día del año de 1950, María Callas visitó a Isabel Haza, una descendiente de Ángela Peralta, el ruiseñor mexicano, quien a su vez contaba que alguien había tocado a su puerta y al abrir vio a una mujer joven, obesa y con lentes con vidrio de botella, que me dijo, dicen que dijo Isabel, soy cantante de ópera, voy a cantar esta noche, sé que usted es descendiente de Ángela Peralta y sé muy bien que

ella no vivió aquí, pero quiero estar donde haya algo que me conecte con ella.

Soy melómana de verdad, adoro la ópera, la escucho a menudo pero debo repetirlo: soy incapaz de distinguir si un mi bemol es agudo o sobreagudo, pero en cambio me vienen a menudo a la mente escenas que me conectan con Callas, antes de saber siquiera que ésta existía, pues desde muy niña conocía la música de Aida y en la escuela primaria estuve a punto de participar en un bailable para el día de las madres y mi única tarea, fallida por cierto, era la de mover los brazos y dar unos pasitos al estilo de una de las esclavas egipcias que formaban parte del coro de esa ópera.

De inmediato me asalta otro recuerdo, el de Mónica que mientras esperaba en un alto, escuchando en la radio una ópera, ve a un mendigo acercársele cojeando, quien en lugar de pedir limosna, comenta: es un aria de Aida cantada por Callas, su voz es la de un ángel.

Battista, el marido de María, hombre que había adquirido su riqueza fabricando ladrillos, describe cómo Arturo Toscanini, el gran director de orquesta italiano, muy ligado al Metropolitan Opera House de Nueva York, buscaba en 1950 quien interpretara Lady Macbeth para dirigirla en la Scala de Milán (donde María no fue siempre bien apreciada), en ocasión del quincuagésimo aniversario de la muerte de Verdi: Ghiringhelli, director de la Scala quería encomendarle ese papel a Renata Tebaldi, famosa porque cantaba como un ángel y rival durante largo tiempo de Callas, antes de que ésta se convirtiera en leyenda. Toscanini enumeraba, pretendía Meneghini, las características que según él debería tener la cantante: Quiero que Lady Macbeth sea fea y perversa; su voz tiene que ser dura, sofocada y oscura. Nunca conseguí hallar una intérprete con esas cualidades. A juzgar por los informes que me llegaron, usted, María, puede ser la persona que he estado buscando. Por eso la invité a que viniera a Milán para

escucharla. Si usted responde a su fama, haremos Macbeth. No quiero morir sin haber dirigido esa ópera.

(Toscanini murió sin haberla dirigido y Callas nunca cantó dirigida por él).

Eduardo Lizalde aparece de repente, ha oído parte de nuestra conversación y con su voz tonante de barítono recuerda que en 1952 María fue Lady Macbeth en La Scala, recuerda también, con su memoria prodigiosa, que un crítico milanés escribió en un periódico de la ciudad que quizá la ópera que mejor se adaptaba a la Callas fuera Macbeth y que para el papel de Lady Macbeth Verdi rechazó a una soprano de hermosa voz, eligiendo para ese rol a otra actriz capaz de emitir sonidos diabólicos, calificativo exacto usado por Verdi en una carta: diabólica, la palabra adecuada que hubiese querido utilizar Toscanini al proponerle a la Callas su posible participación en esa ópera, palabra implícita en su relato, la palabra que calza perfectamente con quien es perverso, cruel, y emite sonidos duros, sofocados y oscuros.

Y las asociaciones se encadenan y me veo caminado por Roma en verano hace como cincuenta años, mi vestido es azul y llevo los brazos descubiertos, un hombre de muy baja estatura aparece de repente, me da un beso muy cerca del hombro derecho, al tiempo que canta un aria de la Aida de Verdi.

Y después de un largo viaje por la India, antes de regresar a México desde París donde pasé con Luz once días de tregua, visitamos el cementerio de Père Lachaise. Enterrados allí muchos personajes ilustres: Marcel Proust, Honorato de Balzac, Saint Simon, Edith Piaf, Jim Morrison, Georges Perec, Allan Kardec, Max Ophüls, Gerard de Nerval, Eugène Delacroix, Benjamin Constant, Oscar Wilde, cuya tumba, renovada en 1992 y protegida por un inmenso ángel desnudo, ostenta un letrero en inglés y en francés donde se solicita respetar la tumba, a pesar de todo cubierta de besos –¿con lápiz de labios o pintura para grafiti?– de sus miles de admiradores.

Y como un aviso premonitorio y sin voz la tumba de María Callas.

* * *

Y en esa misma conversación con Nora y con Cristina, afirmo, monótona: me da tristeza no haber oído nunca cantar a Callas. Enseguida vuelvo a poner en el tocadiscos *Medea*, una producción de una disquera menor llamada Arkadia, grabada en vivo en 1959 (dirigía la orquesta, como casi siempre, Nicola Rescigno); carece de la sofisticación tecnológica actual: ruidos intermitentes, chirridos, golpes de instrumentos sobre la madera, tarareos, toses, el sonido de la partitura cuando los músicos dan vuelta a las hojas, la Callas entremedio, gloriosa, en dúo con Jon Vickers, quien interpretaba también al Pollione de la *Norma* en otra de las versiones donde ella participaba: por ejemplo en 1960 con el coro y orquesta del teatro alla Scala di Milano, dirigida por Tullio Serafin, uno de los directores que más la apreciaron (y recuerdo que yo en Houston vi la *Norma* de Bellini con Ivonne Fleming, una cantante que acaba de retirarse). Y recuerdo asimismo que en un disco tengo la versión de 1960, dirigida por su gran amigo Tullio Serafin y como Pollione el tenor Franco Corelli, un hombre de una extremada belleza y un extremo narcisismo, conocido por su voz y por su homosexualidad y con quien se dice la soprano sostuvo un fugitivo e intenso romance: en esa versión su voz era más dramática, más expresiva que en la versión de 1954, aunque ya no sostuviera bien los agudos y en ocasiones trepidara, vacilante, y sin embargo magnífica y de un dramatismo extraordinario, rumor muy difundido en una década en que las apariciones de María eran cada vez más escasas y no había actuado durante toda la primera mitad de ese año. Hablaba de retirarse, afirmando que durante un período de más de dos décadas la habían oído cantar en los diversos teatros

del mundo. Ese rumor corría, insistente, subrepticio: su voz empezaba a deteriorarse, sobre todo en los trinos, convertidos peligrosamente en gorgoritos. Los trinos, una de las proezas vocales más difíciles y por ello menos practicadas, los trinos conseguidos gracias a una técnica complicada, ejecutada en una sola nota o en pasajes de escalas rápidas que producen una especie de interrupción rítmica, una fonación iniciada lentamente con pausas separadas por silencios breves, fonación que va aumentando a tal grado que pueda oírse como si fuera la emisión de una ametralladora.

En la versión de Norma grabada de 1960 Callas cantaba en dueto con Christa Ludwig, ella sí en plena forma y actuando como si fuera su rival amorosa, en realidad, y aunque contralto, su rival operística.

Callas, llamada por la prensa de su tiempo la tigresa, quien, por sus desplantes y sus furores no cumplía con sus contratos: insisto siempre, Callas, la puntual, rigurosa, extrema, bella, clásica (¿casta?) diva: El monstruo de la voz.

* * *

Cristina, muy joven, vestida como los demás espectadores de gran gala, sentada en el teatro junto a su madre, oyendo a Callas representar a Medea: imagino que llevaría un traje largo; entusiasmada se levantaría en el entreacto y empezaría a aplaudir, y en ese mismo instante creo discernir de entre los aplausos grabados nítidamente los de ella, y de manera automática ya estamos también Nora y yo en el teatro, de pie, gritando vivas a voz en cuello, aplaudiendo histéricamente, Nora, con su vestido largo desordenado, de tafeta de seda roja, tirando a escarlata, como debe de ser, ¿acaso no se trata de una ópera donde la sangre inocente se derrama? Y quizá lleve aretes largos de oro y diamantes –¿o serán humildemente granates?– y un collar haciendo juego, ¿un abanico?, quizá

no, sería demasiado, pero al verme con abanico ya soy una de las espectadoras que acompañan a Alida Valli representando a Livia en la película de Visconti. Livia conspira contra los austriacos –tanto tiempo aposentados en su patria–, pero al enamorarse de un militar enemigo, personificado por el guapo Farley Granger, traiciona por amor a sus compatriotas, como lo hace Medea al traicionar a su padre y asesinar a su hermano cuando se enamora de Jasón; Norma de Pollione y, de alguna forma, Callas, cuando por Onassis abandona a su esposo, Giovanni Battista Meneghini.

Livia, sí, vestida, ¿cómo no?, de gala, con sus joyas soberbias, verdaderas (diamantes y zafiros, quizá también esmeraldas) y su cintura melodramática, oyendo una ópera de Verdi en un escenario auténticamente operístico, el decimonónico, una de las muchas óperas que exaltaron a los patriotas, desterraron a los invasores y unificaron a Italia, la de Garibaldi. Callas, ella también con sus vestidos suntuosos, entallados, operísticos, ataviada con las joyas que año tras año le regalaba su devoto esposo, Giovanni Battista Meneghini, quien, como lo cuenta él mismo en su libro, *María Callas mi mujer*, acostumbraba celebrar la primera representación de cada uno de sus papeles más importantes, regalándole joyas: para Lucía de Lamermoor, un juego de diamantes, formado por un collar, un brazalete y un anillo; por *La Traviata*, un juego de esmeraldas; por *Ifigenia en Táuride*, un anillo con un diamante Navette, llamado así, precisa Meneghini, porque el tallado de la piedra le daba la apariencia del casco de un barco; para Medea, como debe de ser, un juego de rubíes, sí, joyas, joyas, joyas, profusión de joyas, de oro y platino, perlas, esmeraldas, diamantes, zafiros, rubíes, granates, joyas con las que aparecería milyunochescamente ataviada en las múltiples fotos que más tarde, cuando ya era una leyenda, le fueron consagradas, la humilde joven gorda cuya voz era, al conocer a Meneghini, y para decirlo con un lugar común, un diamante sin tallar,

Callas llegada a Verona con sólo dos blusas y sin ninguna joya y quien al empezar su relación con Giovanni Battista le rogó que le regalase un simple collar de plata!

Unos días después de esa sesión musical a domicilio, volvemos a desayunar Nora y yo con Hilda Rivera y relato mis experiencias operísticas, experiencias vicarias, la vida de la Callas interpretada en el teatro por una actriz mexicana (acababa de verla) y la Norma de Callas (en disco) y la Medea de Cherubini que Cristina vio realmente en Dallas y la Popea de Monteverdi que yo he visto en Londres en 1988, con otros intérpretes, en una vieja iglesia de la City con mis amigos franceses, los Amilhon, y la Lucía de Lamermore, en París, con otros amigos, para lo cual hemos tomado un taxi Nora y yo desde Saint Germain a la Bastilla. El taxista, nacido en una isla del Caribe, interrumpe nuestra plática: quiere juntar dinero para volver a su isla y construir una casita de palmeras y alimentarse exclusivamente de plátanos, sentado en una silla de playa bajo los árboles, nos habla también de cómo odia a los franceses (ha pasado casi 40 años de su vida en Francia) y del seguro que les dejó a sus cuatro hijos sin reservar nada para él, porque en las islas se puede vivir cómodamente en la playa con unas cuantas palmeras como sombra y muchos plátanos como alimento: un verdadero exótico, víctima de su propio exotismo.

* * *

Mi amiga Hilda viste un traje rojo (las que amamos la ópera nos vestimos a menudo de rojo) y ha visto muchas veces en su casa los videos de las óperas de Callas que en su inmensa discoteca y videoteca tiene su marido, el poeta Eduardo Lizalde, quien posee absolutamente todas las versiones habidas y por haber de María (Nora y yo, cada una por su parte, atesoramos unas cuantas, Medea, Aída, Rigoletto, Orfeo y Eurídice, Alcestes, Lucía de Lamermore, Vísperas sicilianas, Norma, Il

Trovatore, Alceste, Tosca...); Lizalde, quien ha escrito el magnífico poema *El tigre en la casa* y se sabe de memoria todas las inflexiones de la voz de la cantante, las fiorituras, las dificultades que vencía como si los obstáculos no existieran, por ejemplo representar en un periodo muy breve dos personajes de óperas muy distintas entre sí, la Brunilda de las *Walquirias* de Wagner y la Elvira de *Los puritanos* de Bellini, tour de force increíble, interpretar a Wagner los días 12,14 y 16 de enero de 1949 y quince días después la ópera de Bellini que nunca había cantado y memorizó en tan sólo 8 días: en un lapso de 12 jornadas, Callas apareció 6 veces en el famoso teatro *La Fenice* de Venecia, hazaña increíble que ella minimizaba: en una entrevista declaró que Wagner era mucho más fácil de interpretar que Bellini, aseveración asombrosa: Brunilda, una walquiria, cuya voz rivaliza con los atronadores instrumentos de la orquesta, los trombones, los tambores, los bombos y los platillos, frente a Elvira Valton, la frágil hija del gobernador de Plymouth, quien enloquece cuando su enamorado Arturo Talbo huye con una mujer poco antes de casarse con ella, durante la guerra entre puritanos y estuardianos, el reiterado esquema de la traición, esencia del melodrama en la ópera y en la vida real, la de las heroínas que interpretaba (*Norma*, *Medea*, *Elvira*) y la suya propia (Callas traicionando a Meneghini por Onassis y Onassis traicionándola por Jackie Kennedy).

La Callas, insistía Sergio Pitol, soprano absoluta, diva legendaria, cantante que hacia 1959 (época en que fue grabada la *Medea*, que escucho ahora mientras escribo, grabada en el Covent Garden en Londres) (¡no en Dallas, desgraciadamente donde hubiéramos Nora y yo podido acompañar a Cristina!) tenía aún una voz radiante, única. A medida que Callas perfeccionaba y volvía más expresivos los registros medios y bajos, su voz empezaba a declinar: esa interpretación de 1959 contrasta con sus otras grandes interpretaciones, por ejemplo, la *Norma* de 1954, cuando su voz era de una soberbia coloratura, am-

plia, sólida y segura, una voz también oscura e intensa, de gran nobleza en el fraseo, de inédita musicalidad y una presencia escénica majestuosa y actuación inolvidables, distinta a la del 2 de enero de 1958 en la Ópera de Roma, en que después del primer acto María no quiso volver a escena, decepcionando al público de la función de gala, entre cuyos espectadores célebres se encontraba el presidente de la república italiana.

Mientras desayunamos, Hilda nos habla de otro gran escándalo sucedido en Edimburgo, cuatro meses atrás, en 1957: la Scala de Milán ha organizado una serie de grandes representaciones durante el festival de verano y Callas, más o menos contra su voluntad y desoyendo la opinión de sus médicos, firma un contrato para cantar en cuatro de las cinco funciones de *La sonámbula*, dato nunca comunicado al público escocés. Falló el intento por persuadirla a cantar también en la quinta representación y al no hacerlo y persistir en su decisión inexorable, la Callas consolidó su leyenda negra. En 1960 y a pesar de sus desplantes y sus enfermedades, insiste Hilda, su registro y su timbre eran cada vez más expresivos y dramáticos, de una gran finura, flexibilidad y tensión, pero en los trinos ya era posible percibir quebraduras súbitas en la voz: su diafragma dañado por cantar óperas complicadas en su juventud antes de estar bien entrenada, antes de tener buenos maestros que le enseñasen a dominar y protegerse, esa diva, conocida como la tigresa por sus desplantes y sus caprichos, esa diva que sufría cada vez que salía al escenario y provocaba la más rendida admiración o los más violentos rechazos, descubrió en mayo de 1965, en la Ópera de París, que ya no podía cantar Norma, el aria de la Casta diva por la que se había vuelto famosa: Wally, la hija de Toscanini, contaba conmovida la impresión que le causó oírla: Podía verse, exclamó impresionada, cómo la sangre le brotaba de las cuerdas vocales.

* * *

(¡Sergio Pitol, con quien estuve en tantos teatros escuchando ópera! Por ejemplo en Londres, 1987, Don Giovanni, con Luz de Amo y Ricardo Valero, recién llegados de México, y con un funcionario que se durmió en la función, aunque a menudo atendía en su despacho mientras escuchaba ópera a un volumen ensordecedor). (Sergio Pitol, con quien escuché en Praga una ópera de Janacek y en Nueva York la Fanciulla del West de Puccini, interpretada por una cantante asimismo voluminosa).

* * *

Callas estuvo excedida de peso hasta finales del 1953, año en que empezó a adelgazar, digo, dejando la taza de mi café expresso machiato sobre la mesa. Mancho un poco el mantel, ya no sé muy bien ahora si fue con café o con vino, no sé si nos habíamos reunido para comer o para desayunar y si había derramado como de costumbre el café o el vino sobre un mantel blanco, intento limpiar la mancha con una servilleta empapada en agua mineral. Hilda me interrumpe y continúa: María no engordaba porque comiese demasiado, engordaba porque tenía un trastorno glandular. Y añade, fue esclava de las dietas: nunca comía pastas, solo verduras, pero la carne jugosa la enloquecía, por ejemplo los filetes y los bisteces y, cuando terminaba la carne, atacaba los huesos como un gato. Creo, interrumpo, que esa voracidad descomunal se asociaba a su dramatismo espectacular, a su coleccionismo, a sus desplantes, a su desorbitada relación con la vida, a su estar en el mundo sólo como diva, a su destino exclusivo de personaje de melodrama. Nora interviene a su vez y señala que en la época en que María fue obesa acumulaba utensilios de cocina: una cantidad exorbitante de cuchillos de todo tipo, cucharas, tenedores, cacerolas, batidoras, ollas de presión, vajillas, coleccionismo que cuando adelgazó cambió de signo y se tradujo en la compra excesiva de ropa, pieles, joyas, zapatos.

El cuento de hadas clásico, la joven desgarbada, el patito feo de Andersen convertido en cisne, y también, por qué no, la joven incomprendida, maltratada, explotada por su madre, una cenicienta que nunca encontró su príncipe, ¿Acaso lo fueron Visconti, Pasolini o Zefirelli?

Una joven diva de rostro hermoso, con cuerpo de ballena.

Y para exacerbar la leyenda, añade entusiasmada Hilda (casi grita, exaltada): la historia de su adelgazamiento es el colmo de los colmos, (hablamos de Callas como si nos hubiésemos frecuentado, como si viniese a desayunar, a comer o a cenar con nosotras), (como si fuéramos sus grandes amigas: Marlene Dietrich o Elsa Maxwell): yo añado, sí, su esbeltez milagrosa y repentina, otra leyenda, otro cuento de hadas, al estilo de los hermanos Grimm: en su vientre inmenso, irredento, se aloja un animal monstruoso, una lombriz llamada solitaria, una lombriz que carcome las entrañas, engendrada de manera literal en el estercolero, una lombriz que del vientre de los cerdos se traslada al vientre de la cantante.

Hilda decide leernos entonces la escena en donde Meneghini, el eterno marido, quien nunca se consoló de la traición de María, describe en su libro la escena de la expulsión de la mítica solitaria. Escena ocurrida convenientemente en el baño de una suite de un hotel cercano a la Scala de Milán, teatro de varias de algunas de las actuaciones memorables de María:

María salía del cuarto de baño. Tenía puesta una bata azul. Battista, la maté, dijo.

¿Qué mataste?, pregunté: mientras se bañaba, se había desprendido una sección bastante larga de una lombriz solitaria y la había destruido.

¡Una lombriz!, exclama Nora, riendo. ¿Existió de verdad esa lombriz providencial?, pregunto yo.

La perla en el estercolero, remato.

Hilda toma de nuevo el libro y sigue leyendo:

Sí, prosigue Meneghini: una vez liberada de la lombriz, el peso excesivo comenzó a desaparecer. Ahora que estaba delgada, María empezó a usar joyas, pieles y ropas elegantes. Sentía que había conquistado el derecho de usarlas. La vestían los mejores modistos y usaba sólo creaciones originales.

Y yo digo, envidiosa: y él siguió comprándole joyas.

Nora comenta: Ella quería parecerse a Audrey Hepburn.

E Hilda se acuerda de que al iniciar su aventura con Onassis, María sólo le exigió a Meneghini que le entregara todas sus alhajas.

* * *

Y durante esas largas veladas donde escuchábamos nuestras óperas favoritas donde en ocasiones también participaban Mónica, Estela y Cristina, nuestra conversación recaía necesariamente sobre la Callas.

A María le atraía de manera morbosa la homosexualidad, pensaba que era curable. Famosos fueron sus amores con homosexuales connotados como Franco Corelli, su compañero de escena y durante cierto tiempo su compañero de cama. Fue notable sobre todo la infatuación que el conde Luchino Visconti tuvo por ella, a pesar de que la conoció cuando aún pesaba 100 kilos y no se perdía ninguna de sus actuaciones en La Scala de Milán o en la Ópera de Roma, mandándole, constante, ramos de rosas amarillas y rojas, acompañadas de notas fervientes: se murmuraba que había sido amor a primera vista, una pasión tan intensa y melodramática como las pasiones que viven los protagonistas de las óperas.

Visconti decía que Callas, además de ser una gran cantante, tenía un temperamento de trágica. Es bien sabido que el melodrama exige una exageración de los sentimientos, de los gestos, de las actitudes. Con la Callas se llegaba a ello con gran facilidad, repetía el cineasta, actuaba con una gran fineza,

con un gusto extraordinario, al contrario de muchos otros cantantes para quienes cantar ópera se limita a efectuar dos o tres gestos repetidos a lo largo de todo el espectáculo.

* * *

Y Onassis, el hombre al que tanto amó y al que se sometió por completo, la insultaba diciéndole, cuando ya había perdido la voz: ¿Quién eres tú? ¡Nada! Tienes un silbato en la garganta que ya no funciona. Aristóteles Onassis, un hombre fascinante y a la vez vulgar, nunca entendió de música, un hombre para quien la ópera era solamente un ruido semejante al producido por un montón de cocineros italianos, gritando a voz en cuello recetas de cocina, un hombre prepotente por el que Callas lo perdió todo, no sólo la voz.

Onassis era griego, de origen humilde y se había encumbrado: fue inteligente, despiadado y vulgar.

Callas de origen humilde, también griega (aunque nacida en los Estados Unidos), genial pero a veces vulgar.

¿Por eso se amaron tanto?

¿Sabes por qué el papel de Norma siempre es el que más me ha gustado?, le comentó Callas a un amigo antes de morir: Porque ella elige morir antes que dañar al hombre que ama, aunque la hubiera despedido.

* * *

Y no sólo Visconti se fascinó con María. No sólo él entendió a cabalidad su temperamento de trágica: En 1969, cuando Callas –para decirlo en tono de melodrama– ya lo había perdido casi todo, Pier Paolo Pasolini la rescata y le ofrece el único papel verdaderamente trágico que le tocó interpretar en toda su carrera, una intervención pura en donde no intervenía su voz, un personaje con el que estaba familiarizada pues había representa-

do la Medea de la ópera de Luigi Cherubini. Tan extraordinaria fue su actuación que se ha llegado a afirmar que Pasolini, a la vez que sacraliza a Medea, sacraliza a María Callas, devolviéndole el amor del público que hacía un tiempo la había abandonado.

Se cuenta además que fueron amantes, cosa que quizá sea cierta, dice Hilda y pregunta: ¿Acaso no lo demostró Pasolini cuando su personaje de la película Teorema sostiene relaciones sexuales con hombres, mujeres, niños y ancianos?

Un público que en 1953 aclamó la mítica interpretación operística de Medea en Florencia e hizo proclamar a sus críticos que María Meneghini Callas había sido la heroína de la velada. Leonardo Pinzauti asegura: basta decir que en varias de las arias alcanzó tal expresividad que hubiese sido posible prescindir hasta de su voz: el estado de ánimo del público llegó al nivel dramático más excelso, el del poder mítico, en consonancia con el acontecimiento narrado.

Y Teodoro Celli, un crítico lombardo, declaró que *Medea* sólo podía representarse si la cantante asumía la tremenda carga de la protagonista. Anoche, María Meneghini Callas fue Medea. Su actuación fue sorprendente. Una gran cantante y una actriz trágica de notable poder, aportó un matiz siniestro a la voz de la hechicera, un matiz ferozmente intenso en el registro más bajo, y terriblemente penetrante en el más elevado. Alcanzó también tonos desgarradores que expresaron a Medea la amante, y conmovedores para Medea la madre. En resumen, sobrepasó las notas, y alcanzó con perfección el carácter monumental de la leyenda.

¿Podríamos comparar a la Callas con la Medea mitológica, disminuida y neutralizada por su amor a Jasón, cuando se enamoró de Aristóteles Onassis, pregunta Cristina?

O aún más, dice Nora esbozando un gesto trágico, ¿podríamos comparar a Medea con la Gorgona, esa Medusa que aterrorizaba a los mismos dioses y a quien Perseo logró cercenarle la cabeza?

Pascal Quignard la describe así:

¿Cómo era el rostro de Medusa? Tenía los ojos entrecerrados y fijos, anchas y redondas fauces de león, una pelambre salvaje formada por mil serpientes, dos orejas de buey, un hocico abierto en un rictus perpetuo que hendía su rostro... Su lengua se proyectaba violentamente hacia fuera, sobre un mentón barbado que delimitaba la enorme boca abierta y dentada.

Hace muy poco fuimos al cine Nora, Cristina, Hilda y yo: vimos la *Medea* del cineasta norteamericano Pollaoro, en ella los papeles se revierten y es el marido, un gris y resentido Jasón, quien asume el papel que en el mito le corresponde a Medea. No sólo asesina a sus hijos –dos de los cuales no son de él, sino el producto del adulterio de su mujer– sino que se suicida.

En un fresco romano proveniente de la casa de los Dióscuros en Pompeya, Medea aparece mirando, sin mirarlos, a sus hijos, mirada adversa, mirada oblicua y desmesurada, mirada brillante y negra, antecede al sacrificio.

En la pintura no se oye su voz.

* * *

Callas era la imagen misma de su trágico destino. Callas encarnaba, FUE, la metáfora misma del melodrama, la quintaesencia de lo que la ópera significaba y quizá ha dejado de significar.

Los últimos años de su vida los pasó en la más absoluta soledad, encerrada en su departamento de París, acompañada solamente por su ama de llaves.

Callas fue incinerada y su tumba está en el cementerio parisino de Père Lachaise: su urna fúnebre fue robada y encontrada unos días más tarde. Tras su recuperación se dispersaron sus cenizas en el mar Egeo.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

<i>Frankenstein: el sabor de los climas helados</i> <i>María Negroni</i>	7
---	---

CUENTOS

Ojo izquierdo <i>Daniela Tarazona</i>	15
No recuerdo haber encendido este cigarro <i>Katya Adauí</i>	21
Huérfanos en la nieve <i>Fernanda García Lao</i>	29
Yo sé de tu delirio <i>Rosario Barabona</i>	35
Carta a la madre <i>Lena Yau</i>	59

Mi hermano, sus veces <i>Claudia Hernández</i>	73
Niño de barro <i>Betina González</i>	85
Buenas intenciones <i>María José Navia</i>	91
Deforme <i>Fabiola Morales</i>	105
Como el hambre, como el amor <i>Giuseppe Caputo</i>	123
Las elegidas <i>María Fernanda Ampuero</i>	135
El monstruo de la voz <i>Margo Glantz</i>	143